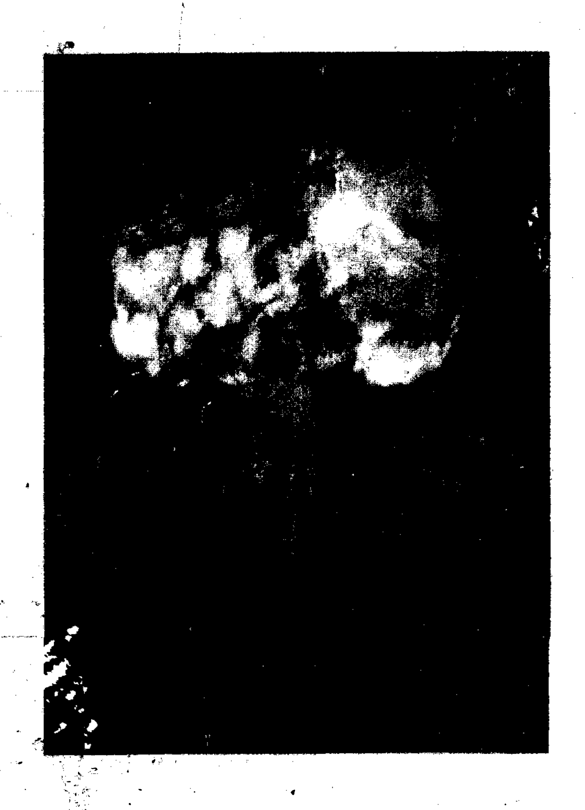
g. bouthoul-r. carrère



el desafío de la guerra



el desafío de la guerra



PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE

COLECCION EDAF UNIVERSITARIA

La Guerra —extranjera y civil— nos dice: «Yo soy la gran fuerza de expresión y transformación de las sociedades. Desafío al hombre a que prescinda de mí; pretendo seguir siendo la solución de sus conflictos y mantener la Paz encadenada a mis designios».

Para poder aceptar el reto, Gaston Bouthoul y René Carrère, del Instituto Francés de Polemología, han recogido, analizado, computado e interpretado 366 conflictos armados mayores acaecidos en los tres últimos siglos (1740-1974), para obtener elementos de prospectiva útiles al Poder y a la Opinión mundial.

Su obra representa la suma de varios años de investigación; muy bien documentada, rica en informaciones interdisciplinarias, en interpretaciones originales y en perspectivas estimulantes, constituye un ejemplo vivo de las nuevas tendencias de la investigación histórica y de los métodos cliométricos.

Interesó por ello no sólo a los especialistas de las distintas ciencias humanas y sociales, y a los responsables de la acción política, sino también a todos aquellos que, en el mundo, aspiran a un porvenir más pacífico de la humanidad.

gaston bouthoul y rené carrère
del Instituto Francés de Polemología

Con la colaboración del
coronel (E. R.) Jean-Louis Annequin
Ex profesor de Historia Militar
de la Escuela Superior de Guerra

el desafío de la guerra
(1740-1974)
dos siglos de guerras y de revoluciones

Prefacio de Jean Fourastié
Miembro del Instituto

Prólogo a la edición española:
Prudencio García

9

COLECCION EDAF UNIVERSITARIA

Traducción: ANA M.ª AZNAR, de «Le défi de la guerre (1740-1974)». Collection SUP L'HISTORIEN, dirigida por Roland Mousnier.

I. S. B. N.: 84-7166-529-8

Depósito legal: M. 9.912-1977

PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA

IMPRENTA FARESO - PASEO DE LA DIRECCION, 5 - MADRID-29

el desafío de la guerra
(1740-1974)

PRÓLOGO

¿Cuántas veces en el transcurso de la historia los hombres han conceptuado como utópico un cierto planteamiento teórico, o considerado inaccesible un determinado logro práctico, cuyo acierto, verosimilitud y factibilidad han terminado finalmente por imponerse? Creo que muchas. Sin embargo, pese a los eternos, poderosos e interesados servidores de la inercia, las utopías de hoy, convertidas en metas de acción, seguirán convirtiéndose en las realidades de mañana. Y es precisamente en esa capacidad de abstracción teórica, traducida a un esfuerzo de transformación de la realidad presente a través de la acción resuelta y pragmática, donde radica, a mi juicio, una de las supremas manifestaciones del valor, de la entereza, de la ética y de la propia dignidad humana.

Cuando un hombre como Gaston Bouthoul se permite el lujo de decirnos que la guerra es un fenómeno analizable, desmitificable, y en última instancia

—en términos futuristas, pero en absoluto lunáticos— evitable, superable, erradicable y definitivamente suprimible, puede que sean muchos los que reaccionen con una escéptica sonrisa de suficiencia comprensiva y paternalista.

Pero cuando a continuación nos dice que ha de ser la ciencia, y precisamente la ciencia, en todas sus vertientes técnicas y humanas, con todo su caudal de racionalidad y lúcida penetración—proyectando todas sus luces y concentrando todos sus instrumentos de búsqueda, reflexión e indagación—la que está obligada a desmenuzar, disecar y desentrañar el fenómeno de la guerra en todo aquello que aún conserva de arcano y oculto a nuestro conocimiento y a nuestro control, muchos de los que en principio sonrieron no podrán por menos de abandonar su prematura sonrisa, al percatarse de que esta vez el problema, lejos de situarse en el terreno de los angelicales planteamientos rousseaunianos o de las respetabilísimas actitudes no violentas de Gandhi o Thoreau, hunde sus raíces en el áspero pero firme terreno del máximo pragmatismo, de la más cruda lucidez, así como del más alto rigor y exigencia intelectual.

Más aún: cuando Bouthoul y sus seguidores nos presentan la *Polemología*—investigación de la Guerra para el logro de la Paz—como un compromiso absoluto de la ciencia en dicha investigación, sin admitir límite ni separación alguna entre los campos técnico y humanístico, sino englobándolos a ambos de lleno y fundiéndolos en una simbiosis integradora—sin retroceder ante los más recientes hallazgos de la especulación filosófica o de la investigación sociológica, ni rehuir tampoco el uso de los más avanzados instrumentos teórico-prácticos proporcionados por la mo-

derna ciencia matemática—, difícilmente podemos substraernos al atractivo de un intento tan legítimo de romper moldes, límites, compartimientos y encasillamientos tan esterilizadores como ficticios.

Por último, cuando Bouthoul y los polemólogos nos dicen que esa implicación absoluta de la ciencia—en su más lata acepción interdisciplinaria e interideológica—no ha de practicarse desde los enfoques asépticos, neutrales y rigurosamente expectativos que pueden caracterizar a cualquier otra investigación en cuanto a la aceptación del resultado final de la misma—considerado este resultado, sea cual fuere, como meta u «objeto en sí» del conocimiento buscado—, y cuando nos afirman que, muy al contrario, la Polemología, pese al rigor científico que caracteriza todos sus planteamientos, no se presenta como ciencia aséptica y neutral respecto al objeto de su conocimiento, sino que se autoproclama tendenciosa, interesada, comprometida y deliberadamente dirigida a la consecución de su meta final—el logro y afianzamiento de la paz entre los pueblos—, creo que muy pocos hombres que amen a sus semejantes y se preocupen por su futuro dejarán de sentirse atraídos por la tremenda belleza de tan ambicioso y espléndido objetivo.

Porque no se trata esta vez de utilizar a la ciencia, como en tantas otras investigaciones, para el acceso a un conocimiento aún oculto y que, una vez desvelado, será aceptado y asimilado, sea cual fuere el resultado de tal investigación: se trata, por el contrario, de investigar para lograr un resultado final concreto y comprometido en el más noble de los sentidos. Se trata de utilizar a fondo todo el bagaje científico actualmente disponible—y el que pueda proporcionarnos el imprevisible progreso de la cien-

cia futura—como eficaz instrumento al servicio de la más legítima y humana de las aspiraciones: liberar a la humanidad de ese humillante tributo al subdesarrollo humano que todavía obliga a unos hombres honrados a entregarse a la despiadada tarea de exterminar sistemáticamente a otros hombres honrados, simplemente por el hecho de verse unos y otros atrapados por un gigantesco e infernal mecanismo de destrucción que los apresa, adueñándose de sus vidas y haciendas, de sus cuerpos y de sus ánimos, de sus seres queridos y de sus quehaceres sociales y profesionales, para lanzarlos a esa atroz vorágine que es la guerra total, descomunal perturbación en la que, inevitablemente, no existe valor humano que no resulte ultrajado, cuando no atropellado, por las indescriptibles circunstancias en que se desarrollan los comportamientos individuales y colectivos.

Entre el concepto voluntarista del pensador clásico, que contempla la guerra como un medio o instrumento utilizado por decisión de la voluntad soberana de los Estados—«la guerra es la continuación de una política por otros medios» (Clausewitz)—y la moderna interpretación polemológica—«la guerra no es un medio, sino un fin que se disfraza como un medio; la guerra no es un instrumento, sino que somos nosotros los instrumentos de la guerra» (Bouthoul)—, el espectacular salto de la primera a la segunda de estas interpretaciones supone un vuelco prácticamente absoluto en la exégesis del conflicto armado como fenómeno social.

Este salto, desencadenado en Francia por Gaston Bouthoul a raíz de la terminación de la segunda guerra mundial, ha supuesto un revolucionario cambio de enfoque en lo referente a la actitud de los estu-

diosos ante el análisis del conflicto bélico y su futura erradicación, revolución cuyos frutos, obviamente, distan mucho de haber madurado aún. Pero no olvidemos que la Polemología—a la que los anglosajones suelen denominar *Peace Research,* es decir, *Investigación para la Paz,* y a la que algunos han llamado *pacifismo científico* para diferenciarlo del muy distante y ya largamente preexistente *pacifismo utópico*—sólo lleva sobre este complicado y conflictivo mundo poco más de tres decenios; insignificante período si se le compara con los cuatro o cinco milenios de historia conocida, durante los cuales la guerra ha sido no sólo un fenómeno prácticamente permanente, sino que ha constituido elemento básico en la configuración de las actuales entidades nacionales, y en la estructuración del Estado moderno y sus relaciones para con los demás Estados en el ámbito internacional.

Sería, pues, precipitado, a la vez que injusto, acusar de ineficacia a esta nueva ciencia por no habernos librado ya de la guerra, ni a nivel de realidad fáctica ni de terrible amenaza potencial: unas pocas décadas resultan absolutamente insuficientes para contrarrestar la inmensa inercia cultural, social y política acumulada por interminables siglos en los que la guerra ha constituido ingrediente histórico inseparable en la vida de los pueblos. Como toda otra ciencia, esta ciencia de la paz necesitará de un período de maduración—de evolución, desarrollo y duración difícilmente previsibles—antes de empezar a proporcionar los ambiciosos frutos que persigue.

Sabido es, por añadidura, que las ciencias sociales —y la Polemología lo es fundamentalmente, pese a sus múltiples y heterogéneas derivaciones—tropiezan

aún con una extraordinaria dificultad de origen: la de establecer unos válidos presupuestos teóricos de partida, suficientemente sólidos, sobre los cuales fundamentar todo el edificio de sus análisis, deducciones, inducciones, conclusiones, leyes e interrelaciones de toda índole, dotando a todo este aparato conceptual del imprescindible rigor, sin el cual ninguna ciencia merecería ser considerada como tal.

De ahí que la Polemología, en su calidad de sociología de la guerra y de la paz, adolezca irremediablemente de un relativismo o perspectivismo que se hace patente desde sus mismos planteamientos de partida —filosóficos, epistemológicos, sociales, políticos y culturales de todo género—, limitación común a toda la Sociología en general, y que da pie a los detractores de ésta para negarle el carácter de verdadera ciencia por el simple hecho de no poder fundamentarse sobre unas bases tan sólidas e incuestionables como los principios básicos de la matemática, la física, la química o cualquier otra ciencia natural.

De ahí que los polemólogos no puedan escapar a esta misma limitación que tantas veces ha desalentado a los sociólogos, al constatar éstos la desoladora comparación entre los espectaculares logros de las ciencias de la naturaleza (dotadas ya de un amplio y poderoso repertorio teórico de gran rigor y acreditada eficacia práctica) en contraste con el todavía escaso avance logrado por las ciencias de la sociedad, carentes aún de un instrumental teórico y práctico ni siquiera medianamente comparable con aquél. Carencia ésta tan grave y frustrante para algunos, que no faltan quienes llegan a afirmar la intrínseca y definitiva imposibilidad de edificar una auténtica Sociología-ciencia, negando a esta materia su carác-

ter de disciplina científica y dejándola reducida a la categoría de simple, aunque—eso sí—interesante especulación humanística.

Sin embargo, y afortunadamente, no faltan destacados intelectuales que, bajo muy diferentes enfoques, tan dispares como los propuestos, pongamos por caso, por Mannheim y Lukács, reivindican para la Sociología—y de rechazo, aun sin pretenderlo, también para la Polemología—el carácter de auténtica ciencia; y un hombre de la talla de Robert Merton acude en defensa de la ciencia social haciéndonos ver con extraordinaria lucidez que el escaso nivel alcanzado todavía por ésta no demuestra necesariamente su intrínseca incapacidad para elevarse hasta alturas similares a las ya alcanzadas por las ciencias de la naturaleza. Según el argumento de Merton—que suscribo plenamente—, entre la ciencia física del siglo XX y la ciencia social de este mismo siglo existe a favor de aquélla una distancia de «billones de horas-hombre de investigación continua, disciplinada y acumulativa»; abismal diferencia cuantitativa que justifica sobradamente el correspondiente desnivel cualitativo. «Quizá la Sociología—añade Merton—no está aún dispuesta para su Einstein porque aún no ha encontrado su Kepler, por no decir su Newton, Laplace, Gibbs, Maxwell o Planck.»

Así pues, cuando la Sociología haya acumulado un volumen de investigación desarrollada por el número suficiente de estudiosos, a lo largo del número suficiente de años, décadas o generaciones sucesivas de profunda dedicación—no nos avergoncemos de hablar de generaciones refiriéndonos al futuro, cuando no tenemos reparo alguno en introducir en nuestros argumentos, con todo desparpajo, datos, realidades y

experiencias acumuladas en numerosos siglos del pasado—, una vez alcanzado tal estadio, no se vislumbra razón válida alguna que impida admitir la posibilidad, y aun la probabilidad, de que mediante sucesivos y trabajosos hallazgos y sus correspondientes etapas de maduración, la Sociología del futuro consiga verse encuadrada en un riguroso sistema total, indiscutiblemente científico, englobador de todas sus vertientes—incluida, naturalmente, la Polemología—, lo que permitiría al sociólogo del futuro, incluido el polemólogo, «hacer ciencia» en el más estricto de los sentidos. Día a partir del cual todo fenómeno social—guerra incluida—podría ser, al menos teóricamente, analizado y estudiado en todas sus causas, efectos, variables, funciones de interrelación y elementos de control, con ese rigor del que todavía hoy carecemos y que el sociólogo de nuestros días, tal vez con excesiva impaciencia, aguarda ya.

Como ya se ha apuntado anteriormente, la Polemología, en su aspiración a establecer una sociología de la guerra y de la paz—dirigida al logro de ésta y a la evitación de aquélla—, tropieza con el mismo «handicap» inherente a toda otra sociología en su estado actual: la inevitable diversidad de los principios básicos sobre los que puede fundamentarse su estructura conceptual. Pero este problema se agudiza aún más en el caso específico de la Polemología, pues los polemólogos, aparte de no tener por qué coincidir necesariamente en sus presupuestos filosóficos, religiosos o culturales de arranque, ni siquiera concuerdan totalmente sobre cuál debe constituir la meta final de su investigación, ya que, aunque su aspiración común y última sea el logro de la paz, no existe entre ellos un completo acuerdo sobre la adecuada

definición de este concepto, al no coincidir en su apreciación sobre qué tipo de paz desean ver realizada sobre la tierra. Más aún: ni siquiera están de acuerdo en que la paz sea, en absolutamente todos los casos sin excepción, el bien supremo a defender, al cual deba ser sacrificado sin vacilar todo otro valor que entre en conflicto con él, admitiendo por el contrario que, en determinadas circunstancias específicas, la violencia puede llegar a constituir un mal menor, resultando en consecuencia lícito, e incluso obligado, recurrir a la misma por pura exigencia moral.

Pero por encima de tales divergencias inevitables, en lo que sí concuerdan los polemólogos es en la necesidad ineludible de comprometer a fondo a la ciencia en todas sus vertientes—mediante la utilización de todos sus instrumentos analíticos y de toda su capacidad de penetración—en el estudio e investigación del fenómeno bélico, en la inteligencia de que todo lo que signifique profundizar en el conocimiento de las más ocultas raíces de la conflictividad civil e internacional redundará, en cualquier caso, en un incremento del control sobre las mismas. O, lo que es lo mismo, en una mayor apropiación, por parte de la humanidad, de su propio destino a nivel de los comportamientos colectivos, haciendo retroceder, en la misma medida, el alto componente de irracionalidad e imprevisibilidad que todavía las perturba y condiciona.

Resulta, en efecto, evidente en términos objetivos que todo lo que signifique incrementar nuestro conocimiento sobre un mal que se trata de evitar—y a ser posible de erradicar—en ningún caso disminuirá las posibilidades de actuar sobre él sometiéndolo a nuestro control, y sí, por el contrario, podrá y deberá

aumentar dichas posibilidades en mayor o menor proporción; y quién sabe si, en su día, tal esfuerzo llegará a desempeñar un decisivo papel en la definitiva desaparición del mal investigado, una vez logrado un exhaustivo conocimiento sobre él.

No tenemos, pues, nada que perder investigando sobre la guerra, y sí mucho que ganar. Y si pensamos en la posibilidad, harto probable, de que un futuro e hipotético conflicto generalizado pudiese derivar hacia una confrontación nuclear, quizá no sea mucho, sino absolutamente todo, lo que la humanidad un día haya de agradecer a quienes dedicaron su vida a investigar la guerra para llegar a garantizar la paz.

Pues bien: en esta línea intelectual de investigación y compromiso—si quieres la paz, conoce la guerra—se inscribe el intento analítico e interpretativo que en la presente obra realizan Bouthoul y Carrère: sobre la base de una extensa y valiosa documentación estadística, que sin duda ha requerido de un largo y meritorio esfuerzo de recopilación, valoración y decantación, los dos autores, director el primero, y miembro destacado el segundo, del Institut Français de Polémologie, han desarrollado un profundo y multifacético estudio de los trescientos sesenta y cuatro «conflictos armados mayores» que la humanidad ha protagonizado desde mediados del siglo XVIII hasta prácticamente nuestros días, concretamente entre 1740 y 1974.

La enorme complejidad del intento de clasificar estos conflictos con arreglo a cualquier criterio preestablecido, complejidad que ya resulta obvia a priori, resultará aún más evidenciada para el lector a medida que vaya profundizando en el texto, lo que le permitirá valorar en su justo mérito la mag-

nitud del esfuerzo previo realizado por sus autores y colaboradores, así como el subsiguiente y metódico trabajo de análisis, síntesis e interpretación de tan voluminoso material. Tras delimitar y justificar el campo histórico escogido para la investigación a desarrollar, el texto se adentra en el análisis de los resultados obtenidos, tras su adecuado tratamiento informático, para pasar después a la interpretación polemológica de los mismos. Posteriormente se nos ofrece una lúcida panorámica prospectiva de lo que puede depararnos el inmediato futuro para este último cuarto de nuestro siglo, cerrando la obra unas breves y sustanciosas páginas a modo de compendio y conclusión de las reflexiones planteadas a lo largo de la misma. La masa principal de datos estadísticos son agrupados en varios anexos agregados al final.

Considero oportuno, en todo caso, formular aquí, o más exactamente reiterar, una explícita confesión personal: tal como ya he expresado en anteriores escritos, conferencias o ponencias de seminarios relacionados con esta temática, abrigo la profunda convicción de que no resulta necesaria investigación alguna—ni polemológica ni de ningún otro género—para detectar la mayor parte de las causas de conflicto que enfrentan a los pueblos, arrastrándolos una y otra vez a lo largo de la historia al enfrentamiento armado en cualquiera de sus formas y grados de extensión e intensidad.

La reiterada experiencia histórica—tanto la ya lejana como la más reciente—nos permite, y yo diría que nos obliga, a señalar aquellos comportamientos políticos, sociales y económicos que una y otra vez conducen a las naciones al cruel matadero de la guerra: imperialismos, racismos, dogmatismos ideológi-

cos, nacionalismos exacerbados, expansionismos territoriales, ambiciones hegemónicas, escaladas armamentistas, egoísmos materiales, situaciones de opresión política o económica, excesivos centralismos sobre regiones autonomistas, colonialismos, atropellos a minorías étnicas o religiosas, imposiciones injustas y arbitrarias por parte de Estados poderosos sobre otros más débiles, etc., por citar sólo algunos de los elementos cuya flagrante presencia en nuestro mundo se hace presente cada día a través de los modernos medios de comunicación.

Es tal, a mi juicio, la descomunal evidencia de la gran capacidad generadora de conflictos que caracteriza aún a la humanidad actual, es tal la aplastante constatación de las poderosas fuerzas que todavía impulsan a las colectividades humanas a actuar con egoísmo, intolerancia, cortedad de miras y desprecio a los intereses de otras comunidades, e incluso a insistir en comportamientos que implican un claro menoscabo de los intereses globales del género humano en su conjunto, que me resulta ineludible desembocar en esta conclusión: el mayor y más urgente esfuerzo que deberán realizar los hombres para la futura erradicación de las guerras habrá de desarrollarse, precisamente, en el campo de la acción política, económica, social y cultural, aún en mayor grado que en el de la investigación polemológica en particular.

Considero en definitiva, a título personal, que la futura superación de la guerra como fenómeno histórico será mucho más el fruto de un intenso, tenaz, sistemático, e incluso a veces heroico esfuerzo a cargo de los políticos e intelectuales, que de algún espectacular descubrimiento atribuible a los polemólo-

gos. Pero cuidado: el hecho de que yo considere, en el momento presente de la humanidad, que existen otros elementos más decisivamente determinantes que los hallazgos polemológicos a la hora de decidir el estallido del conflicto o su evitación, no me impide en absoluto reconocer la importancia de la Polemología, su plena justificación y su absoluta necesidad.

Porque, entiéndase bien, incluso si el número de casos bélicos que puedan ser resueltos gracias a la Polemología sólo supusiera un reducido porcentaje de las guerras que puedan ser evitadas por otras vías; incluso si, como yo afirmo, la mayoría de los factores más decisivos en el desencadenamiento de las guerras estuviesen ya suficientemente identificados y sólo una baja proporción de los mismos permaneciesen aún ocultos en el misterio y, a su vez, solamente alguno de ellos pudiera ser desvelado por la investigación polemológica; incluso si esta investigación únicamente lograse desvelar un solo desconocido mecanismo, factor o ciclo desencadenante de conflictos, permitiendo así evitar determinado tipo de estallidos; incluso si sólo consiguiese establecer en la teoría y constatar en la práctica que ciertas líneas de acción política resultan, a niveles puramente psicológicos, más tolerables y menos lesivas para otros Estados, reduciendo así, en términos de probabilidad, las posibilidades de un enfrentamiento armado; incluso si sólo lograse, gracias a una efectiva desacralización y desmitificación de la guerra, llevar al ánimo de algunos dirigentes la certeza moral de que determinadas motivaciones bélicas resultan ya absolutamente equívocas e injustificadas, suprimiendo así para el futuro unas concretas fuentes de conflictividad que resulta-

ron explosivas en el pasado; incluso en el caso, en una palabra, de que la Polemología se apuntase uno solo de estos logros, su justificación sería total.

Más aún, y llevando el argumento al límite: incluso en el caso de que la Polemología lograse un día evitar una sola guerra, una y sólo una, la necesidad de su esfuerzo y su propia existencia como ciencia quedarían total y absolutamente justificadas.

PRUDENCIO GARCÍA.

Madrid, febrero de 1977.

PREFACIO

La humanidad sabe calcular, con un margen de una fracción de segundo, los eclipses de los satélites del planeta Júpiter, sabe construir ordenadores capaces de tratar docenas de millones de datos por minuto, pero no sabe ni prever ni evitar las violencias civiles y las guerras extranjeras que, desde hace miles de años, ensangrentan las ciudades y los campos de la tierra; al estudiar los conflictos armados mayores que se han producido desde 1740, los autores han contado trescientos sesenta y seis, setenta y uno de los cuales han tenido lugar desde 1945. Así pues, los hombres acumulan conocimientos y poderes de los que bien podrían prescindir; pero siguen padeciendo ignorancias e impotencias cuyos efectos se hacen sentir cruelmente.

Esta situación se debe sin duda al hecho de que el campo político y social es mucho más difícil de estudiar que el campo de la astronomía, de la electrónica

o de la física, aunque todo el mundo hable perentoriamente de política y no todos puedan entender los algoritmos de las ciencias físicas. Existe, pues, en los factores que dominan el comportamiento de los hombres, de los pueblos y de los Estados, y su evolución en el tiempo, una mayor complejidad y una menor estabilidad que en los factores que determinan las cosas inanimadas. La facilidad—y en ocasiones la relativa pertinencia con la que el ciudadano medio habla de política—no es pues más que la consecuencia del hecho de que nadie pueda tener la seguridad de hablar mejor que él, al no existir una ciencia política sólida.

Pero el hecho de que una ciencia resulte difícil de fundamentar no debería ser óbice para que alguien se esforzara en hacerlo. Ahora bien, prácticamente el único que lo ha intentado ha sido Gaston Bouthoul. En una época en que miles de jóvenes brillantes se apasionan cada año por la «investigación», pero entendiendo por ella no tanto el descubrimiento de nuevas vías como la continuación de prestigiosos trabajos emprendidos por otros, Bouthoul ha tenido el coraje suficiente para abordar abiertamente el problema más doloroso y más difícil de la condición social, de la condición humana. Ha pensado, acertadamente, que aunque resultara al estudiarla que una ciencia exacta del procedimiento guerrero ya no es posible, al menos era necesario realizar una reflexión sistemática y ordenada a partir de los hechos de violencia, para mayor dignidad del hombre y para provecho de la humanidad. Así, tras haber acuñado el término polemología (del griego polemos, guerra), fundó, en 1945, el Instituto Francés de Polemología, al que sigue dando vida y que ha publicado una larga serie de traba-

jos, principalmente a través de la Revista francesa de Polemología—Estudios polemológicos—*que edita.*

Dentro del marco de este Instituto, Gaston Bouthoul y René Carrère llevaron a cabo las investigaciones previas a la presente obra, desde 1971. Recogieron, profundizándola y desarrollándola, una obra emprendida por tres investigadores anglosajones, y para ello han identificado, censado y caracterizado sistemáticamente todos los conflictos definidos como «mayores» que conoció el planeta desde 1740.

Su estudio viene a confirmar el hecho esencial, conocido de antiguo, pero siempre olvidado por revolucionarios y gobiernos en los que dominan hombres de igual temperamento: la guerra no produce nunca los resultados que esperan quienes las provocan. La idea del atacante es siempre la esperanza falaz de un gran bien por el que se paga un mal necesario y de poca monta. Los militantes, que no siempre son militares, desencadenan la guerra, civil o extranjera, o la hacen inevitable, en nombre del interés de un pueblo, para mejorar una situación, o para evitar su degradación, a costa de sufrimientos previstos, pero aceptados como bastante inferiores a los beneficios que se esperan. De hecho, la experiencia de decenas de siglos demuestra que incluso el vencedor sufre más y gana menos de lo que había pensado. Si, individualmente, algunos hombres pueden conquistar con la guerra el poder o la gloria, mucho más numerosos son los que encuentran la cárcel y la muerte. En cuanto al balance colectivo, siempre es desastroso, a pesar de la propensión que suelen tener los grupos vencedores a exagerar el activo.

Veremos cómo los autores de la presente obra enriquecen estos principios generales con comprobacio-

nes experimentales y análisis detallados. Avanzar en el conocimiento de un problema tan complejo y evolutivo como éste supone, en primer lugar, distinguir las fases y luego agrupar sus manifestaciones en categorías un poco homogéneas. Proponer, establecer semejante morfología, semejante tipología, requiere un profundo conocimiento de miles de acontecimientos. Es realmente el resultado de toda una vida de trabajo lo que aquí nos presentan Gaston Bouthoul y René Carrère. El lector les quedará agradecido por la ingente cantidad de informaciones inéditas y estimulantes que aportan, para un mejor conocimiento de los hombres y de las sociedades. Sociólogos y politólogos encontrarán una primera base para la ciencia de las guerras. Por último, el filósofo y el moralista pueden hallar un primer paso, un primer esfuerzo concreto, un primer resultado positivo para desmitificar la violencia y someter la fuerza al espíritu experimental.

Jean FOURASTIÉ.
Miembro del Instituto

PRELIMINAR

Porque la muerte no la hizo Dios,
Ni se agrada en la perdición de los vivientes,
Pues todas las cosas hizo para que existieran,
Y las creaturas del mundo son saludables,
Y no hay en ellas germen de perdición,
Ni reina el hades sobre la tierra,
La justicia es inmortal.

Sabiduría, I.

Nos dice la Guerra:

«Yo soy la madre de todas las cosas, la gran fuerza que arrastra y transforma a las sociedades; soy su más poderoso medio de expresión. Soy tribunal de la Historia y sopeso, juzgo y moldeo el mundo; hago a los dioses y a los reyes, a los amos y a los esclavos. Fascino a los hombres, y la propia Paz vive sujeta a mi fascinación.

»Puedo enfrentar a muerte al hermano contra el hermano; puedo arrancar miles de hijos a sus padres y de esposos a las esposas, al tiempo que exalto su sacrificio.

»Dispongo, al desencadenarse la violencia, de millones de vidas y soy por ello sin duda la causa menos divina de la muerte.

»Juego con el mecanismo de las cosas como con las pasiones de los hombres. Todo lo someto a mis

fines; la abundancia como la penuria, el espíritu dominador como la timidez o la rebelión de la debilidad, el valor como el miedo, el heroísmo como la cobardía, la esperanza como la desesperación, la generosidad como el egoísmo, el cálculo como el error, el cinismo como el candor, el derecho como la fuerza. Hago empuñar las armas al que quiere esclavizar lo mismo que al que pretende seguir siendo libre. Para mis flechas me sirve cualquier madera, los cálculos y los impulsos, lo racional y lo irracional.

»Desde que el hombre existe, y a lo largo de los siglos, he hecho resplandecer en el planeta Tierra hogueras siempre avivadas y resonar en él el fragor de mis batallas. No hay año ni lugar en los que no haya aparecido. Pero ¿cómo reconocerme? Porque, como el dios Proteo, cambio constantemente de voz y de rostro.

»En los conflictos de los hombres, he sido la razón última y el supremo recurso. Las querellas intestinas de las naciones las he trocado en revoluciones o las he desviado hacia la conquista; sus rivalidades, las he convertido en guerras externas o las he hecho desembocar en enfrentamientos internos.

»He sido la gran ilusión; las naciones me adoptaban como medio, pero era siempre yo quien, a la postre, les imponía mis resultados inesperados, deshaciendo regímenes, Estados y sociedades; sus ejércitos me preparaban y creían ganarme a mí en sus enfrentamientos, pero era yo en última instancia quien deshacía los ejércitos porque nadie salía indemne del crisol de mis batallas. Soy un fin que se disfraza de medio.

»Robustecida por mis éxitos y por mi experiencia de los hombres y de los acontecimientos, desafío al

hombre a que prescinda de mí, a que me ponga fuera de juego. Mañana, como ayer y como hoy, seguiré siendo el árbitro de sus contradicciones y de sus problemas, la fatalidad de su destino, y mantendré la Paz encadenada a mis propósitos.»

Todo esto que bien podría decirnos la Guerra, ¿hasta qué punto es cierto o falaz? Pero, sobre todo, ¿podemos inclinarnos ante su reto, cuando en la era nuclear nos oculta el cariz que podría tomar mañana?

Para intentar aceptar el reto, nos hemos propuesto poner en tela de juicio a la guerra a través de sus rostros adoptados en los dos últimos siglos, para intentar desvelar su amenaza en los próximos decenios.

1975: La humanidad, en el trigésimo año de la era atómica, siente, tras el confuso miedo del año 1000, el terror científico del año 2000. Se adentra con un sentimiento de inquietud, sino de angustia, en el último cuarto de un siglo en el que ya ha conocido dos guerras que se extendieron por todo el planeta. Se interroga sobre la eventualidad de una tercera guerra mundial que, por su dimensión nuclear, sobrepasaría a las dos anteriores en violencia, y teme el peligro de extensión que presentan los seis focos de guerra aún no extinguidos: Vietnam, Kurdistán, Próximo Oriente, Chipre, Angola, Mozambique, y los múltiples microconflictos—terrorismo, guerrillas, enfrentamientos—que casi a diario perturban la paz de los hombres en un punto u otro del globo.

Ante esta situación y esta perspectiva, parece necesario averiguar dónde se encuentra la humanidad en

este campo de la guerra y de la paz: estudiando los conflictos armados mayores—guerras y revoluciones—que el globo ha conocido desde hace dos siglos, y el significado de esos conflictos.

Para ver adónde corre peligro de llegar el mundo, en este terreno vital para él, y para tomar conciencia de los peligros que presenta el futuro próximo y de las posibilidades que tenemos de conjurarlo, hay que saber en efecto de dónde viene, examinándolo en un período dilatado de su historia, y dónde se encuentra.

Por esta razón, el Instituto francés de Polemología, dentro del marco de su vocación y de sus trabajos, emprendió en 1971, en una perspectiva geopolítica mundial, una investigación con ordenador: «Dos siglos de guerras y de revoluciones 1740-1974», que hoy presenta.

En nuestra opinión, esta investigación, que comprende una selección, un recuento, un análisis cifrado, un tratamiento informático y una interpretación polemológica de los 364 conflictos armados mayores de este período, es la primera de esta clase que se realiza en Francia. Se ha beneficiado de las investigaciones anteriores realizadas desde 1942 en otros países por:

— Quincy Wright, *A Study of War* (1.ª ed., 1942; ed. rec., 1970);
— Richardson, *Statistics of Deadly Quarrels,* 1960;
— David Singer y Melvin Small, *The Wages of War,* 1972.

Se ha inspirado en estas obras, añadiendo nuevos criterios, extendiendo en el tiempo el campo del análisis y enriqueciendo sus reflexiones con los resulta-

dos de los distintos trabajos que lleva a cabo el Instituto francés de Polemología desde 1945.

Esta nueva investigación constituye una experimentación, y como tal, puede justificar críticas y postular mejoras que estamos dispuestos a aceptar. Pero en este momento cuenta con tres importantes factores.

● En primer lugar, una apreciable documentación y un nuevo modelo de análisis polemológico de los conflictos armados mayores (guerras y revoluciones), gracias a un cuestionario de análisis cifrado, bien experimentado.

Han contribuido a establecer la documentación básica:

— el coronel (E. R.) Roger Prillard;
— el general de brigada (C. R.) Joseph Delivré;
— el coronel (E. R.) Pierre Valat-Morio;

cuya competencia y cooperación han sido inestimables. Gracias a ellos se pudo emprender esta investigación, por lo que les expresamos nuestra gratitud.

También damos las gracias a Mme. Hélène Faup por sus traducciones y análisis de la importante documentación en lengua inglesa.

● A continuación los resultados de un análisis objetivo de las guerras extranjeras y civiles de los dos siglos transcurridos. Este análisis en profundidad no hubiera sido posible:

— sin la ayuda del ordenador, gracias a la colaboración de los servicios «Informatique», a los que expresamos nuestra profunda gratitud;
— y sin la presentación de los distintos resultados en cuadros, croquis y gráficos, que debemos a Mme. Madeleine Papeguay y a Robert Dommanget.

● Por último, un intento de interpretación polemológica de esos conflictos armados mayores y una contribución a la prospectiva del período 1975-2000, para los que nos han sido de ayuda inestimable las conversaciones mantenidas con:

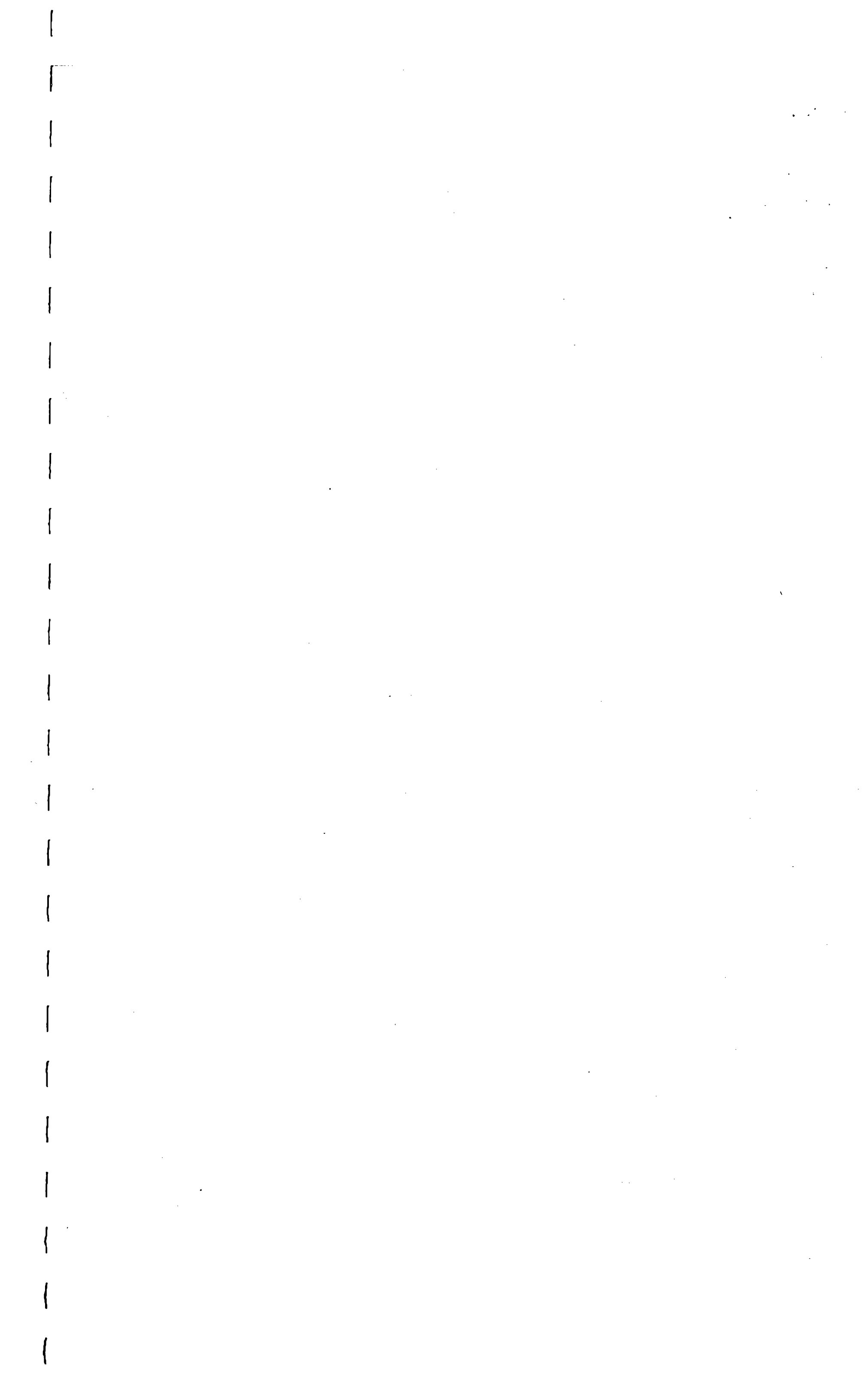
— Lucien Poirie;
— Hervé Savon;
— Christian Schmidt.

Si el futuro, con sus múltiples posibilidades, no pertenece a los hombres, la grandeza de éstos consistirá en conocer el terreno de su destino y en poner todos los medios posibles para dominarlo. Pero para una acción lúcida y eficaz es necesario conocer los fenómenos de violencia colectiva, y el objeto y finalidad de nuestro estudio ha sido contribuir a ese indispensable conocimiento. Queremos aportar al lector, al poder y a la opinión elementos de reflexión y de decisión que sirvan para que la sociedad humana, ya solidaria y embarcada en una única nave espacial, la Tierra, acepte con éxito el desafío que le plantea el final del siglo XX: ¿Es capaz de evitar una tercera guerra mundial que podría ser nuclear y, por tanto, amenazaría el futuro de la civilización y a la propia existencia de la especie humana?

¿Guerra o paz? Es uno de los dilemas de todas las épocas, de todos los instantes y, por lo mismo, de las generaciones responsables de este siglo XX que termina.

Nuestro propósito será el de vencer este dilema [1].

[1] Para no sobrecargar el libro y sus Anexos, no hemos publicado los cuadros detallados, resultado del análisis con ordenador. Sin embargo, pueden consultarse o pedirse al Instituto francés de Polemología, 7, rue Gutenberg, 75015, París.



INTRODUCCIÓN

VIDAS Y MUERTES

> Las actitudes ante la vida son, junto con las actitudes ante la muerte, los elementos centrales de un sistema de civilización...
>
> Una crisis de civilización es una crisis que afecta casi necesariamente a los tres factores esenciales, la vida, el amor y la muerte.
>
> (Pierre CHAUNU, *De la historia a la prospectiva,* 1975.)

1. Poblaciones y pérdidas

Desde 1740, en doscientos treinta y cinco años, la Tierra ha visto nacer unos trece mil millones de seres humanos, de los cuales, 222 millones en Francia [2]. Más de tres mil millones y medio sobreviven hoy. Los demás, hombres y mujeres, han muerto: de vejez, de enfermedad, de epidemia, de hambre, por accidente, asesinados o en la guerra. Unos no han visto ponerse el sol que alumbró la mañana de su nacimiento, otros han llegado a centenarios. La mayoría han alcanzado los veinticinco años y cada vez más numerosos fueron los que llegaron a setenta. Eran de todas las razas, de todas las lenguas, de todas las religiones, de todas las naciones. Casi todos desconocidos, excepto

[2] Referencia: estudio del Instituto Nacional de Estudios Demográficos con fecha 14 de octubre de 1974 (ver Anexo I, páginas 257 y 258.

los que fueron nuestros parientes, amigos, compañeros, y aquellos que la historia o la memoria de nuestra familia hace revivir para nosotros. Pero cada uno de ellos tenía su vocación, su dignidad, su realización, su historia. Ahora están en el reino de las sombras o en el reino de Dios; y ningún viviente podrá, como Lázaro—o imaginar como Virgilio o Dante—franquear el umbral de su morada y regresar. Esperan que lleguen a ellos, por las mismas vías, las generaciones que les suceden.

Consideremos la parte de homicidios colectivos imputable a las guerras, sin perder de vista que las guerras, y su simple amenaza, tienen otros efectos considerables—en las conciencias, en las constelaciones políticas y sociales, en los aparatos económicos—que nuestro análisis estudiará más adelante.

De los trece mil millones de seres humanos que vieron la luz, decenas de millones—militares y civiles—murieron a causa de la guerra en uno de los 366 conflictos armados mayores (guerras y revoluciones) que ha conocido el mundo de 1740 a 1974.

El número de 85 millones de muertos—de los cuales 38 millones son de la segunda guerra mundial—puede parecer poco elevado comparado con la decena de miles de millones de muertos. Pero hay que tener en cuenta que estas guerras y revoluciones produjeron además varias decenas de millones de muertes subsecuentes por epidemia, hambre, gravedad de heridas, y cientos de millones de perjuicios a la integridad de la vida humana—heridas de todo tipo—. Solamente la epidemia de gripe española, unida a las perturbaciones de la primera guerra mundial, causó 21 millones de muertos. Y la sola ame-

naza de guerras, por la perturbación que suponía, añadió millones de víctimas.

Por último, la guerra, extranjera o civil, es sin duda alguna la causa menos divina de muerte y la menos aceptada por el hombre, sobre todo ahora que una guerra nuclear extendida podría causar la muerte, en muy poco tiempo, de cientos de millones de hombres—uno de cada siete—, y en las partes más desarrolladas del globo. La guerra parece ahora como un holocausto inmenso, sangriento, temible y misterioso.

Son estas guerras y revoluciones, de 1740 a 1974, las que nos hemos propuesto evocar, analizar e interpretar, con un doble pensamiento:

— de respeto a los muertos, ya que si hablamos de números, miles y millones, no olvidaremos que eran personas, cada una de ellas única y parte del Dios vivo;
— de cariño hacia los que viven, conocidos o desconocidos, cercanos o lejanos, ya nacidos o por nacer, pues cada uno de ellos es portador de porvenir en esta ascensión de la humanidad cantada por Teilhard de Chardin.

¡Qué diferente ha sido cada generación y cada sociedad de esos 85 millones de muertos, y qué diferente también de nuestras generaciones y de nuestra sociedad de seres vivos! Si se traza un paralelismo entre lo que era el mundo en 1740 y lo que ha llegado a ser 1974, se verá la amplitud del cambio, del que las guerras han sido al mismo tiempo uno de los síntomas más evidentes y uno de los más importantes factores.

2. Del hombre contenido al hombre incontenible (1740-1974)

El mundo ha cambiado más entre estas dos fechas que en el transcurso de los siglos anteriores. Si, poco antes de 1740, podía escribir Montesquieu «¿Cómo se puede ser persa?», después de 1974 un autor del Tercer Mundo podría, en unas *Cartas europeas* preguntarse, por el contrario, «¿Cómo se puede ser europeo?» Porque en dos siglos el mundo ha cambiado de faz y de centro. Y sin embargo, ese período, importante a escala de una vida humana, no es mucho comparado con la existencia de una familia, puesto que apenas representa ocho generaciones de treinta años. En 1974, un adolescente podría haber oído de labios de sus abuelos, que a su vez lo hubieran oído de labios de los suyos, cómo era el mundo en 1740 y cuánto ha cambiado. Con mayor motivo parece corto ese lapso de tiempo a escala de la vida de los Estados, muchos de los cuales tienen más de mil años, y de su memoria histórica.

Para medir bien el cambio, lo mejor es dibujar un paralelismo entre 1740 y 1974 para destacar las estructuras y los rasgos principales de cada época, todo ello con actitud polemológica, es decir, excluyendo todo juicio, panegírico o condenatorio, ya que toda época tiene sus zonas de luz y de sombra, determinadas por la condición del tiempo, y en este mundo los hombres sólo sitúan el Paraíso en sus orígenes —en la infancia, en la Edad de Oro o en el Edén— o en el final mesiánico de cada persona y de la humanidad.

Al mundo de autoridad, de tradición y de mesura de 1740 le sucede el mundo prometeico de 1974; al hombre de 1740, contenido en su terruño y en sus convicciones, el hombre de 1974, incontenible en sus espacios y en sus elecciones. La comparación aquí esbozada es sobre todo aplicable a Europa, ya que otras civilizaciones distintas, y más si comunican poco, no han alcanzado la misma hora de la historia al mismo tiempo. Sin embargo, algunos rasgos son válidos para la mayoría de las sociedades de los demás continentes.

1740.—El mundo estaba compuesto de sociedades, continentales o insulares (Europa, África, Asia, América, Oceanía) que, habiendo entrado no hacía mucho en contacto, apenas comenzaban a conocerse, a asombrarse de sus exotismos, a penetrar por sus costas. En el interior de los continentes y hacia los polos quedaban extensas zonas, *terrae incognitae,* que estaban en blanco en los mapas de la época. El destino de cada una de esas sociedades tradicionales tenía relativa independencia respecto al porvenir de las demás. Europa era el centro del mundo que cinco imperios coloniales—el español, el portugués, el holandés, el inglés y el francés—empezaban a dominar.

La población de la Tierra, esencialmente rural y conformada su vida al ritmo de la naturaleza y de las estaciones, apenas alcanzaba los 700 millones de habitantes, menos que la China de hoy; la de los grandes Estados, una veintena de millones, menos que el Irán actual; la de las capitales—como París—menos de un millón, menos que muchas capitales de provincia de 1974. En los demás continentes no europeos eran numerosas las sociedades políticas

que permanecían en estado de tribus, clanes y principados; e incluso Europa, excepción hecha de algunos grandes Estados, marítimos o continentales, estaba parcelada en múltiples comunidades, a escala de las necesidades y de los medios de la época. La autoridad tradicional, con visos de sagrada, se encontraba sólidamente establecida, aunque a punto de quedar en entredicho en varios Estados. El poder estaba en manos de príncipes que reinaban sobre sus súbditos y, también en Europa, persistía la esclavitud.

El mundo caminaba a la velocidad limitada del caballo y de la vela, de la información escrita y oral [3], a la potencia reducida del agua, del viento y de las técnicas aún elementales.

La economía, limitada por el escaso avance de las técnicas, los azares de la agricultura y la escasez de la moneda, seguía siendo en gran medida familiar, local o regional. La industria estaba en la etapa artesana y de manufactura donde lo esencial era el hombre y no la máquina.

Las ciudades, de extensión y altura limitadas, en su mayoría rodeadas de murallas y dominadas por los únicos monumentos de los dos poderes de la epoca, la casa de Dios—templo, sinagoga, catedral, mezquita o pagoda—y el palacio del príncipe temporal, reposaban en el apacible entorno de la campiña.

Una de las estructuras más características de una sociedad está constituida por los lugares respectivos

[3] En 1789, el Gran Miedo tardará varias semanas en extenderse por toda Francia, y un virrey del Perú al que se llegaba con la noticia de que acababa de estallar una sublevación en los confines de su reino, podía pensar que desde entonces ya se había sofocado.

que ocupan el hombre, según su función, la mujer y el joven [4]. La mayoría de los Estados de entonces estaban dominados por el señor, el clero y el oficial, cuyo poder disputaban otros tres grupos sociales, el burgués, el funcionario, el letrado—filósofo, clérigo o mandarín—. El poder de la mujer, aparte de los casos de las reinas o de las favoritas, no iba más allá de la influencia familiar y cultural, salvo en las sociedades matriarcales. En cuanto a la juventud, en razón de la corta esperanza de vida, de la solidez de las estructuras y de las disciplinas, de la extensión de las salidas—lejanas tierras, ejército, Iglesia—que se ofrecían muy pronto a su impaciencia natural, no planteaba, en la demografía de entonces, ningún problema grave. Si bien podía darse un acontecimiento como el de julio de 1789, uno como el de mayo de 1968 resultaba inimaginable. En todas partes la autoridad, legitimada y consagrada, era soberana, primero en la familia sometida al padre o, en el matriarcado, a la madre, y luego en todos los grupos organizados.

¿Cuál era el valor de la vida, noción capital para explicar la actitud de una sociedad ante la muerte y sobre todo ante la guerra? Variaba de una sociedad a otra, pero no era elevado en ninguna parte, en una época en la que la esperanza de vida al nacer, con las hecatombes de las enfermedades, de las epidemias, del hambre, no iba más allá de los veinticinco años y en la que la creencia en un más allá era muy fuerte.

A semejanza de estas sociedades, compartimentadas y, por lo mismo, poco vulnerables, escasamente armadas y, por tanto, poco destructoras, las guerras estaban muy localizadas y limitadas: guerras de Es-

[4] Georges BALANDIER, *Anthropologiques,* Presses Universitaires de France, 1974.

tados en Europa y Asia, guerras de tribus y algaradas en África y América. Eran campañas estacionales interrumpidas durante el invierno y la noche, sin grandes apasionamientos religiosos [5] o ideológicos, en las que lo se que ponía en juego era algo muy limitado —el destino de una provincia o de una plaza—, con pequeños ejércitos profesionales cuyo armamento tenía un alcance de pocos cientos de metros.

Desde las grandes invasiones de los siglos V al XIV y la colonización europea de los siglos XV y XVI no había habido perturbaciones profundas. Únicamente la Guerra de Sucesión de España había alcanzado, por vez primera, dimensiones mundiales al extenderse por Europa y ultramar. Sin apasionamientos religiosos ni nacionales, las guerras, que no afectaban más que a estrechas zonas de movimientos de ejércitos pequeños, no obstaculizaban la lenta circulación de personas, ideas y bienes, de un extremo a otro del universo conocido.

Característica polemológica de las sociedades es la relación que existe entre los dos poderes de la naturaleza y de los hombres: el poder de destrucción y el poder de creación. En 1740, el poder de destrucción del hombre, que contaba con técnicas rudimentarias, era débil. Por el contrario, el de la naturaleza y sus catástrofes—cataclismos, epidemias, hambre—era elevado [6], pero localizado por los obstáculos en los intercambios.

Comparativamente, los poderes de creación y de

[5] Ver lo que dijera Federico II con ocasión del primer reparto de Polonia.

[6] Ver el terremoto de Lisboa de 1755, la epidemia de cólera en Francia en 1826-1837.

reconstitución de la naturaleza por parte del hombre eran débiles, en razón de la propia debilidad de las técnicas, pero se renovaban sin cesar gracias a la fecundidad de la rotación anual de las estaciones. En esas condiciones, el poder de creación y el poder de destrucción del hombre se equilibraban más o menos. Solamente tras los pocos períodos en los que se conjugaban los efectos de la guerra, del hambre y de las epidemias, tardaba más un Estado en reconstituir su substancia. Ya veremos que ese equilibrio creación-destrucción será puesto en tela de juicio en dos ocasiones durante los dos siglos siguientes.

1974.—Si nos situamos ahora en 1974, y recogemos las estructuras características que acabamos de observar para 1740, nos daremos cuenta de la amplitud del cambio acaecido.

El mundo enteramente explorado se ha convertido en «un mundo finito» constituido por una sola sociedad internacional en la que todas las sociedades estatales—145 en total [7]—representadas en la Organización de las Naciones Unidas están en estrecha comunicación [8]. El destino de cada una de ellas depende del porvenir de las demás. Europa ha dejado de ser el centro del mundo. Tal y como lo preveía Tocque-

[7] Y el número aumenta de año en año.

[8] La sociedad de Estados de la que habla METTERNICH en sus *Memorias* es una condición fundamental del mundo moderno. «Lo que caracteriza al mundo moderno—decía—, lo que le distingue esencialmente del mundo antiguo, es la tendencia de los Estados a aproximarse unos de otros y a formar una especie de cuerpo social que se asienta sobre las mismas bases que las grandes sociedades humanas que se han formado en el seno de las religiones universales» (citado por el contraalmirante (C. R.) H. LABROUSSE en «Influencias en el Océano Índico», revista *Forces Armées françaises*, septiembre, 1974, núm. 24).

ville, en ambos flancos, el marítimo y el continental, han surgido dos imperios que, junto con China, son los únicos que poseen las bases de una gran potencia moderna, Estados Unidos y Rusia. Mientras que el Tercer Mundo, joven, rico en hombres y en materias primas, va accediendo a su vez al poder.

La población del mundo, si bien sigue siendo esencialmente rural en numerosos países de los continentes que no son Europa, es ahora principalmente urbana en los países industrializados. En éstos, el sector de actividad secundario (industria) que había sobrepasado al sector primario (agricultura) ha sido a su vez superado por el terciario (servicios). En la mayoría de los demás países de otros continentes, el sector primario sigue primando sobre el terciario, que, a su vez, ha dejado atrás al secundario.

La población mundial se ha cuadriplicado ampliamente en dos siglos, mientras que sólo se había doblado durante los cinco siglos anteriores. Cuenta ahora con cerca de cuatro mil millones de seres humanos y sigue aumentando aceleradamente. La de los grandes Estados supera los 200 millones de habitantes y la China de hoy cuenta con más habitantes que el mundo entero en 1740, mientras que las aglomeraciones como Nueva York y Tokio—12 millones de habitantes—tienen una mayor población que todo un Estado como Gran Bretaña en 1740 [9].

Las sociedades políticas son poco numerosas—150 aproximadamente—, ya que tribus, clanes y principados han quedado, como en la Europa occidental de los siglos XVI al XX, absorbidos por los grandes

[9] En 1974, la población de la aglomeración parisiense representa el 16 por 100 de la de Francia, mientras que era solamente el 4 por 100 en 1740.

Estados soberanos. Se discute la autoridad tradicional en muchos Estados. El poder de los príncipes ha dejado paso al poder de las masas, de los partidos, de los grupos de presión, de los pueblos y de sus dirigentes.

El mundo se mueve, por tierra, mar y aire, a la velocidad del motor o del cohete, ya supersónica en el espacio. La información escrita y oral, cada vez más audiovisual, se propaga a la velocidad de la luz. Por contagio, un acontecimiento en un punto del globo crea otro casi instantáneamente en otro punto: el mundo se ha convertido, según McLuhan, en una «aldea electrónica».

Después del agua y del viento, del carbón y la electricidad, el petróleo es hoy la gran fuente de energía, en espera de que sean explotadas otras energías menos localizadas: la del uranio, del mar y del sol. La ciencia, en sus incansables síntesis, ha desarrollado hasta el infinito los productos de la naturaleza. La economía, que ha multiplicado la moneda, es ahora mundial y por lo mismo más vulnerable. La sociedad universal es una sociedad de circulación que queda estrangulada no ya por la producción, elevada gracias a los avances de la técnica, sino por el reparto de los bienes.

Las ciudades, de asfalto, metal y piedra, desarrolladas en extensión, profundidad y altura, han hecho saltar las murallas, abandonadas o niveladas. Edificados en un suelo urbano cada vez más escaso y costoso, dominando antiguos palacios y viejas iglesias, se alzan con creciente altura los monumentos de los dos nuevos poderes: las torres, templos de los negocios, y las obras de arte, florones de la técnica. Y

sobre los tejados se yerguen, innumerables, las antenas de televisión, «cabezas pensantes» de las aglomeraciones humanas y armas del «cuarto poder».

Las antiguas jerarquías han quedado desbaratadas. Los «aparatos» políticos y técnicos, las tecnoestructuras, los dirigentes de los negocios y los poderes de la información son los que arrastran y dirigen a las sociedades. La mujer, madurada por las dos guerras mundiales y las guerras de liberación, ha pasado a ocupar en la sociedad un lugar cada vez más importante. En un mundo en el que se han quebrantado estructuras, jerarquías, disciplinas y valores, la juventud, cada día más numerosa, frenada en su escalada hacia los empleos y las responsabilidades por el alargamiento de la vida cuya esperanza sobrepasa hoy los setenta años y por la prolongación de los estudios, representa una fuerza explosiva.

El valor de la vida, relativamente poco importante en 1740, ha aumentado con esta gran esperanza de una larga existencia terrestre y el debilitamiento de la creencia religiosa en un más allá. El tiempo ha tomado valor de eternidad.

En esta sociedad internacional tan bien comunicada y por lo mismo más fuerte y vulnerable, poderosamente armada y por tanto más destructora, las guerras han sido por dos veces, entre 1914 y 1945, los encarnizados enfrentamientos de naciones de todos los continentes: campañas en cualquier estación del año, de noche tanto como de día y bajo cualquier clima, de potencias armadas divisionarias, provistas de armamentos con un alcance de varios miles de kilómetros y que luchaban por causas vitales como el desmantelamiento de imperios y la destrucción de

ideologías rivales. En estas guerras totales, los regímenes resisten malamente la derrota, e incluso la victoria. Incluso vencedores, sangrados por estas guerras civiles, los imperios coloniales de ultramar se han ido desmoronando uno tras otro.

Sin embargo, desde 1945, con la presencia disuasoria del arma atómica, las guerras han tomado el cariz de guerras «indirectas» locales y limitadas, no por el cálculo dinástico de los príncipes, como en el siglo XVIII, sino por el temor a un apocalipsis nuclear. Más encarnizadas también desde 1914, degeneran en matanzas con visos de genocidio, al tiempo que incrementan las guerras revolucionarias en las que entremezclan, a veces separados, los fuegos de la guerra y los de la revolución. Mientras en el siglo XVIII los súbditos del príncipe envuelto en una guerra tenían libertad para continuar sus relaciones, en la guerra del siglo XX se rompe todo contacto con los ciudadanos de las naciones opuestas.

¿Qué ha ocurrido con los dos poderes del hombre y de la naturaleza, el poder de creación y el poder de destrucción, así como su relación? Los del hombre son netamente superiores a los de la naturaleza, ya se trate de crear o de destruir. Ahora el hombre, con el poder que le confieren sus técnicas, crea más de prisa que la naturaleza y destruye más que ella. La relación «poder de creación del hombre-poder de destrucción del hombre» es ahora el factor capital decisivo.

Hasta 1945, gracias a los avances de la medicina —y ya por la vacuna de Jenner— y a los de la ciencia y la técnica, el poder de creación del hombre era superior a su poder de destrucción; testimonio de ello nos lo da la rapidez con que se repararon las

considerables pérdidas de la primera guerra mundial, reconstituyéndose pronto las economías, los ejércitos y el dinamismo de los beligerantes.

Desde 1945 la situación está invertida. El poder de destrucción de las armas atómicas, biológicas y químicas es tal que supera con mucho al poder de creación o de reconstitución del hombre. En efecto, podría muy bien destruir toda la especie humana y su planeta.

3. La guerra, expresión y transformación de las sociedades

Esta profunda transformación del mundo, entre 1740 y 1974, es sin duda obra de un hombre cada vez más prometeico y el resultado de una evolución, bajo la influencia de grupos o de genios, en el orden mental, ideológico, técnico, político. Pero uno de los más importantes es el factor bélico: guerras y revoluciones.

Para entender la profunda transformación evocada en el paralelismo entre el mundo de 1740 y el de 1974, no estará de más ver cuál ha sido, entre estas dos fechas, la naturaleza y la evolución de las guerras, consideradas en su esencia de fenómeno biológico y social, más allá de sus rasgos externos, políticos y militares.

Ése fue el propósito de la investigación con computadora emprendida en 1971 por el Instituto francés de Polemología y cuyos resultados puede presentar ahora. La idea principal que se saca—y que expondremos y discutiremos—es que, durante este período

1740-1974, los conflictos armados mayores, guerras y revoluciones, bajo su aspecto proteiforme, son a un tiempo la expresión conflictual violenta—expresión privilegiada y profunda del estado de las sociedades—y una de las causas esenciales de su transformación. *Las guerras expresan y transforman a las sociedades.*

E incluso la mera amenaza de la guerra, como podemos comprobar actualmente con la crisis del Próximo Oriente, es ya la expresión de un estado de la sociedad nacional e internacional y un factor de su transformación.

4. De la investigación a su representación

Las *etapas de la investigación* han sido las siguientes:

— en una primera fase, definir su método, delimitar su campo, establecer el cuestionario de análisis cifrado de los fenómenos conflictuales a estudiar y reunir la correspondiente documentación;
— en una segunda fase, describir los fenómenos conflictuales, asegurar su tratamiento informático, analizar los resultados;
— en una tercera fase, establecer su interpretación polemológica;
— en una cuarta fase, intentar aportar una contribución a la prospectiva mundial de los próximos dos decenios.

Para publicar los resultados del estudio se abrían dos caminos:

— el primero, más directo: tras una breve presentación, proponer de entrada la interpretación polemológica y luego proponer el intento de prospectiva excluyendo las bases metodológicas y el análisis de los resultados que se darían en un Anexo;
— el segundo, más progresivo: presentar respetando el orden de elaboración, las cuatro etapas de la investigación para ofrecer la estructura—cimiento y base—antes de presentar su superestructura, y dejar para el Anexo todos los elementos metodológicos y estadísticos.

La primera vía tenía la ventaja de mantener el interés a nivel de consideraciones generales, pero el inconveniente de romper la continuidad del pensamiento.

La segunda tenía el inconveniente de cierta ruptura del interés en la parte metodológica y estadística, pero la ventaja de implantar sólidamente las ideas expuestas en la interpretación y el intento de prospectiva.

Esta segunda vía es la que mejor nos ha parecido para una obra de carácter científico.

El esquema del libro será, pues:

Exposición de la investigación:

Capítulo Primero: «El campo de la investigación».
Capítulo II: «Análisis de los resultados».

Aprovechamiento de la investigación:

Capítulo III: «Interpretación polemológica».
Capítulo IV: «Intento de prospectiva».

El Capítulo III, «Interpretación polemológica», será el más desarrollado, pues representa más de la mitad del texto.

Los lectores que no tengan una motivación de investigación y que quieran ante todo conocer sus resultados, pueden pasar directamente de esta Introducción al tercer y cuarto capítulos y remitirse si lo desean a los datos que se ofrecen en el primero y segundo capítulos, que son los cimientos de la obra.

Los que deseen conocer las bases de la investigación, antes de juzgar sus posibles implicaciones y prolongaciones, podrán empezar por los capítulos primero y segundo y pasar así sin solución de continuidad a la interpretación y al intento de prospectiva de los capítulos tercero y cuarto [10].

[10] Ver el índice, págs. 297 a 300.

I. EL CAMPO DE LA INVESTIGACIÓN

Para mejor llegar a entender la transformación que se ha operado en el mundo de 1740 a 1974 se ha elegido el camino polemológico. Así pues, conviene en primer lugar que recordemos brevemente lo que pretende ser la polemología y el porqué de su nombre.

La polemología, disciplina nueva, creada en 1945 [11] bajo el mazazo de la segunda guerra mundial y del cataclismo atómico de Hiroshima, no puede ignorar ninguna de las aproximaciones tradicionales del fenómeno guerra-paz—histórica, religiosa, filosófica y moral, política, jurídica, pacifista, militar—y sus méritos propios; su campo cubre en parte cada uno de sus espacios particulares. Pero al apercibirse de sus limitaciones y de sus fracasos, propone una nueva aproximación—sociológica—del fenómeno de la gue-

[11] Ver *Les guerres,* Ed. Payot, 1951, págs. 8 y 53.

rra y de la paz, recurriendo a todas las disciplinas que puedan arrojar alguna luz sobre su investigación.

¿Por qué el término polemología? En primer lugar para darle a esta nueva disciplina, al recurrir a una lengua muerta clásica, un sentido preciso e idéntico para todos los hombres; luego para recalcar que si su finalidad es la paz, considerada como uno de los bienes más frágiles de la ciudad *(polis)*, el punto de aplicación de su estudio es la guerra, o más ampliamente, el conflicto armado violento *(polemos)*; por último, para distinguirla por la semántica de dos tendencias humanas contrarias al carácter científico *(logos)* que pretende conservar.

La polemología se presenta entonces como el estudio científico de la guerra, de la paz y de los conflictos; ilumina el entorno sociológico con las actividades de la paz y de su salvaguardia. De los fenómenos conflictuales del pasado y del presente, estudia: la naturaleza y la morfología, la localización en el tiempo y en el espacio, la periodicidad, la intensidad, las causas, los encadenamientos y las funciones, la tipología. Ve más allá de las causas eventuales, superficiales y accidentales, y de las causas coyunturales, y pretende analizar e interpretar las causas estructurales—demoeconómicas, geográficas, mentales...—que engendran la agresividad colectiva. Completa esta búsqueda de causa con la observación de las funciones de los conflictos violentos.

La polemología se guarda bien de tomar partido, de emitir juicios de orden psicológico y moral sobre las responsabilidades de cada bando, de echar la culpa a uno y dar la razón al otro porque sabe que los argumentos siempre son subjetivos, falaces o interesados; que muchas veces están repartidas, aun-

que desigualmente, las responsabilidades próximas o lejanas; por último, que los razonamientos no dan la razón.

La polemología, distinta de la historia general y de la historia militar, comprende una vía y un campo distintos de las ciencias políticas o militares, aunque recurra a ellas.

Hace a la vez una labor de recuento, de observación, de análisis y de interpretación de los conflictos violentos, manifestaciones de la agresividad colectiva. Sin entrar aquí en detalles de la finalidad, la problemática, la metodología y la deontología de la polemología [12], estas indicaciones permiten comprender la aproximación elegida para el análisis e interpretación de las guerras y revoluciones entre 1740 y 1974.

En cuanto al análisis previo a la interpretación, el Instituto francés de Polemología ha utilizado un *cuestionario de análisis cifrado que deriva del esquema de análisis polemológico* [13], cuyos principales elementos son: identificación del conflicto violento, dimensión, localización en el tiempo y en el espacio, morfología, intensidad, causas, motivaciones, encadenamientos, funciones, alcance, periodicidad y tipología.

[12] *Traité de Polémologie,* Payot, 1971; *La Guerre,* col. «Que sais-je?», Presses Universitaires de France, 1953-1973; *La paix,* col. «Que saisje?», P.U.F., 1974. Ver igualmente *Etudes polémologiques* (revista trimestral del Instituto francés de Polemología), sobre todo: *Etudes polémologiques,* 14, octubre 1974.

[13] Ver tabla 1, págs. 58 y 59, y Anexo II, pág. 259.

1. ¿Por qué 1740-1974?

En la hipótesis de trabajo—confirmada y precisada por los resultados de la investigación—de que había una relación entre las guerras y las sociedades, parecía en un principio deseable cubrir, ahora que estamos cerca del año 2000, el milenario 1000-1974. Como no era materialmente posible abarcar de entrada y de un golpe un período tan extenso que comprende más de un millar de guerras y de revoluciones, nos ha parecido razonable limitarnos, para empezar, a un período más corto, de alrededor de dos siglos, lo que representa un centenar de casos concretos. Pero mientras las tres grandes investigaciones anteriores de Quincy Wright, de Richardson y de David Singer cubrían, la primera el período 1480-1970, la segunda 1820-1949 y la tercera 1816-1965, nos ha parecido necesario llegar hasta 1740. En primer lugar, para añadir a dos de los estudios precedentes un período suplementario, y también porque había que partir de mediados del siglo XVIII para captar, antes de las revoluciones americana y francesa, un mundo polemológico muy distinto del nuestro.

Desde la guerra de Sucesión de Austria (años 1740-1748), que abre el período estudiado, hasta la guerra de Bangladesh (1971), una de las más recientes, ¡cuántos cambios!

La primera es una guerra de sucesión de príncipes, guerra de grandes Estados, racional y mesurada, puramente extranjera, sin perturbaciones internas, llevada a cabo en espacios reducidos y para conseguir cosas limitadas, por soberanos rivales pero parientes

dentro de la cristiandad y en ocasiones por nacimiento o matrimonio; realizada con ejércitos profesionales y mercenarios, costosos a la hora de levantarlos, mantenerlos y sustituirlos, y que por tanto había que tratar con precauciones; hechas de marchas y contramarchas bien reguladas, con destacamentos reducidos; de movimientos procesionales, de asedios de plazas, de batallas estilizadas, como la de Fontenoy. Guerras en las que los pueblos no tenían que dar ni su opinión ni su vida, padeciendo solamente de forma esporádica el paso de los ejércitos.

La segunda, la del Bangladesh, es una guerra de sucesión de pueblos que se disputan la herencia de un imperio colonial, guerra civil con intervención extranjera, apasionada e irracional, en la que se pone en juego algo total—la independencia de un pueblo o su sumisión—por etnias rivales y apasionadas; sumiendo, en toda la extensión de un territorio, a las poblaciones en enfrentamientos confusos, en matanzas, en éxodos. Guerras de Estados nuevos en las que las grandes potencias no intervienen militarmente, sino que envían armas a los beligerantes y observan atentamente la evolución del conflicto para conservar o extender su influencia y para impedir que degenere en un conflicto más extendido, amenazando la paz nuclear.

Una tercera razón se añadía a la elección de 1740, como punto de partida del estudio: a la hora en que el mundo vive el refluir de la colonización europea, era necesario remontarse hasta la mitad del siglo XVIII para incluir, con la guerra de la Independencia americana (1776-1783), la primera descolonización

TABLA 1

ESQUEMA DE CUESTIONARIO DE ANÁLISIS POLEMOLÓGICO DE LOS FENÓMENOS DE VIOLENCIA COLECTIVA POLÍTICA

Preguntas simples	*Preguntas específicas del análisis*
	I. DESCRIPCIÓN DEL FENÓMENO (GUERRA O MICROCONFLICTO)
1. ¿El qué?	*Identificación* (título).
2. ¿Cuándo y dónde?	*Localización* precisa en el tiempo y en el espacio.
3. ¿Quién?	*¿Quién contra quién?* (y con qué).
4. ¿El qué y cómo?	*a) Morfología;* *b)* Comienzo, evolución (fases), cese; *c)* Lo que se disputa (evolución); *d)* Solución (tipo).
5. ¿Cuánto?	*Números* (poblaciones, combatientes, muertos).
6. ¿Para qué?	*Resultados* (internos e internacionales).
	II. INTERPRETACIÓN
7. ¿De qué y cada cuánto?	*a)* El fenómeno: *síntoma, secuela, pródromo;* *b)* Periodicidad (frecuencia). Secuencias.
8. ¿Por qué?	*a)* Motivaciones; *b) Causas* (superficiales, coyunturales, estructurales) *; *c) Funciones* observables.
9. ¿En qué?	Dimensión, nivel, clasificación tipológica.
10. ¿Hacia dónde?	Perspectiva y prospectiva del fenómeno; su porvenir.

* Un fenómeno de violencia tiene, al igual que una explosión, estas tres clases de causas: accidente, coyuntura, estructura.

Las causas estructurales (demo-económicas, geográficas, históricas, mentales...) son las más importantes, las más profundas y las más lejanas. Determinan el potencial de violencia, del cual las demás causas no hacen sino decidir su forma y su desenlace. Ya que es en las estructuras donde nace y se desarrolla la agresividad colectiva, virus de los fenómenos de violencia, cuando las estructuras están desequilibradas. Importa, por tanto:

— observar bien esas estructuras y su evolución, con tanto más cuidado cuanto más profundas y duraderas sean, pues se las ve menos que a la móvil coyuntura y que al inagotable acontecimiento;

— actuar, por una acción a largo plazo, sobre ellas, para que no sean tan belígenas.

de Santo Domingo (1794), la primera sublevación de carácter racial contra una colonización europea sólidamente establecida.

2. Conflictos, niveles y umbrales

Ya circunscrita en el tiempo, la investigación no podía tener en el espacio otros límites que no fueran los del mundo conocido y habitado, como habían opinado nuestros eminentes predecesores en la materia: Quincy Wright, Richardson y David Singer; porque había que reunir y confrontar los conflictos armados de Europa, bien conocidos, y los de los demás continentes, pese a las lagunas en la información y en la documentación que sobre ellos tenemos. Al menos teníamos la ventaja de poseer, gracias a dos estudios anteriores de Guillaume Dunstheimer [14] y de François Joyaux [15], un conocimiento bien elaborado de las «guerras chinas y sus coyunturas» desde comienzos del siglo XVII.

Desde el momento en que los Europeos habían pisado y se habían asentado en los demás continentes y habían entablado con ellos una dialéctica guerrera o pacífica, y en que el siglo XX era el del «mundo finito», era necesario y posible tener una visión mundial del problema. ¿Y no era ya la guerra de Sucesión de Austria, con su dimensión tricontinental, una guerra a escala mundial?

[14] Guillaume DUNSTHEIMER, «Las guerras chinas y sus coyunturas (1628-1831)», en *Guerres et Paix*, 1968/I, fasc. 7.
[15] François JOYAUX, «Las guerras chinas y sus coyunturas (1832-1968)», en *Guerres et paix*, 1969/2, fasc. 12.

En el marco espacio-tiempo así determinado, ¿qué conflictos armados había que incluir, conservar o analizar?

Partiendo de la idea de que los conflictos armados internos (guerras civiles y revoluciones) son tan importantes como los conflictos armados externos (guerras extranjeras) y que, por otra parte, suelen proceder unos de otros, había que estudiar juntos estos dos campos conexionados de enfrentamientos armados [16], pero conservando solamente aquellos conflictos violentos de ciertas dimensiones.

Los muy numerosos *microconflictos*—varios centenares al año—, enfrentamientos breves, localizados y limitados, han quedado eliminados, ya que eran de un orden inferior a las guerras y a las revoluciones.

Sólo se han tenido en cuenta los enfrentamientos que respondían al menos a uno de los seis criterios cuantitativos siguientes y podían por tanto llamarse convencionalmente *«conflictos armados mayores»,* siendo los más representativos las guerras y las revoluciones.

Los seis criterios seguidos han sido el haber

— puesto en juego más de un Estado;
— afectado a un espacio mayor que el de una provincia o una capital;
— durado más de un año;
— sido de gran intensidad (más de 1.000 muertos), que era uno de los principales criterios seguidos por David Singer;
— tenido resultados internos importantes (secesión o cambio de régimen);

[16] Contrariamente a David Singer, que, partiendo de otra idea, solamente censaba las guerras extranjeras.

TABLA 2

NIVELES DE LOS CONFLICTOS Y UMBRALES DE VIOLENCIA COLECTIVA

Observaciones.—Este cuadro debe ser leído de abajo arriba en el sentido ascendente de la violencia.

La escalada de un umbral a otro puede hacerse, o bien pasando por los umbrales intermedios, o bien directamente (Ej.: del ubral 0 al umbral C).

UMBRAL C	ULTRACONFLICTOS (guerras nucleares o A.B.C.)		Ninguno (hasta 1975)
	MACROCONFLICTOS (conflictos armados mayores)	entre Estados: Guerras mundiales — Umbral B2	Segunda guerra mundial (1939-1945)
		entre Estados: Guerras locales	Guerra de Etiopía (1935-1937)
		internos: extendidos — Umbral B1	Guerra de España (1936-1939)
UMBRAL B		internos: locales	Insurrección de Hu-nan (*China 1740*)
	MICROCONFLICTOS	entre Estados	Incidentes de frontera menores con bajas limitadas
UMBRAL A		internos	Enfrentamientos cortos y localizados con bajas limitadas (guerrillas, terrorismo, enfrentamientos...)
UMBRAL 0	INTRACONFLICTOS (agresividad no declarada, inexistente o latente)		1. Manifestaciones sin enfrentamientos ni bajas (la «Panther» en Agadir en 1911) 2. Crisis del petróleo (1973-)
UMBRALES DE VIOLENCIA COLECTIVA	NIVELES DE LOS CONFLICTOS		EJEMPLOS

— tenido consecuencias internacionales importantes (anexión o bien independencia, o nacimiento o desaparición de un Estado).

Sobre los 366 conflictos armados mayores recogidos respondían

— al menos a uno de esos criterios: 100 por 100;
— al menos a dos: 95 por 100;
— al menos a tres: 80 por 100;
— al menos a cuatro: 50 por 100.
— al menos a cinco: 30 por 100.
— a los seis criterios: 5 por 100.

Por otra parte, el 90 por 100 tenían valor de síntomas de otros conflictos armados mayores, el 51 por 100 de pródromo, el 68 por 100 de secuela.

En la escala de los niveles de conflictos, esos conflictos armados mayores se sitúan por encima de los microconflictos interestatales (incidentes de frontera) o intraestatales (enfrentamientos limitados). Son por tanto *macroconflictos*[17].

Estos macroconflictos comprenden:

— esencialmente las guerras extranjeras y civiles y las revoluciones;
— pero también las ocupaciones por la fuerza (ejemplos: Polonia, 1768; Austria, 1938; Albania, 1939), ya que, si bien no ocasionaron bajas al no haber una resistencia inmediata organizada, no han dejado por ello de sojuzgar a la fuerza a todo un pueblo, captando su independencia y su soberanía, y engendrado insurrecciones futuras a la sombra de un cambio total de la coyuntura;

[17] Ver tabla 2, págs. 62 y 63.

— las penetraciones militares notables;
— las sublevaciones y las insurrecciones;
— las matanzas con visos de genocidio;
— las perturbaciones violentas profundas con valor importante de síntoma, de pródromo o de secuela de otros conflictos armados mayores, o bien con consecuencias importantes en el plano interno o en el plano internacional.

Por el contrario, no se han tenido en cuenta, por ser microconflictos breves, localizados y limitados:

— las innumerables luchas tribales estacionales, las más veces renovadas de año en año, en África y en América;
— los numerosos golpes de Estado, *pronunciamientos* y *putsches,* sobre todo en América latina, excepto cuando tenían una dimensión particularmente importante.

El Anexo II (págs. 259 a 288) ofrece la lista de los 366 conflictos armados mayores seleccionados. Evidentemente, esta lista se presta a discusión; distintos investigadores, basándose en otros criterios, no hubieran tenido en cuenta algunos de estos conflictos y hubieran añadido otros. Al menos es coherente para nuestra investigación, en función de los criterios adoptados, y en general se aproxima bastante a las listas efectuadas por Quincy Wright, Richardson y David Singer.

El hecho de presentar a la vez los seis criterios elegidos y la lista explícita de los 366 conflictos indicados permitirá a todos saber exactamente qué conflictos concretos se han investigado, analizado e interpretado.

A la hora de enumerar los 366 conflictos, de catalogar su comienzo y su final, así como de determinar su contexto, nos ha sido de gran ayuda la obra de Jean Delorme, *Chronologie des civilisations* (P. U. F., 1.ª ed., 199; 4.ª ed., 1969).

Terminología

En la base de la presente investigación se encuentran las nociones de conflictos armados mayores (o macroconflictos) y las de sus dos grandes subdivisiones, los conflictos interestatales y los conflictos intraestatales.

Para no sobrecargar el texto, adoptaremos de forma convencional las siguientes denominaciones:

— para conflictos armados mayores (o macroconflictos): *Conflictos*—con mayúscula— (el término tiene en este estudio el significado de conflictos armados mayores);
— para los interestatales: *guerras* (se sobreentiende: extranjeras);
— para los intraestatales: *revoluciones,* utilizado en su sentido general; el término más preciso, Revolución, se aplica a las grandes perturbaciones de los Estados (1789, 1917).

Los conflictos no concluidos en 1974

Se planteaba un problema con los conflictos no concluidos el 1.° de enero de 1975; concernía a los seis conflictos siguientes:

— guerra de Vietnam (1961-);
— guerra de liberación de Angola (1961-);
— guerra de liberación de Mozambique (1965-);
— cuarta guerra árabe-israelí (1973-) [18];
— guerra del Kurdistán (1974-);
— guerra de Chipre (1974-).

¿Había que excluirlos del análisis o, por el contrario, había que estudiarlos junto con los demás?

Los argumentos en favor de la primera opinión eran:

— sólo del pasado hay historia; así pues, una guerra no terminada, que no puede juzgarse en conjunto, no puede ser estudiada científicamente;
— un acontecimiento histórico, y sobre todo aquellos que son de cierta duración y de primera magnitud, como una guerra o una revolución, no descubren su auténtico alcance hasta después de terminar, ya que hasta el último momento de su existencia se ignora su resultado, quién va a vencer y quién va a perder, el cariz que tomará el acontecimiento, la transformación que habrá aportado, las consecuencias que puede engendrar. Así como para el hombre, según opinión de las religiones, su último pensamiento, su última acción, su última mirada pueden desmentir el resto de su existencia, revelar su naturaleza profunda, y determinarle para la eternidad.

Para los acontecimientos, baste pensar en la segunda guerra mundial; si hubiera terminado con la

[18] Con su extensión, crítica en 1975, al Líbano.

victoria del nazismo, gracias al descubrimiento de un arma nueva y decisiva, entonces toda su fisonomía, todo su sentido, toda su historia habrían cambiado y, lo que es más importante, el destino del mundo se habría modificado.

Resulta por otra parte difícil hablar científicamente de guerras y revoluciones aún en curso, como por ejemplo de la guerra de Chipre. Verdad es que la polemología sigue de cerca, con su enfoque propio, su actualidad y desarrollo; pero es evidente que cuando ha estallado una guerra y continúa, cuando la palabra la tienen los pueblos que se enfrentan, las armas, los gobiernos que toman partido o negocian, cuando se enfrentan dos tesis contrarias, cada una con su verdad parcial, cuando de ambos lados pueblos y familias guardan luto por las bajas ocasionadas y viven en la angustia de las que puedan producirse todavía, entonces la polemología no puede, por carecer de informaciones objetivas, realizar un estudio científico que sería por otra parte, en el ambiente apasionado de la contienda, vano e inoportuno y atentaría contra la decencia y la piedad. Es la hora, no de la polemología y tampoco de la historia, sino del político, del soldado y del diplomático unidos para darle a la guerra un destino menos cruel.

El dios tutelar de la polemología puede que sea Apolo; pero sabemos muy bien, por humanismo y por experiencia, que cuando los dioses del Olimpo se pelean por el intermedio de personas—hombres, héroes y ciudades—, las invectivas guerreras y la sangre vertida oscurecen la tierra, y mientras Júpiter o Neptuno, con un supremo *quos ego...* soberano no calmen esta tempestad, no suena la hora apolínea de la lucidez y de la calma.

Argumentos igualmente serios defendían la segunda opinión.

— a partir del momento en que un fenómeno conflictual de envergadura se ha puesto en marcha, los grupos y regiones implicados, y por contagio la sociedad internacional, han pasado del universo de la paz al universo de la guerra. Todo es diferente, y ya los acontecimientos pasados se han inscrito en la historia y dan sus amargos frutos. La guerra de Vietnam, empezada en 1961, no ha terminado aún en 1974, al menos no en su vertiente de guerra civil; pero ya ha producido efectos mayores, sobre todo en Vietnam y en Estados Unidos. De hecho tiene en el presente, y por tanto en el futuro, un efecto mayor que tal o cual guerra del siglo xx cuyo efecto haya terminado.

Además el pasado, ya escrito y definido, objeto de la ciencia y por tanto de la polemología, se detiene en el umbral del primer instante del futuro misterioso e indefinido.

No resulta, pues, posible apartar del campo de visión las guerras y revoluciones en curso; pero en su análisis habrá que distinguir:

— lo que pertenece al pasado y ya está definido;
— lo que pertenece al pasado pero puede volver a ponerse en tela de juicio;
— lo que pertenece al futuro (resultado, desenlace, funciones) y que queda por tanto indeterminado.

II. ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS

1. Una morfología muy diversificada

Las guerras y revoluciones se expresan exteriormente por fenómenos militares—técnicas, propagandas, combates, batallas, operaciones—y por fenómenos políticos—estrategias globales, rupturas, alianzas, negociaciones, tratados—que son ambos originales, característicos e importantes.

Pero expresan, más profundamente que esos fenómenos aparentes, en su génesis, en su desarrollo y en su desenlace, unas realidades sociológicas más hondas, unas estructuras y variaciones conflictuales cuyos fenómenos aparentes no son, como en los icebergs, más que una pequeña parte limitada y visible. Como tales, guerras y revoluciones, por una parte, expresan las sociedades que las engendran y, por otra, las transforman.

Las estructuras y variaciones conflictuales, de in-

terés polemológico, hay que buscarlas en la elaboración, la definición y la evolución de lo que está en juego (cf. función especulativa de la guerra), en el grado de implicación y participación de los ciudadanos, en el valor de la vida y la esperanza de la misma, en las diferenciaciones de toda clase—raciales, étnicas, demográficas y económicas, sociales, geográficas e históricas, mentales—de las diversas sociedades en juego y de la sociedad internacional en general.

Si estas diferenciaciones son limitadas, complementarias y convergentes pueden producir, como en las pilas eléctricas y en los niveles climáticos, intercambios pacíficos y beneficiosos, complementaridades, solidaridades, cooperaciones. Si, por el contrario, estas diferenciaciones están demasiado desequilibradas y son antagónicas pueden provocar, como en el átomo y en los ciclones, tensiones explosivas y destructoras, guerras y revoluciones.

Esta diversidad de las sociedades y de las estructuras es causa de la extrema diversidad de los macroconflictos; por una parte, de los conflictos contemporáneos (sincronía), y por otra, de los de decenios o épocas distintos (diacronía), lo que confiere a las guerras y a las revoluciones un carácter proteiforme.

Este carácter es patente en todos los ángulos posibles de análisis: naturaleza, nivel, morfología, localización en el tiempo y en el espacio, periodicidad, intensidad, causas, estructuras en juego, objeto del conflicto y resultados, funciones discernibles; y también tipología, ya que a pesar de la extrema diversidad se distinguen cierto número de tipos y se puede llegar a establecer una tipología.

Resulta de lo anterior una primera clasificación:

— entre sociedades vecinas parecidas, de civilización, mentalidad y técnicas semejantes, existen *Conflictos simétricos* de nivel más o menos elevado según el grado de civilización y de potencia técnica. Por ejemplo, abajo del todo, las guerras tribales; arriba, las guerras de príncipes del siglo XVIII. La materia y la dialéctica conflictuales son las mismas en ambos campos;
— entre sociedades alejadas, diferentes por su civilización, mentalidad y técnicas, existen *Conflictos asimétricos,* como las guerras coloniales y las guerras de descolonización. La materia y la dialéctica conflictuales son heterogéneas en ambos campos; la guerra de Vietnam, con participación americana, es un claro ejemplo de lo que decimos.

La primera noción que, según los ángulos de análisis antes citados, emana de los 366 conflictos es su extremada diversidad. Cualesquiera que sean las características examinadas, y más aún en sus combinaciones, es grande la diversidad de los macroconflictos de un Estado a otro, de un decenio al siguiente.

El carácter proteiforme de estos Conflictos se deduce de los cuadros que presentan los resultados del análisis por computadora (ver nota 1, pág. 33).

A) *Diversidad de los 366 conflictos tomados en conjunto*

Las enfermedades hacen presa en los organismos, todos ellos distintos por su grado de inmunidad y de

resistencia, grado variable con el tiempo. Así pues, hay diversas enfermedades y distintos enfermos.

De este modo han de considerarse los Conflictos, como afecciones que atacan, ya desde fuera (las guerras), ya desde dentro (las revoluciones), a los cuerpos sociales y políticos como son los Estados; Estados igualmente distintos unos de otros por su grado, también variable en el tiempo, de inmunidad y de resistencia a estas agresiones.

Se ha mantenido la noción de Estado como marco y soporte de los macroconflictos por varias razones. Franco Fornari [19] es quien más la ha destacado.

En todo conflicto armado, el Estado es en efecto objetivo y agente:

— frente a otro Estado, en el caso de las guerras;
— frente a una subversión, en el caso de las revoluciones.

Si se tiene en cuenta *el modo de inserción de los Estados soberanos,* los 366 Conflictos destacados se reparten en cuatro grandes categorías según los siguientes porcentajes:

— conflictos puramente interestatales: 154, es decir, el 42 por 100 (ej.: guerra de Corea);
— conflictos puramente intraestatales: 174, es decir, el 47 por 100 (ej.: guerra del Kurdistán);

[19] *Psychanalyse de la situation atomique,* Ed. Gallimard, 1964. «En realidad, son nuestros órganos genitales, amputados y ofrecidos al Estado, los que se han convertido en las bombas atómicas suspendidas sobre nuestras cabezas y que amenazan con destruirnos... Como elementos del cuerpo social, nos hemos librado de nuestra enfermedad dejándola al cuidado del Estado, para que se encargue de transformar la violencia individual en violencia colectiva.»

— conflictos inicialmente intraestatales que pasan a ser luego interestatales: 36, es decir, el 10 por 100 (ej.: Bangladesh, 1971; Chipre, 1974);
— conflictos inicialmente interestatales que pasan a ser luego intraestatales: 3, es decir, el 1 por 100 (ej.: la primera guerra mundial, que engendra la Revolución rusa en 1917, que quizá hubiera tenido lugar de todas formas, pero no en aquel momento y en aquellas condiciones).

Si se tienen en cuenta las *motivaciones* que pueden ser múltiples en un mismo caso [20]:

— 246 eran conflictos territoriales; es decir, el 67 por 100 (ej.: guerra del Chaco);
— 120 eran conflictos no territoriales; es decir, el 33 por 100 (ej.: la guerra de España).

Las diferentes motivaciones posibles fueron [21]:

— económicas, en el 60 por 100 de los casos (ejemplo: guerra del opio);

[20] Ver la clasificación de los conflictos propuesta por el Pr. J.-B. Duroselle en un artículo publicado por la Fundación nacional de Ciencias Políticas, la Asociación francesa de Ciencias Políticas, con la colaboración del Centro nacional de Investigación científica, en la *Revue française des Sciences politiques,* abril 1974, vol. XIV, n.º 2. Este artículo sirvió de base para una parte del estudio «Dos años de agresividad mundial (1967-1969)», en *Etudes polémologiques,* 2, octubre 1971.

[21] *Numerosos conflictos pueden tener diversas motivaciones.* Las motivaciones son las razones expresadas o sentidas. Son subjetivas e incluso a veces simples argumentos de propaganda interna o externa. Si no son las auténticas causas profundas de los conflictos, al menos pueden tener gran valor psicológico y político, ya que una motivación es la condición necesaria de toda adhesión, de todo compromiso, de toda acción.

— ideológicas, en el 73 por 100 (ej.: segunda guerra mundial);
— de poderío, en el 86 por 100 (ej.: guerra austroprusiana de 1866);
— pasionales o afectivas, en el 44 por 100 (ejemplo: guerra de 1870);
— nacionales, en el 76 por 100 (ej.: guerra de independencia griega).

Los *grupos humanos* que se enfrentaban presentaban:

— diferencias étnicas, en el 46 por 100 de los casos;
— diferencias raciales, en el 30 por 100;
— diferencias que no fueran étnicas o raciales, en el 24 por 100.

Las pérdidas generales, en aumento, han variado de cero—caso de las ocupaciones extranjeras sin combate—a más de 30 millones (segunda guerra mundial). Han causado entre 1.000 y 10.000 bajas en el 33 por 100 de los casos. Las pérdidas relativamente más elevadas han sido las de la guerra del Paraguay (1864-1870). En seis años, este Estado perdió 1.100.000 hombres, las tres cuartas partes de la población, principalmente por matanzas. Quedó prácticamente arruinado y para recuperarse se vio obligado a modificar las estructuras esenciales (monogamia...) de su sociedad. Este problema de las bajas, debido a su gran importancia, será estudiado en un capítulo aparte (§ 5 de este capítulo).

Las *diferencias en juego* han sido, por orden de importancia decreciente[22]:

— ideológicas, en el 82 por 100 de los casos[23];
— económicas y sociales, en el 72 por 100;
— religiosas, en el 56 por 100[24];
— geográficas (discontinuidad territorial), en el 20 por 100.

Las *estructuras mentales* más evidentes han sido las complejas:

— de alienación o de frustración, en el 97 por 100 de los casos;
— de temor, complejo de Damocles, en el 74 por 100;
— de heterofobia, en el 24 por 100.

Por el contrario, en las sociedades relativamente poco densas, y que disponían hasta principios del siglo XX de espacios libres para sus migraciones, el complejo de aglomeración no parece haber desempeñado un papel importante, excepto para conquistas

[22] En un conflicto pueden entrar en liza varias diferencias. Las diferencias son hechos reales comprobados. Son, pues, distintas de las motivaciones, subjetivas, y de las causas profundas y reales, plenamente objetivas.

[23] Distinguimos las diferencias ideológicas y religiosas, por razones históricas y filosóficas, aunque ambas se inscriban dentro de los mitos de la humanidad. Las diferencias ideológicas tienen un mayor poder que en el pasado, en el que las diferencias religiosas solían ser determinantes. Sin embargo, recientemente, el conflicto irlandés y la guerra de Chipre han visto resurgir el impacto de las diferencias religiosas.

[24] Es probable que entre los siglos XI y XIV, con la resistencia de Bizancio, las Cruzadas y las guerras de religión, aumentara ese porcentaje.

de colonias de asentamiento, para las dos guerras mundiales—teoría de espacio vital—y para ciertos conflictos intraestatales desde 1945 (Nigeria, Biafra, Bangladesh).

B) *Diversidad de los 157 conflictos interestatales que representan el 43 por 100 de los 366 casos estudiados*

En este 43 por 100 de los casos, observamos interesantes diferencias morfológicas.

a) *Adversarios:*

— un Estado contra un Estado: 32 por 100 de los casos;
— un Estado contra una coalición: 9,5 por 100;
— una coalición contra una coalición: 1,5 por 100.

b) *Naturaleza de las hostilidades:*

— penetraciones: 0,5 por 100;
— expediciones continentales: 4 por 100;
— expediciones (de metrópolis) a ultramar: 12,5 por 100;
— ocupaciones sin enfrentamientos armados: 1,5 por 100;
— otras guerras: 22 por 100;
— otros casos: 2,5 por 100.

c) *Componentes (a veces simultáneos);*

— nacionalista: 34 por 100;
— ideológico: 21,5 por 100;
— revolucionario: 2 por 100.

d) *Cese:*

— uno o varios tratados de paz: 19 por 100;
— sin tratado: 24 por 100.

Desde 1945, es superior la tendencia a la ausencia de tratados de paz. Las causas pueden ser múltiples:

— desilusión y escepticismo nacido de lo precario de los tratados de paz que pusieron fin a la primera guerra mundial;
— dificultad por parte de los vencedores de ponerse de acuerdo con precisión y explícitamente;
— deseo de preservar las posibles evoluciones..., incluso fatales. De todas formas, esta ausencia de tratado constituye una regresión, o al menos una crisis, del derecho internacional.

e) *Desenlace:*

Resulta difícil distinguir en cada caso quién es el agresor, como en 1740 cuando Federico, al invadir Silesia, se declaraba oficialmente agresor, aun cuando justificaba su iniciativa con motivos jurídicos o políticos; o bien como en agosto de 1914 cuando el gobierno francés, al decidir un repligue de diez kilómetros designaba claramente a su agresor. La guerra de los Seis Días demostró, en junio de 1967, cómo, según el punto de vista, el agresor podía ser uno u otro de los Estados.

A pesar de esta dificultad, teniendo en cuenta qué campo había roto las hostilidades y emprendido acciones armadas en primer lugar, tenemos que:

— la guerra extranjera la había ganado ese campo en el 27 por 100 de los casos;
— la había perdido en el 11 por 100 de los casos;
— había quedado sin determinar el vencedor en el 5 por 100 de los casos.

Parece ser, pues, que en cierto modo *el agresor* salía recompensado puesto que *había ganado en dos de cada tres casos,* lo que resulta lógico, pues salvo error de cálculo por su parte en la proporción de las fuerzas, la elección del momento y la iniciativa le brindan una ventaja inicial que puede ser decisiva. Pero de todas formas, en un caso de cada tres el agresor pierde, sobre todo cuando la resistencia del adversario permite la formación de una coalición. Para el agresor, el hecho de poder perder en una de cada tres ocasiones debe hacerle dudar, ante el riesgo que corre [25].

f) *Bajas:*

— bajas solamente de combates: 37 por 100 de los casos;
— bajas de combates más matanzas más o menos extensivas de las poblaciones civiles: 3,5 por 100;
— sin bajas (ocupación sin resistencia y sin matanzas): 2,5 por 100.

[25] Conviene, sin embargo, tener en cuenta que en términos de lógica probabilista, las probabilidades de victoria son solamente uno de los factores de la esperanza político-estratégica (ver Lucien Poirier, «Disuasión y potencia media», en *Revue de Défense nationale,* marzo 1972).

g) *Evolución de las motivaciones y de lo que se disputa en el transcurso del conflicto:*

— evolución: 6 por 100;
— sin evolución: 37 por 100.

Dos ejemplos claros de evolución de lo que se disputa:

— la guerra de 1870;
— la guerra de Vietnam (1961-1975).

h) *Consecuencias internacionales:*

1. Anexiones: 32 por 100 de los casos;
   No anexiones: 11 por 100.
2. Desaparición de Estados (sobre todo en la conquista colonial): 13,5 por 100;
   Nacimiento de Estados: 1,5 por 100.
   Nacimiento y desaparición al mismo tiempo: 0,5 por 100;
   Ni nacimiento ni desaparición: 27,5 por 100.

i) *Consecuencias internas:*

— cambio de régimen consiguiente a la guerra: 4 por 100;
— sin cambio de régimen: 39 por 100.

Así pues, cualquiera que sea el aspecto del conflicto considerado la morfología de las guerras es en extremo variada, en una misma época y de una época a otra. Qué diferencias por ejemplo entre:

— la guerra china contra los dsungares (1755-1757), que en dos años causó 600.000 bajas, sobre todo por matanzas;
— la guerra de los Siete Años, con enfrentamientos coloniales franco-ingleses (1756-1763): 550.000 bajas;
— primer reparto de Polonia (1768-1772): ninguna víctima;
— la guerra franco-alemana, netamente circunscrita, de 1870: 250.000 bajas;
— la segunda guerra mundial: 38 millones de bajas, muchas de ellas por matanzas.

C) *Diversidad de los 209 conflictos intraestatales que representan el 57 por 100 de los casos estudiados*

En este 57 por 100 observamos también diferencias interesantes.

a) *Adversarios:*

1) Grupos raciales: 14,5 por 100 de los casos;
grupos étnicos: 20,5 por 100;
otros grupos: 22 por 100.
2) Grupos religiosos o confesionales: 25,5 por 100;
otros casos: 31,5 por 100.
3) Grupos ideológicos: 50 por 100;
otros casos: 7 por 100.
4) Partes de la metrópoli sin implicación de un territorio en particular: 34 por 100;
implicación especial de un territorio particular (territorios coloniales, etnias): 23 por 100.

b) *Naturaleza de las hostilidades:*

— revoluciones o guerras civiles: 10 por 100;
— luchas de descolonización, guerras de independencia o de liberación: 13 por 100;
— otros casos: 34 por 100.

c) *Componentes*[26]:

— nacionalista: 40 por 100;
— ideológica: 48 por 100;
— revolucionaria: 12 por 100.

d) *Cese:*

— por derrota de un campo: 47,5 por 100;
— por otras modalidades: 9,5 por 100.

e) *Desenlace:*

Vencedor:

— el campo que ha roto las hostilidades: 21 por 100;
— el otro campo o un tercero: 36 por 100.

Contrariamente a las guerras extranjeras en las que el campo que ha tomado la iniciativa de las operaciones armadas ha tenido, *grosso modo,* dos veces más de probabilidades de ganar la guerra que su adversario, en los enfrentamientos internos el campo que rompe las hostilidades tiene dos veces menos probabilidades que su adversario de vencer.

[26] Algunos conflictos pueden tener varias componentes.

Esta diferencia se explica por el hecho de que una sublevación interna suele ser irracional, el resultado de una desesperación y no de un cálculo de fuerzas, mientras que la declaración de guerra extranjera por un Estado soberano suele ser el resultado de una especulación racional que puede no obstante ser vencida por la formación de una coalición.

Por otra parte, una sublevación interna suele ser el hecho de una minoría y choca con la potencia y la inercia del orden establecido.

f) *Bajas:*

— solamente por combates: 31,5 por 100;
— por combates y matanzas: 25,5 por 100.

La probabilidad de bajas por matazas ha sido, por tanto, ocho veces más elevada (25,5 frente a 3,5) en los enfrentamientos internos que en las guerras extranjeras; las guerras civiles (guerra de España, guerra de Nigeria-Biafra) son las más encarnizadas.

g) *Evolución de las motivaciones y de lo que se disputa en el transcurso del conflicto:*

— evolución: 10,5 por 100.
— sin evolución: 46,5 por 100.

Tres ejemplos característicos de evolución de lo que se disputa:

— la Revolución francesa (1789-1799);
— la insurrección de Filipinas (1896-1902);
— la guerra de Chipre (1974-?).

h) *Consecuencias internas:*

— cambio de régimen: 6,5 por 100 de los casos;
— cambio de poder: 2,5 por 100;
— ninguno de estos dos cambios: 48 por 100.

i) *Consecuencias internacionales:*

— nacimiento de un Estado: 8 por 100 de los casos;
— desaparición de un Estado: 0,5 por 100;
— a la vez nacimiento y desaparición: 0,5 por 100;
— ni nacimiento ni desaparición: 48 por 100.

Al igual que ocurre con las guerras extranjeras, la morfología de los enfrentamientos internos es en extremo variada, en una misma época y de una época a otra. Qué diferencias por ejemplo entre:

— la sublevación del Chan-tong chino (1774): 30.000 bajas, sobre todo por matanza;
— la Revolución francesa de 1848 (febrero-agosto): 4.000 bajas;
— la guerra de Secesión (1861-1865): 730.000;
— la revolución en Irak (1958): 7;
— la tercera guerra civil en China (1946-1950): 200.000.

2. Ni un año sin conflicto armado mayor

Entre 1740 y 1974 no ha habido ni un solo año, y esto es de primera importancia, sin conflicto armado mayor. Han conocido:

— un solo conflicto: 14 años;
— de dos a cinco conflictos: 60 años;
— de seis a diez conflictos: 92 años;
— de diez a veinte conflictos: 67 años;
— más de veinte conflictos: 2 años (1863 y 1864).

Así pues, durante este período de más de dos siglos, si bien las más veces el mundo en su mayoría ha permanecido en paz interna y externa—o al menos sin conflictos armados mayores—, como ha ocurrido en general, no ha habido nunca paz universal. Si hubiera seguido existiendo para el conjunto del mundo el Templo de Jano, como existía en el Imperio romano, no se habría cerrado nunca como lo fue bajo Augusto, en vísperas del nacimiento de Cristo [27].

En los veintiséis decenios de este período, en los que se han dado más de dieciocho conflictos (más del 5 por 100 del total), los más perturbados han sido los siete siguientes: 1820-1829; 1850-1859; 1870-1879; 1910-1919; 1930-1939; 1940-1949; 1960-1969. Los decenios más tranquilos (menos del 1,5 por 100 del total) fueron los cuatro decenios de 1740 a 1779. El decenio 1780-1789, con diez conflictos, es decir, el 2,5 por 100, marcó el principio de una escalada casi continua, excepto de 1920 a 1929 (4,5 por 100), en el que se hizo sentir el agotamiento producido por la primera guerra mundial. El decenio 1940-1949 no conoció, después de 1945, una tregua parecida, ya que los conflictos de la descolonización han venido a relevar de forma casi ininterrumpida a la segunda guerra mundial: Indochina, Indonesia, Malasia...

[27] Ver BOSSUET, *Discours sur l'histoire universelle.*

Hay un hecho sorprendente: si bien el número de guerras ha sido prácticamente el mismo durante el siglo XX y durante el XIX, el de los enfrentamientos internos ha aumentado sensiblemente a partir de 1900, sobre todo a causa de los disturbios coloniales, de las descolonizaciones y de la exacerbación de las ideologías.

La duración de los conflictos es particularmente interesante. Han durado:

— menos de un año: 30 por 100 de los mismos;
— de uno a cuatro años: 37 por 100;
— más de cuatro años: 33 por 100.

Parece ser que los dos umbrales más importantes sean uno y cuatro años.

— aproximadamente un tercio de los conflictos se
— solucionó por la fuerza en menos de un año y con frecuencia en unos meses; de este modo no tienen tiempo de intervenir las coaliciones extranjeras;
— un tercio, tras franquear el hito de un año, se resolvió en menos de cuatro años;
— un tercio, pasado ese hito, duró entre cuatro y diez años, o incluso más, como las guerras coloniales y las guerras de descolonización en las que las dificultades del terreno y el alejamiento del teatro de operaciones provocan un alargamiento del conflicto.

En cuanto a la periodicidad hasta el siglo XX, un intervalo medio de tres cuartos de siglo ha separado las guerras importantes:

— guerra contra la Casa de España (1524-1559);
— guerra de los Treinta Años (1618-1648);
— guerras europeas de Luis XIV (1688-1713);
— guerras de la Revolución y del Imperio (1792-1815);
— guerras mundiales (1914-1945).

Un menor intervalo, de unos treinta años, separa las guerras menos importantes:

— guerras franco-inglesas (1740-1763);
— (guerras de la Revolución y del Imperio —1792-1815—);
— revoluciones de 1848, guerra de Crimea y guerra de las unidades alemana e italiana (1848-1870);
— guerras de los Boers, ruso-japonesa y del Imperio otomano (1899-1913).

Hasta 1914 tendríamos, pues, ciclos de violencia seculares en los que se insertan ciclos trentenarios. Parece ser que treinta años fue el intervalo mínimo para que, por el relevo de las generaciones, se recuperaran físicamente los Estados y repararan material y psicológicamente los desperfectos de toda clase causados por una guerra antes de poder emprender otra. Pocos son, en las filas de los combatientes, los héroes de una guerra que lo son todavía treinta años después.

De veinte años solamente fue, por ejemplo, el intervalo entre el final de la primera guerra mundial y el comienzo de la segunda, que de hecho no es más que su segundo acto. Pero esa tregua de reconstitución, si bien fue suficiente para Alemania e Italia, con una juventud más numerosa, no lo fue

para Francia. Y si comprobamos que en 1974 las grandes potencias aún no se han enfrentado después de treinta años, se debe a numerosos factores, pero principalmente a la irrupción de un hecho nuevo y capital, el hecho nuclear, pero también a las bajas importantes—38 millones de seres humanos—sufridas por los beligerantes [28].

Tras haber tomado nota del número de conflictos por año y por decenio, sería interesante observar, por año, su comienzo y su final.

Años en que han estallado más Conflictos:

1810: 8 Conflictos (sublevación de los futuros Estados de América latina);
1830: 5 (Revoluciones de 1830);
1848: 8 (Revoluciones de 1848);
1863: 5 (en tres continentes: Europa, Asia, América);
1879: 6 (en dos continentes: África y América);
1919: 6 (en dos continentes: Europa y Asia; secuelas de la primera guerra mundial);
1920: 5 (en tres continentes: Europa, Asia, África; secuelas de la primera guerra mundial);
1948: 5 (sobre todo descolonización);
1961: 5 (sobre todo descolonización);
1965: 5 (sobre todo en Asia).

[28] La U.R.S.S. sobre todo ha sido la más castigada; su pirámide de edades y el reparto de los sexos demuestran que después de semejantes pérdidas aún no ha recuperado su sustancia.

Son raros los años—desde 1900—en que no estalló ningún Conflicto: 1901, 1921, 1929, 1932[29], 1949, 1951, 1964, 1966.

Desde 1967, por lo menos un conflicto ha estallado cada año.

En mayo, julio y octubre es cuando más conflictos han estallado. Por el contrario, en agosto (1914) y en septiembre (1939) se desencadenaron las dos guerras mundiales.

Los períodos más apacibles y sin guerras mayores en los que no ha estallado ningún conflicto son: 1751, 1754, 1816-1819 (tras el agotamiento producido por las guerras napoleónicas)[30].

Años en que han concluido más conflictos:

1821: 4 (sublevaciones liberales y nacionales de 1820, pronto reprimidas);
1825: 4;
1848: 4 (revoluciones de 1848, pronto reprimidas);
1864: 5;
1867, 1881 y 1885: 4;
1900: 5;
1912, 1918: 4;
1920: 7;
1934, 1939, 1945, 1949, 1956: 4;

[29] Entre 1940 y 1944, la segunda guerra mundial ha impedido que estallara cualquier otro conflicto.

[30] Los años después de las dos guerras mundiales no conocieron la misma tregua.

Años (desde 1900) sin guerras importantes y en los que no ha concluido ningún conflicto:

1929, 1955.

Entre 1955 y 1974, cada año (salvo 1964 y 1966) ha visto:

— estallar de uno a tres conflictos;
— concluir de uno a tres conflictos;
— continuar de cinco a nueve conflictos.

En 1973 estallaron dos conflictos, ninguno de los cuales ha concluido (la guerra de Vietnam sigue sin intervención extranjera).

En 1974 estallaron dos conflictos (Kurdistán, Chipre) y no terminaron en todo el año.

3. Localizaciones preferenciales

Las localizaciones en el espacio, relativamente fáciles de establecer, son muy interesantes, pues nos hacen ver cuáles son los continentes, las zonas y los Estados más o menos afectados. Teniendo en cuenta los espacios en los que han tenido lugar las hostilidades y enfrentamientos—ciertos conflictos pueden haberse desarrollado en varios de estos espacios—, se ve que se desarrollan principalmente:

En zonas expuestas (un tercio de los conflictos):

— China y confines: 15,5 por 100;
— Próximo Oriente: 9 por 100;

— Mediterráneo: 7,5 por 100;
— India y confines: 7 por 100;
— Balkanes: 6 por 100;
— Somme-Mosa-Rin: 4 por 100;
— Suiza-Baviera-Bohemia-Austria: 3,5 por 100;
— de la Mancha al Oder (ej., 1805): 3 por 100;
— Vístula-Dnieper: 3 por 100;
— Báltico: 3 por 100;
— Zona de El Cabo: 3,5 por 100.

En las regiones de los estrechos (la cuarta parte de los conflictos):

— América central y Panamá: 7 por 100;
— Suez y Mar Rojo: 7 por 100;
— Bósforo y Dardanelos: 3,5 por 100;
— Mancha y Mar del Norte: 3 por 100;
— Singapur, Malasia e Indonesia: 2 por 100;
— Estrechos daneses: 1 por 100.

En zonas de interés petrolífero.

Desde 1914, fecha a partir de la cual el petróleo empezó a desempeñar un papel militar y económico importante, hasta 1974 ha habido 124 conflictos de los 366 del período estudiado. De todos ellos, más de la mitad han afectado:

— a zonas ricas en petróleo: 23 conflictos; es decir, el 6 por 100 de los 366 conflictos;
— o a zonas vecinas a las zonas ricas en petróleo: 27; es decir, el 7 por 100;
— o a zonas de comunicación petrolera: 23; es decir, el 6 por 100.

El factor petróleo ha intervenido, pues, desde 1914 en el 19 por 100 de los casos.

Resulta interesante destacar los Estados que se vieron con mayor frecuencia envueltos en guerras—157 de los 366 conflictos; es decir, el 43 por 100 de los casos—. Seis Estados se han visto envueltos en la mitad de esas guerras extranjeras:

— Inglaterra: en 48 guerras; es decir, el 13 por 100 de los casos;
— Francia: 40; es decir, 11 por 100;
— Rusia: 35; es decir, 10 por 100;
— China: 19; es decir, 5 por 100;
— Austria-Hungría: 18 (5 por 100);
— Imperio otomano: 13 (4 por 100).

En los conflictos interestatales—esencialmente guerras extranjeras—se han visto con frecuencia envueltas las grandes potencias, implicadas, por la extensión y la importancia de sus intereses y de sus ambiciones, en la mitad de las guerras extranjeras.

Guerra y potencia corrían parejas..., al menos hasta 1945, ya que se comprueba, en situación nuclear, que las dos superpotencias, herederas de los seis grandes del siglo XIX, si bien han tenido parte de la responsabilidad en numerosas guerras, no han intervenido militarmente más que once veces en los conflictos armados violentos. Nunca fue en un enfrentamiento directo, excepto en Berlín en 1948 y en Cuba en 1962, y en ambos casos no llegaron a las armas.

Entre 1945 y 1974, de 71 conflictos 25 lo fueron ya interestatales, ya intraestatales con intervención armada extranjera. En esos 25 conflictos han participado (11 intervenciones de los dos supergrandes frente a 45 de los demás Estados):

— Estados Unidos: 8;
— U. R. S. S.: 3;
— Francia: 4;
— Inglaterra: 4;
— China: 3;
— India: 2;
— Otros Estados: 32.

Por otra parte, entre 1740 y 1974 numerosos eran los Estados que en el momento de entrar en un nueco conflicto estaban:

— ya envueltos en otro (35 por 100 de los casos);
— ya envueltos en una crisis interna grave (38 por 100 de los casos).

Parece ser que un Estado, ya involucrado en una guerra o en una crisis interna grave, está más expuesto a otro conflicto (ej.: Francia e Inglaterra de 1945 a 1956).

Los continentes más afectados han sido:

— en los 157 conflictos interestatales; es decir, el 43 por 100 de los casos:
  — Asia: 16 por 100 de los casos [31];
  — Europa: 12 por 100;
  — África: 11 por 100;
  — América: 4 por 100;

— en los 209 conflictos intraestatales; es decir, en el 57 por 100 de los casos:

  — Europa (metrópoli de las guerras de descolonización): 30 por 100;

[31] Sobre todo a causa de las guerras coloniales.

— Eurasia (Rusia e Imperio otomano): 5 por 100;
— Asia: 14 por 100[32];
— América: 5 por 100;
— África: 3 por 100.

Pocos Estados antiguos se han visto libres de los conflictos armados mayores. Y los Estados jóvenes han sido particularmente vulnerables.

Desde los comienzos de la época histórica, enfrentamientos armados e invasiones han tenido lugar en dos sentidos privilegiados:

— *Enfrentamientos Norte-Sur* de grupos que buscaban por la fuerza, en el sentido general de los meridianos, a pesar de las dificultades de las tierras y los mares, condiciones climáticas, terrenos o lugares diferentes, así como recursos nuevos y complementarios.

  Ése fue el caso, por ejemplo, antes del siglo XVIII, de las invasiones a través de la península griega, la lucha por Aquitania, de los empujes del Sacro Imperio romano germánico en Italia, de la Cruzada de los albigenses, cualesquiera que hayan sido las demás motivaciones.

— *Enfrentamientos Este-Oeste* de grupos que buscaban por la fuerza, siguiendo el sentido general de los paralelos, gracias a las facilidades que les brindaban las grandes llanuras longitudinales o los mares mediterráneos, espacios nuevos y recursos suplementarios o complementarios, o explanadas para sus fortificaciones. Por ejem-

[32] No incluidos los conflictos de descolonización, inscritos dentro de las metrópolis europeas.

plo, los empujes alternos de Grecia y de Oriente, de eslavos y germanos, las invasiones bárbaras del siglo v, las Cruzadas.

Ahora que, como veremos más adelante (pág. 221) en las grandes hipótesis polemológicas, el mundo tiene que evitar un amplio enfrentamiento Norte-Sur, riesgo que puede conjurarse si se hace prevalecer una solidaridad Norte-Sur; resulta interesante ver las direcciones privilegiadas de los conflictos del período 1740-1974:

— 155; es decir, el 43 por 100 han sido enfrentamientos Norte-Sur, como la guerra de Secesión, la insurrección madhista en el Sudán egipcio, la guerra de Corea, la guerra de Vietnam;
— 110; es decir, el 30 por 100 han sido enfrentamientos Este-Oeste: la independencia de América latina, la oleada rusa en Siberia, la guerra ruso-japonesa.

101; es decir, el 27 por 100 han sido enfrentamientos que seguían sentidos distintos o más complejos, como la guerra de Crimea.

4. La colonización-descolonización como principal contexto

Los Estados colonizadores y los Estados coloniales han sido los más afectados por conflictos externos o internos. El principal contexto de los conflictos es, con mucho, el contexto colonización-descolonización. Aparece, en efecto, en el 33 por 100 de los casos.

Los 366 conflictos han estado vinculados:

— a la colonización europea de ultramar, en el 12 por 100 de los casos;
— a la descolonización de ultramar, en el 15 por 100.
— a secuelas de la colonización y de la descolonización y a la sucesión de de imperios coloniales, en el 6 por 100.

La discontinuidad territorial interviene en gran número de casos, el 20 por 100. Los ejemplos son numerosos y notables:

— independencia de las colonias inglesas, luego españolas de América;
— independencia de las colonias inglesas y de las colonias francesas (guerra de Indochina, guerra de Malasia);
— guerra de Bangladesh (1971).

Existe efectivamente una fuerza de gravedad de las discontinuidades territoriales. La atracción entre la parte geográfica más importante de un Estado y las partes geográficas separadas de ella por espacios marinos obedece al principio general de la gravitación universal, que no sigue la ley Mm/d^2, sino más bien $M \times K/m \times d^2$, de forma menos matemática puesto que al tratarse de relaciones humanas intervienen otros factores como el tiempo y su efecto, la antigüedad, la fuerza y la velocidad de las relaciones y de los intercambios.

De todas formas, y haciendo la salvedad de esas correcciones, la atracción entre lo que para simplificar llamaremos en lenguaje de astronomía, y no en

lenguaje político, el planeta (metrópoli) y sus satélites, está en función inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que les separa. Puesto que la distancia con intervalos marinos:

— limita, entorpece y frena los intercambios entre metrópoli y satélites;
— crea en el satélite un complejo de frustración y de abandono que se desarrolla con el tiempo y se hace agudo en caso de crisis en el que los intercambios limitados no permiten un socorro rápido ni el mantenimiento de la cohesión del conjunto (ej.: inundaciones en Bangladesh en 1970). Al mismo tiempo nace o renace, en el satélite, un sentimiento de personalidad distinta y autónoma. Esos sentimientos se exacerban si otras metrópolis más cercanas ejercen sobre el satélite una atracción más fuerte (caso de Irlanda del Norte);
— crea en la metrópoli, en caso de dificultades o de debilitamiento, o bien la necesidad del peso de los satélites (tropas de ultramar que interviniesen en el frente occidental durante las dos guerras mundiales), o bien el sentimiento de la pesadez de los satélites (fenómeno de «cartierización»).

Este peso de las discontinuidades territoriales, grave en el caso de intervalos marinos, existe en menor grado en las metrópolis entre su centro y las provincias periféricas; cuando las relaciones y los intercambios son insuficientes y lentos y la fuerza de atracción y de cohesión es menor que la fuerza centrífuga, cuando el riego no es igual en la periferia

y en el centro, se crea el equivalente a una discontinuidad. Hay ciertas discontinuidades territoriales:

— entre Siberia oriental y la Rusia de Europa;
— entre Bretaña y Francia: Lorient (490 km.) está aproximadamente a la misma distancia geográfica de París que Lyon (460) y que Estrasburgo (450), pero se encuentra peor regada que estas dos ciudades, bañadas por las rápidas corrientes de los intercambios entre París y Alemania, París e Italia y París-Mediterráneo.

El peso, más grave, de las discontinuidades territoriales debidas a intervalos marinos es una de las grandes causas—fatales—de la pérdida de los Imperios coloniales marítimos, de 1776 a 1962, y una de las razones—aunque no la única—de la mayor solidez de los imperios continentales (ruso y americano).

Resulta interesante apreciar el papel que ha desempeñado en los 157 conflictos interestatales la rivalidad entre Potencias marítimas y Potencias continentales [33].

Entre 1740-1974, 49 de esos 157 conflictos, es decir, el 31 por 100, han enfrentado a los Amos del Mar y a los Amos de la Tierra. Hasta el momento, salvo excepciones (Suecia y Turquía solas frente a Rusia), las Potencias marítimas o las coaliciones que disponían de una clara superioridad marítima han vencido siempre. Porque el dominio del mar—y desde 1939 el dominio aeronaval—ha permitido avituallamientos, bloqueos, maniobras en las retaguardias (Salónica, 1915-1918; África del Norte, 1942;

[33] Ver Almirante CASTEX, *Théories stratégiques,* 1927-1937.

Pacífico 1942-1945; Corea 1950-1953), desembarcos, invasiones, reembarcos y conquistas.

El mar se ha convertido en el «Séptimo continente», continente privilegiado, ya que, sin solución de continuidad, envuelve a todos los demás.

5. Pérdidas en sensible aumento

Las pérdidas de vidas humanas—civiles y militares muertos—son la medida cuantitativa más clara y más importante de las guerras y de las revoluciones. Resulta, sin embargo, imposible conocerlas con exactitud, sobre todo en tiempo de guerra, pero después también.

Tres magnitudes pueden expresarlas:

- — la intensidad global de las bajas: la totalidad de las pérdidas de toda una guerra;
- — la intensidad diaria: las pérdidas por día;
- — la intensidad máxima: las bajas del día y de la batalla más violenta.

Pero resulta difícil conocer bien las bajas, que pueden no ser bien conocidas, o ser ignoradas, o deformadas, exageradas o minimizadas. Las causas son múltiples: sociedades sin archivos históricos bien llevados y conservados, sin estado civil y sin pensiones; guerras de movimiento; bajas autóctonas en las campañas coloniales; matanzas y genocidios; bajas en las guerras revolucionarias; deformaciones inconscientes o calculadas por razones de propaganda. Desde un punto de vista psicológico, son las deformaciones las más significativas. En general,

en una guerra extranjera o en una guerra de independencia colonial, cada campo y cada combatiente, por razones de eficacia y de moral, tiende a exagerar las bajas sufridas por el enemigo y a minimizar las propias. Así, durante la guerra de Indochina, el Vietminh procuraba a toda costa en cada combate no sólo evacuar a sus heridos sino también llevarse a sus muertos. Por el contrario, durante una guerra interna o una campaña colonial, cada campo tiende a exagerar sus bajas, que imputa a las matanzas del enemigo, y a ocultar o minimizar las del adversario debidas a su propia violencia. Por lo mismo, resulta difícil conocer con exactitud las pérdidas de varios conflictos intraestatales de los diez últimos años, pues las estimaciones y las declaraciones de los adversarios pueden variar de 1 a 100.

Quizá sea ésta una de las más importantes diferencias entre las guerras extranjeras, guerras principalmente de batallas en donde se trata ante todo de destruir al adversario *(hostis)* y de animar a los suyos, y las guerras interiores marcadas por las matanzas, en donde se trata ante todo de sublevar a la población y a la opinión internacional contra el enemigo a la vez tan cercano y tan inexorable *(inimicus)*.

En cuanto a la apreciación de la intensidad global de los conflictos, se han tenido en cuenta cinco cantidades, con las magnitudes que hemos podido establecer a partir de la documentación:

a) La población del mundo en el momento del conflicto (de duración T).

b) La masa de las poblaciones que participaban en el conflicto.

c) La masa máxima de los combatientes simultáneamente involucrados en el conflicto.

d) Las bajas totales—militares y civiles—debidas al conflicto.

e) El número de años del conflicto.

Las distintas relaciones de estas cuatro cantidades miden los coeficientes de cierto número de impactos:

— b/a, es el impacto sociológico del conflicto, su poder de extensión;
— c/b, el impacto militar del conflicto, su poder de movilización;
— $d/c \times e$, el impacto de las armas del conflicto, la capacidad anual de destrucción;
— d/b, el impacto demográfico local del conflicto, su efecto local de destrucción;
— d/a, el impacto demográfico mundial del conflicto, su efecto mundial de destrucción.

A falta de datos concretos sobre las cuatro cantidades *a, b, c, d,* de las que solamente hemos podido establecer un orden de magnitud, no nos ha sido posible calcular estas relaciones para cada uno de los 336 conflictos, y, por tanto, para su conjunto, a pesar del interés que hubiera revestido su estudio. Nos hemos visto obligados a limitarnos a recoger y comparar las tres cantidades absolutas *b, c, d,* pero no así sus relaciones.

Las masas demográficas que participaban en el conflicto. Han variado de menos de un millón (0,5

por 100 de los casos) a más de mil millones—en el caso de las dos guerras mundiales y del conflicto chino-indio de 1961—. Han representado de 10 a 50 millones de personas en el 48 por 100 de los casos.

El número máximo de combatientes simultáneamente involucrados en los conflictos ha variado de menos de 10.000 (1 por 100 de los casos) a más de 10 millones (las dos guerras mundiales). Ha representado entre 10.000 y 100.000 combatientes en el 69 por 100 de los casos. El número de movilizados es, naturalmente, bastante superior.

Las bajas totales, en aumento, han variado de cero—caso de las doce ocupaciones extranjeras sin lucha—a más de 30 millones—segunda guerra mundial—. Han llegado de 1.000 a 10.000 muertos en el 33 por 100 de los casos.

Las pérdidas *relativamente* más elevadas han sido las de la guerra del Paraguay (1864-1870), ya que en seis años este Estado perdió 1.100.000 personas, sobre todo por matanzas, y durante mucho tiempo permaneció exangüe.

La comparación de las bajas globales (orden de magnitud) en el transcurso de los conflictos *que han estallado en los diferentes decenios* revela unas máximas para los decenios:

— 1750-1759: 1 millón 100.000 (guerra contra los Dsungares y guerra de los Siete Años...);
— 1790: 1 millón 125.000 (guerras de la Revolución...);
— 1800: 1 millón 300.000 (guerras del Imperio...);

— 1850: 12 millones (guerra de los Taïping y guerra de Crimea...);
— 1860: 2 millones 400.000 (guerra de Secesión, guerra del Paraguay...);
— 1910: 11 millones 400.000 (primera guerra mundial...);
— 1920: 1 millón 600.000 (segunda guerra civil en China...);
— 1930: 41 millones 400.000 (segunda guerra mundial...);
— 1950: 3 millones 200.000 (guerra de Corea...);
— 1960: 3 millones 800.000 (guerras del Vietnam y de Nigeria-Biafra, matanzas en Indonesia...);
— 1970 a 197: 1 millón 600.000 (guerra de Bangladesh...).

Las mínimas corresponden a los decenios:

— 1740: 138.000;
— 1760: 70.000;
— 1780: 55.000;
— 1830: 124.000;
— 1840: 136.000;
— 1880: 56.000.

A partir, pues, de 1890 se terminan los decenios poco sangrientos (menos de 200.000 muertos) y a partir de 1910 empiezan los decenios muy sangrientos (más de millón y medio de muertos), incluso después de las dos guerras mundiales. Las razones son varias:

— multiplicación de los conflictos;
— violencia de las ideologías;

— poder de destrucción de las armas;
— matanzas y genocidios.

Además de estas pérdidas de vidas humanas, las guerras, no solamente en su ejecución sino ya en su preparación y después en sus secuelas, acarrearon numerosas pérdidas de diversos órdenes. En particular el fenómeno de la inflación monetaria tiene mucho que ver con el fenómeno de las guerras. Con las guerras totales, esta interacción, ya evidente después de la guerra de Independencia americana (1776-1783), se ha visto acentuada [34].

6. Causas, efectos y funciones

Primacía de las causas estructurales

Ya desde el comienzo de sus investigaciones estimó la polemología [35] que para conocer mejor las guerras había que:

— ir más allá de sus *causas accidentales* o eventuales, que no eran por lo general más que la ocasión o el pretexto, la chispa que enciende el fuego;
— ir también más allá de las *causas coyunturales* que no eran más que el terreno y el entorno de la masa explosiva crítica;

[34] Ver Henri AUJAC, «Eficacia militar y estructuras económicas, sociales y políticas, en *Revue économique,* julio 1971, vol. XXII, n.° 4. Christian SCHMIDT, «Guerra y economía», en *Etudes polémologiques,* 14, octubre 1974.
[35] Ver *Les guerres,* Ed. Payot, 1951.

— llegar de este modo a las *causas estructurales*, pues era en las estructuras—demográficas, económicas, históricas, geográficas, mentales...— de los grupos políticos involucrados donde se desarrollaba la agresividad colectiva, generadora de conflictos violentos.

Al no existir una documentación suficiente sobre el inicio de numerosos conflictos, no se han podido recoger con precisión las causas accidentales más que en el 6 por 100 de los casos. Pero siempre las hay (despacho de Ems, asesinato de Sarajevo).

Por el contrario, la información sobre la coyuntura era lo bastante precisa como para permitir el establecimiento de las causas coyunturales en todos los casos.

Y el conocimiento de la estructura de los Estados era lo suficientemente profundo como para que las causas estructurales se pudieran establecer en el 93 por 100 de los casos. Lo que demuestra su importancia, muchas veces descuidada y, sin embargo, esencial.

Dosis variables de las causas y de los efectos

Un fenómeno histórico, como un conflicto, guerra o revolución, tiene causas y efectos complejos.

Las *causas* situadas en los tres niveles—estructural, coyuntural, accidental—son múltiples. Muchas son racionales y algunas irracionales. Porque la masa, más que el individuo, está sometida a lo irracional y a sus contagios. Pertenecen a diversos ámbitos:

demográfico, histórico, técnico, económico, social, geográfico, mental. Lo mismo se puede decir de los *efectos,* situados igualmente en esos tres niveles, también múltiples y pertenecientes a los mismos ámbitos. Aunque el fenómeno histórico sea, también, la causa, o mejor dicho una de las causas de estos efectos, resulta relativamente más fácil poner de manifiesto los efectos de un conflicto que sus causas.

La complejidad de un fenómeno histórico, que no puede aislarse de los demás como un fenómeno físico o incluso biológico, es tal que hay siempre varias causas y varios efectos. Una sola causa no puede producir un fenómeno y un fenómeno produce varios efectos.

Lo que constituye la originalidad de un conflicto armado mayor, es que hay varias causas, pero con una dosificación que varía en cada caso, y en eso consiste su carácter específico, su unidad.

Entre las causas y los efectos, algunos atribuyen cierta primacía a los *factores económicos.* Verdad es que, por tratarse de fenómenos que afectan a un espacio y tienen una duración, los factores económicos suelen desempeñar un papel importante, como causa o como efecto. Pero durante el período 1740-1974 no nos parecen haber desempeñado un papel exclusivo; incluso en ocasiones tampoco un papel preponderante. Nos acercamos en este punto a la clasificación política de los conflictos propuesta por el profesor J.-B. Duroselle.

En algunos conflictos, como la guerra del opio (1840-1842), los factores económicos parecen haber desempeñado un papel privilegiado; en otros, como la guerra de Independencia americana, un papel im-

portante (conflicto del té), al menos en las causas accidentales iniciales; en otros más, como la Revolución de 1830 o la guerra franco-alemana de 1870, un papel mínimo.

Lo que nos ha parecido más importante tras analizar los 366 conflictos mayores del período estudiado, y tras los anteriores análisis de unos 3.000 conflictos mayores y menores (microconflictos) observados entre 1968 y 1973[36], es que, según una hipótesis sostenida por Christian Schmidt[37]:

— en los microconflictos—conflictos menores diversos: enfrentamientos, terrorismo...—, las causas económicas parecen ocupar un lugar preponderante, pero los efectos económicos son débiles, a imagen de los microconflictos;
— en las guerras y revoluciones, por el contrario, las causas económicas no son únicas y con frecuencia tampoco importantes, pero los efectos económicos son grandes.

Funciones más o menos privilegiadas

Puesto que las *causas* de los conflictos son difíciles de establecer, al menos en su dosificación, y que los *efectos* son, por el contrario, más evidentes, incluso cuantitativamente—pérdidas, traspaso de territorios...—, resulta interesante deducir de los efec-

[36] Ver «La violencia mundial en 1968-1973», en *Etudes polémologiques, 13,* julio 1974.
[37] Ver Christian SCHMIDT, «Guerra y economía», en *Etudes polémologiques, 14,* octubre 1974.

tos observados las *funciones* que hayan podido desempeñar los conflictos.

Las guerras extranjeras y civiles parecen haber tenido cinco funciones [38]:

1. una función lúdica, de juego;
2. una función de especulación de una ganancia importante frente a unas pérdidas aceptables, con un riesgo limitado y una probabilidad de éxito;
3. una función de inversión o consolidación de poderes internos y de potencia externa;
4. una función de cambio de las estructuras existentes;
5. una función de destrucción demo-económica.

En los 366 conflictos analizados, la función lúdica ha aparecido en el 39 por 100 de los casos, sobre todo en las guerras «corteses» del siglo XVIII, así como en las campañas coloniales en las que solamente estaban enrolados profesionales o voluntarios. Esta función lúdica tiende a desaparecer desde la primera guerra mundial, con las hecatombes provocadas por el avance del armamento y por el hecho de comprometer a toda la población, vulnerable, incluidos los civiles de la retaguardia. Desaparece por completo en el caso de guerra nuclear.

La función de especulación de una ganancia importante y la de derrocamiento o consolidación de poderes aparecieron, como es normal, en la totalidad de los casos, ya que nadie expondría su vida y la de otros hombres sin esa esperanza... o esa ilusión,

La función de cambio de las estructuras existentes,

[38] Ver *Traité de polémologie*, Ed. Payot, 1971.

o al menos de búsqueda de ese cambio, se ha podido observar en el 89 por 100 de los casos.

En cuanto a la función de destrucción demo-económica, no ha actuado plenamente más que en 14 conflictos (es decir, el 4 por 100) que han llegado al paroxismo de la violencia persistente de los combates, de las matanzas o de los genocidios, como:

— el aplastamiento de las sublevaciones (Dsungares, Taiping) en China;
— la guerra de Paraguay (1864-1870), el caso más trágico.

A consecuencia de la guerra contra la coalición de Brasil, Uruguay y Argentina, la población de Paraguay descendió de 1.100.000 habitantes a menos de 300.000, de los que sólo 30.000 eran hombres válidos. Para paliar esta situación catastrófica provocada por combates, hambres y matanzas, el gobierno se vio obligado a permitir la poligamia.

— la guerra de Secesión;
— las matanzas de Armenia;
— la guerra de España;
— las dos guerras mundiales, con las bajas tremendas que sufrieron Rusia y Alemania, así como los judíos de muchos países europeos;
— la Revolución rusa;
— las guerras de Nigeria-Biafra y de Bangladesh;
— la guerra de Indochina y Vietnam.

El 4 por 100 de los casos; no es mucho para una función de destrucción demo-económica. Pero hay que tener en cuenta que esta función de las guerras,

sin duda la más profunda y la más importante, ha actuado en numerosos casos más (matanza de etnias, devastación o desorganización de provincias).

Adquiere todo su temible valor con la amenaza de guerra nuclear, biológica, química... o meteorológica.

La vida de las sociedades, como la actividad biológica, se encuentra vinculada al ritmo de una sucesión de ciclos alternos:

— un ciclo de acumulación de potenciales de toda clase—vidas humanas, bienes materiales pacíficos y bélicos, dinamismos psicológicos—que se convierten entonces en excedentes;
— un ciclo de destrucción parcial o completa de esos excedentes e incluso en ocasiones de la sustancia social, con tendencia a una vuelta al equilibrio pronto roto por un nuevo ciclo de acumulación. Éste corresponde a la paz, favorable a las construcciones y reconstrucciones, mientras que la guerra es, junto con las epidemias, el hambre y las catástrofes naturales, uno de los principales agentes del ciclo de destrucción. Cuanto más excesiva es la acumulación, más violenta puede ser la destrucción.

7. Intento de tipología de los conflictos

El establecer una tipología es un problema delicado. En efecto, una tipología tiene que ser al mismo tiempo:

— bastante general para abarcar la totalidad de los casos pasados y actuales, en toda su escala de violencia;

— bastante abierta para incluir los nuevos casos que, por evolución o por mutación, pudieran producirse y que son, desde ahora, previsibles y posibles;
— bastante precisa para distinguir las diferentes clases y subclases;
— bastante flexible para admitir «conjuntos», ya que en las ciencias humanas y sociales la diversidad de casos es tal que nunca se distinguen absolutamente las categorías. Toda clasificación ha de respetar las relaciones orgánicas;
— bastante clara para que los nombres de los distintos tipos constituyan una familia y sea, cada uno de ellos, inteligible;
— bastante pertinente para que pueda entrar en la costumbre.

Estas condiciones son severas y normales. Por lo mismo, la tipología propuesta, en el actual estado de las investigaciones polemológicas, tiene aún carácter experimental y sólo se presenta a modo de hipótesis.

La tabla 2 proponía una clasificación general de los conflictos, según sus niveles crecientes de violencia.

Abajo del todo, los *infraconflictos,* en los que la violencia es nula o no se manifiesta (ej.: huelgas sin incidentes).

Más arriba, los *microconflictos* internos o interestatales, en los que la violencia es limitada, local y de corta duración (ej.: manifestaciones con incidentes, acciones esporádicas de guerrilla o de terrorismo).

Más arriba, los *conflictos armados mayores* (o

macroconflictos) internos o interestatales, como los 366 casos estudiados, de gran diversidad. La violencia es cruel y dura mucho tiempo; es más o menos extensa: una sola región de un Estado, varias provincias de varios Estados, e incluso de varios continentes, en el caso de las guerras mundiales.

En cuanto a los conflictos, conviene distinguir:

— aquellos que han afectado a Estados antiguos, de más de cincuenta años, y por tanto estabilizados;
— aquellos que han afectado a Estados nuevos, de menos de cincuenta años.

En efecto, los Estados antiguos, como los hombres adultos, no están expuestos a las mismas perturbaciones (enfermedades) que los jóvenes, más vulnerables. Así tenemos que de los 34 conflictos, de los cuales 23 son intraestatales, que han estallado entre 1960 y 1974, 21, de los cuales 13 son intraestatales (es decir, más del 5 por 100), han afectado a Estados jóvenes, la mayoría de menos de veinte años de existencia.

Por último, en lo alto, los *ultraconflictos*—guerras nucleares—latentes; si bien la humanidad los ha rozado peligrosamente en varias ocasiones (1945, 1956, 1962 y 1974), ha sabido hasta el momento evitarlos.

En el marco de esta clasificación general, el estudio de los 366 conflictos del período 1740-1974 puede dar lugar a una tipología más detallada de los macroconflictos. Esta tipología se basa en la utilización de la raíz «conflictos» precedida por prefijos que caracterizan a los diferentes tipos. Los criterios seguidos para la clasificación de los conflictos han sido:

— en primer lugar, la distinción fundamental según los niveles de violencia, por orden creciente:

- — infraconflictos: sin violencia;
- — microconflictos: violencia limitada;
- — macroconflictos: violencia desencadenada, conocida;
- — ultraconflictos: se rebasa el umbral de la violencia conocida: guerras nucleares;

— en segundo lugar, la distinción importante entre:

- — interestatales: conflictos entre Estados;
- — intraestatales: conflictos dentro de un Estado;

— a continuación, la distinción entre las modalidades de los conflictos intraestatales e interestatales:

- — preestatales (guerras tribales y feudales);
- — intraestatales (puros): solamente guerra interna;
- — superestatales: guerra interna que deriva en guerra extranjera por intervención armada extranjera (ej.: guerra de España, guerra de Bangladesh);
- — interestatales (puros): solamente guerra extranjera;
- — transestatales: guerra extranjera que se convierte además en guerra interna por revolución (ejemplo: primera guerra mundial con la Revolución rusa);
- — supraestatales: cuando uno de los antagonistas es una organización internacional o un grupo supranacional (ej.: guerra de Corea);

— por último, la distinción entre las guerras y revolucioness unidas a la colonización o a la descolonización y las demás:

— precoloniales: guerras extranjeras de conquista colonial;
— intracoloniales: guerras internas de descolonización[39].

La combinación de estas cuatro distinciones da una tipología y sus correspondientes apelaciones[40].

8. Las guerras, agentes específicos y transformadores de las sociedades

De este análisis detallado de los 366 conflictos del período 1740-1974, podemos inferir desde ahora un hecho capital: los conflictos violentos, en su naturaleza y en su diversidad, expresan la especifidad de las sociedades involucradas y contribuyen a su transformación.

La interpretación polemológica de los resultados del análisis vendrá a confirmar la existencia y la evolución de esta doble interacción: Sociedades existentes, Conflictos específicos, Sociedades transformadas.

[39] Ver Henri MEYROWITZ, «Las guerras de liberación y la Convención de Ginebra», en *Revue de politique étrangère.*
[40] Ver tablas 3 y 4, págs. 116 y 118.

TABLA 3

INTENTO DE TIPOLOGÍA DE LOS CONFLICTOS

(en orden decreciente de violencia)

Nombres (y umbrales de agresividad: A... F)		*Tipo*	*Ejemplos*
I.—ULTRACONFLICTOS (inter o intraestatales)	(F)	Guerra nuclear o A.B.C.	Ninguno por el momento
II.—MACROCONFLICTOS			
1. *Interestatales*			
a) Mundiales	(E)	Guerras extranjeras o internas con extensión mundial	1939-1945
b) Supraestatales		Una organización o un grupo internacional	Corea Congo
c) Transestatales	(D)	Guerra que trae consigo revolución	1914-1918
d) Interestatales (puros)		Guerra extranjera solamente o conflictos graves	Etiopía 1935
e) Precoloniales		Conquistas coloniales	*Madagascar 1894*
2. *Intraestatales*			
f) Superestatales	(C)	Guerra interna acarrea guerra externa	Bangladesh 1971
g) Intraestatales (puros)		Guerra interna solamente	Revolución de 1830
h) Intracoloniales		Protesta colonial	Guerra de Indochina
III.—PREESTATALES		Guerras tribales y feudales	*Muy numerosos y variados:*
IV.—MICROCONFLICTOS	(B)		
i) Interestatales		Incidentes de frontera	Usuri 1969
j) Intraestatales		Enfrentamientos esporádicos con choques y violencias	Dacca 1970
V.—INFRACONFLICTOS (sin violencia)	(A)		*Numerosos y variados:*
k) Interestatales		Pequeñas crisis internacionales	
l) Intraestatales		Huelgas sin enfrentamientos	Crisis de Agadir

TABLA 4

APLICACIÓN DE LA TIPOLOGÍA PROPUESTA, AL PERÍODO 1740-1974

Nombres de los tipos	*Número total de los casos (sobre 366) y %*	*Reparto (número sobre 366) por subperíodo*				
		1740-1800	*1800-1850*	*1850-1900*	*1900-1950*	*1950-1974*
I.—ULTRACONFLICTOS	0	Imposible hasta 1945				0
II.—MACROCONFLICTOS (total general)	366	41	74	99	97	53
1. *Interestatales* (total parcial)	157 (43 %)	22	27	57	37	14
a) Mundiales	2 (0,5 %)				2	
b) Supraestatales	4 (1 %)			1*		3**
c) Transestatales	3 (0,5 %)		1	1	1	
d) Interestatales simples	104 (28 %)	19	17	30	27	11
e) Precoloniales	44 (12 %)	3	9	25	7	
2. *Intraestatales* (total parcial)	209 (57 %)	19	47	42	60	41
f) Superestatales	35 (10 %)	17	24	24	33	23
g) Intraestatales simples	121 (32 %)	1	11	12	19	10
h) Intracoloniales	53 (15 %)					
III.—MICROCONFLICTOS						
i) Preestatales		Guerras tribales (p. m.)				
j) Interestatales		Numerosos y variados (p. m.)				
k) Intraestatales		Muy numerosos y muy variados (p. m.)				
IV.—INFRACONFLICTOS						
l) Interestatales		Numerosos (p. m.)				
m) Intraestatales		Muy numerosos y muy variados (p. m.)				

* Guerra de los Boxers.
** Guerra de Corea. Perturbaciones en el Congo. Chipre 1964.

III. UN INTENTO DE INTERPRETACIÓN POLEMOLÓGICA

Si el análisis distingue y expone, la interpretación unifica y propone.

Cuando pasamos del análisis a la interpretación, seguimos observando los mismos fenómenos, pero con una mirada distinta. El análisis es objetivo y se apoya en datos cuantitativos o al menos apreciables con cierto margen de seguridad. Como tal, encaja totalmente en la polemología que pretende ser científica.

Si bien la interpretación, en polemología, sigue siendo en gran parte objetiva por su empeño en ajustarse lo más posible a la realidad, es no obstante en cierto modo subjetiva e inseparable de la personalidad de quien la interpreta. Su visión de los fenómenos, más profunda y global que en el análisis, es más aleatoria, por lo que encaja menos dentro de la polemología. Pero una disciplina que no se completara con un intento de interpretación, no cumpliría con su objetivo.

Debemos, pues, ahora recoger los elementos del análisis en un orden diferente y en combinaciones más complejas, que a veces se pueden repetir, pero añadiendo siempre algún retoque y arrojando una nueva luz.

1. Las tres grandes mutaciones: 1775, 1914, 1945

Las grandes mutaciones de las sociedades nacionales e internacionales, en sus causas, sus expresiones y sus consecuencias, son significativas, pues permiten captar mejor la recíproca interacción de los conflictos y las sociedades. A este respecto, hay tres fechas particularmente importantes: 1775, 1914, 1945.

1775 significa la irrupción del pueblo y de la ideología en la política y en la guerra, el comienzo del declive de las sociedades principescas.

1914 significa la irrupción de los pueblos y del poder industrial en la guerra[41], la aparición de las tasas inflacionistas de las monedas y de las bajas militares y civiles, el principio del relativo declinar de la sociedad europea.

1945 significa la irrupción en el mundo y en la guerra, a la vez de la bomba atómica—bomba A, luego H—y de la bomba demográfica—bomba P—, el principio del declive de las sociedades tradicionales y la entrada del Tercer Mundo en la sociedad política e industrial internacional.

[41] Revelada, ya en 1861, por la guerra de Secesión.

En 1775 se produce—anunciada por Guibert en 1773 [42]—un hecho inédito y capital, que aún no ha terminado de producir sus efectos. Por primera vez, ciudadanos de una colonia extraeuropea se sublevan contra su príncipe—de la metrópoli europea—, vencen a sus militares de oficio y proclaman su independencia: es la guerra de Independencia americana (1775-1783). Verdad es que les ayudó la intervención de otra potencia europea, Francia, que busca con ello una revancha por la derrota sufrida en la no muy lejana guerra de los Siete Años (1756-1763); y sin esta ayuda, no es seguro que los insurgentes hubieran vencido en su insurrección. Por primera vez en ultramar, un pueblo—y, cosa única, de igual etnia y civilización que su metrópoli—se convierte, por la guerra, en Estado soberano, independiente de esa metrópoli.

Y su origen explicará en gran medida su simpatía activa por todos aquellos movimientos por los que las provincias de ultramar se sacudirán el yugo de Europa. Sin ese precedente, la historia de la descolonización moderna del siglo XIX (América latina) y del siglo XX (Asia y África) hubiera sido muy distinta.

Este precedente influirá a su vez en la mente del pueblo francés cuando en 1789 se subleve a su vez contra su príncipe para alcanzar, también él, su so-

[42] En su *Essai général de tactique,* 1773, GUIBERT anuncia no solamente la guerra divisionaria, sino también la irrupción del pueblo, y por tanto de lo irracional, en la guerra. La lucha de independencia americana es la primera traducción a los hechos de la idea de GUIBERT, cuya obra conocía bien Washington. Todas las relaciones políticas y sociales, y por lo mismo la guerra, proceden de movimientos de ideas, a su vez inspiradas por las transformaciones presentidas de las estructuras de las sociedades.

beranía y afirmarla en 1792 contra los demás príncipes.

Así pues, en 1775 y en 1789, el pueblo, mucho más numeroso (25 millones en Francia) que en las Repúblicas griega y romana y que en la República de Rousseau, y la ideología, apoyada por el movimiento de los cerebros del Siglo de las Luces, hacen irrupción victoriosamente en la política y en la guerra. Pero a partir de ese momento, el pueblo de ciudadanos se convierte, con sus pasiones colectivas, en pueblo en armas del levantamiento en masa y del reclutamiento; y en lugar de los recursos limitados de los príncipes que mantenían con su economía su patrimonio y la futura herencia de sus hijos, la totalidad de los recursos humanos y económicos de la nación son ahora movilizables y movilizados para la guerra. Entonces, a partir de 1776-1792, el acceso del pueblo a la independencia y a la soberanía va a darle a la guerra otros protagonistas y una dimensión muy diferente: a las guerras racionales de príncipes en las que lo que se disputaba era algo concreto y limitado, y de intensidad calculada, les van a suceder poco a poco las guerras de los pueblos, irracionales y totales, con disputas e intensidades desmesuradas.

Es, pues, una transformación de la estructura política y social de las sociedades estatales lo que va a transformar la guerra, no sólo en sus formas reflejo del arte militar [43], sino, lo que es aún más importante, en su esencia y en sus variaciones sociológicas. Por-

[43] Transformación anunciada por GUIBERT en su *Essai général de tactique* (1775) y realizada por Carnot, Saint-Just y Napoleón Bonaparte. Ver, en particular, CLAUSEWITZ, *De la guerre*, 1831; FOCH, *Des principes de la guerre*, 1903; COLIN, *Transformations de la guerre*, 1911.

que el «¿contra quién?» y el «¿para qué?» han cambiado por completo. Y a su vez esa transformación de la guerra va a cambiar las estructuras políticas y mentales de las sociedades estatales y de la sociedad europea.

Qué bien se entiende el juicio de Kant anunciándole a Kœnisberg la caída de la Bastilla, y el de Gœthe ante la batalla de Valmy; en el fondo de los acontecimientos y de las formas externas de las acciones políticas y militares, descubrían una mutación profunda que presagiaba una nueva era.

Al evocar, a mediados del siglo XIX, este período de 1776-1792, dos visionarios, Michelet y Tocqueville, anunciaban, el primero el advenimiento del pueblo, fuerte en número y en pasión política, el segundo el nacimiento de dos grandes potencias del siglo XX, América y Rusia, fuertes en extensión espacial, en número de habitantes, en recursos ricos y variados.

Sin embargo, había cuatro magnitudes que la mutación política e ideológica de 1776-1792 no había transformado: la potencia tecnológica e industrial, la fuerza de la moneda, la potencia demográfica, el poder de destrucción del hombre.

El esfuerzo tecnológico e industrial de Occidente, si bien posee un aspecto positivo, también posee uno negativo, ya que tiene un efecto desequilibrante. Explica las nuevas relaciones entre las fuerzas y la colonización.

1914 aporta la segunda mutación [44]. Millones de hombres van a enfrentarse en movimientos y en cho-

[44] Anunciada, a escala limitada de un Estado, por la guerra de Secesión (1861-1865).

ques que sobrepasan en amplitud a los del siglo XIX; pero su potencia material no está a la altura de su número y de sus pasiones; la guerra de movimiento se estanca, las reservas de municiones se agotan[45]. Mas al prolongarse la lucha, la movilización de la retaguardia y de todos los recursos mundiales va a permitir alimentar una guerra intensa de más de cuatro años y, por último, dará la victoria, al menos militar y provisional, a uno de los campos.

La estructura económica habrá provocado una nueva transformación de la guerra, pero ésta a su vez va a provocar una mutación de las estructuras sociales, económicas y mentales de las sociedades estatales y de la sociedad mundial. La inflación de las pérdidas humanas y materiales va a provocar en particular una inflación de las monedas, que dará lugar a su vez a perturbaciones internas y mundiales.

Al mismo tiempo, la guerra va a transformar las estructuras de la sociedad internacional: al revelarse Europa incapaz de resolver la guerra sola y rápidamente, la llamada a otros continentes—América, Asia, África—significa y anuncia el declinar de la sociedad y del poder europeo, y la puesta en marcha de los procesos de descolonización que prefiguran, ya en 1920, varios conflictos. La Sociedad de Naciones sustituye al «Concierto europeo».

Sin embargo, tres magnitudes aún no habían sido afectadas por la mutación de 1914-1918:

— la potencia demográfica, cuya curva de crecimiento seguía siendo moderada;
— la potencia de destrucción si se piensa en el tonelaje de acero que se necesitaba en Verdún para

[45] Ver los *Carnets*, de JOFFRE, en 1914-1916.

matar a un combatiente y en la «Gran Berta» *(Grosse Bertha)* para matar a un civil;
— la potencia de desplazamiento (avión-carro)[46].

La tercera mutación, la de 1945, va a convertir en exponenciales estas tres magnitudes:

— la potencia nuclear, al desarrollar, más allá de las capacidades de supervivencia humana, el poder de destrucción y su alcance;
— la potencia demográfica, por un «boom» de los nacimientos curiosamente contemporáneo del «boom» nuclear, como si, confusamente, la especie humana buscara un antídoto, o bien como si ella misma, asustada, aumentara su poder de procreación a nivel de su poder de destrucción;
— la potencia de desplazamiento, al aumentar las velocidades y los alcances (supersónicos, misiles, naves espaciales).

Desde 1945, esta mutación de las potencias de destrucción, de procreación y de desplazamiento, al modificar profundamente las estructuras políticas y humanas de los Estados y de la sociedad internacional, ha transformado las guerras. Por temor a un apocalipsis nuclear, ha evitado hasta ahora las antiguas grandes guerras extranjeras de coaliciones, pero, como contrapartida, parece haber desarrollado las acciones indirectas:

— en espacios secundarios marginales, guerras extranjeras localizadas y controladas lo mejor posible para evitar llegar a algún extremo;

[46] Ver Charles de GAULLE, *Vers l'armée de métier,* 1934.

— en los Estados, guerras civiles ahora más numerosas, cuidadosamente aisladas, y matanzas;
— en el mundo, una atomización de la violencia por guerrillas y terrorismo;
— en la estrategia económica y la estrategia cultural, ahora más incisivas por el hecho de una relativa limitación de la estrategia militar ante el temor nuclear.

El hecho nuclear introduce un nuevo abismo epistemológico y provoca un retorno a la guerra de antes de Guibert, a las guerras más limitadas y racionales del siglo XVIII. Toda vez con un agravamiento debido al desarrollo de los conflictos ideológicos y de la guerra revolucionaria: las matanzas y los genocidios.

En la perspectiva de estas tres grandes mutaciones—1775, 1914, 1945—la lista de los 366 conflictos (ver Anexo II) aporta la prueba de la interacción recíproca de las estructuras de las sociedades y de sus conflictos, junto a la coexistencia, en cada uno de los cuatro períodos (1740-1775, 1775-1914, 1914-1945, 1945-1974), de formas nuevas en crecimiento y de formas antiguas en regresión que sobreviven debido al desigual avance de las sociedades y de los continentes y a la inercia de las transformaciones.

A este respecto, por ejemplo, la guerra de 1870-1871 es a la vez una guerra antigua, al estilo de las guerras de príncipes del siglo XVIII, y una guerra nueva, consecuencia de la mutación de los años 1775-1792 [47].

[47] Ver «1870-1871: ¿Guerra antigua o moderna?», en *Études polémologiques*, 5, julio 1972.

2. La guerra, a la vez interna y externa

La guerra, violencia extendida, desencadenada, organizada y sacralizada de grupos orgánicamente armados que se enfrentan con un fin político, está vinculada a los Estados soberanos, ya en su forma primitiva—tribus, clanes, hordas, feudalismos, principados—, más claramente en su forma moderna, evolucionada y estructurada.

Es:

- guerra interna (guerra civil o revolución) cuando dos o más grupos internos pertenecientes a un mismo Estado soberano se disputan ese Estado en su totalidad o en parte;
- guerra externa (extranjera o internacional) cuando los Estados o grupos de Estados se disputan una parte o la totalidad de uno de ellos, o incluso de varios de ellos, o bien una ventaja exterior.

Teóricamente, estas dos grandes categorías de guerras son distintas, hasta el punto de que algunos lingüistas y juristas reservan el término guerra para designar solamente a las guerras extranjeras. Pero, por varias razones, nos ha parecido necesario estudiar juntas las guerras externas y las internas.

La mayoría de las guerras son o puramente internas (guerra del Sonderbund en Suiza, 1844-1848) o puramente externas (guerra ruso-japonesa de 1904-1905). Pero algunas son mixtas, por lo que se tiende hoy a una evolución del derecho internacional [48].

[48] Ver Charles ZORGBIBE, *La guerre civile,* P.U.F., 1975.

En primer lugar, cuando las guerras internas adquieren cierta dimensión, adoptan visos de guerras extranjeras. Así, dos generales que habían reunido bajo su mando cada uno una parte del Imperio romano, uno en Occidente y otro en Oriente, pretendían reconstituir en provecho propio y por separado la plenitud del Imperio.

También fue esa la situación de España en su guerra civil (1936-1939), pues cada uno de los bandos opuestos—nacionales y republicanos—, dueño de una parte del territorio, reivindicaban la totalidad para establecer en ella un régimen a imagen de su ideología, y ciertos Estados extranjeros tenían representantes políticos en cada uno de los dos campos, aunque con estatuto diferente.

Así, recientemente, en Guinea-Bissau muchos países reconocen como gobierno al Movimiento de Liberación, aunque conservan por otra parte su representante oficial para Portugal.

Por otra parte, algunas guerras internas, a causa de las intervenciones armadas extranjeras—espontáneas o solicitadas—, degeneran en ocasiones en guerras externas (Vietnam, 1961; Bangladesh, 1971), mientras que, por el contrario, algunas guerras extranjeras encienden o favorecen guerras internas (Revolución rusa de 1917 durante la primera guerra mundial). Incluso a veces se desencadenan guerras externas para evitar guerras internas y viceversa.

Por último, desde 1945 el riesgo nuclear inmoviliza las fronteras y los conflictos tienden a convertirse o quedarse en guerras internas sin intervenciones armadas extranjeras (Sur-Sudán, 1955; Kurdistán, 1961; Biafra, 1967) o con intervenciones limitadas (Chipre, 1974).

Es, pues, importante estudiar juntas las guerras externas y las guerras internas, distinguiendo los casos en que una se complica con la otra y viendo cuál de las dos empezó y acarreó la otra, es decir, cuál es la *guerra fundamental esencial.*

La guerra fundamenal es la guerra extranjera:

— en 1871, donde se prolonga en el Estado vencido por una Revolución (la Comuna) y una lucha de descolonización—la sublevación de Kabilia;
— en 1917 en Europa, donde se complica con la Revolución rusa que, sin ella, aunque no se habría evitado, sí se habría retrasado y transformado.

La guerra fundamental es, por el contrario, la guerra interna:

— en diciembre de 1971 en Pakistán, en donde transforma el levantamiento de Bangladesh en enfrentamiento indo-pakistaní que será el decisivo;
— en 1961 en Vietnam, donde se complica, por la progresiva intervención militar del extranjero, en guerra externa. Cuando en enero de 1973 ésta cesa oficialmente, la guerra interna inicial no cesa.

Ocurre con las guerras como en arboricultura con los injertos o en medicina con las enfermedades y sus complicaciones: hay que distinguir lo que ha sido primero y que acarrea lo segundo.

De igual modo que hay que considerar al mismo tiempo, a la vez que se las distingue y se perciben sus conexiones, guerras internas y guerras externas,

conviene estudiar juntas, en sus especificidades y en sus relaciones, guerras y revoluciones.

Como la guerra, la revolución es un fenómeno proteiforme y complejo [49]. Pero existen entre guerras y revoluciones dos diferencias fundamentales: en las funciones y en las manifestaciones.

En las funciones: la guerra puede no ir acompañada de un cambio de las estructuras internas y de los regímenes de los Estados antagonistas, o incluso de sus respectivas fronteras, y limitarse a una conquista del poder—guerra civil—o a un traspaso de la potente guerra extranjera. El caso más claro es la guerra austro-alemana de 1866. Mientras que la revolución es esencialmente una discusión violenta sobre las estructuras y las instituciones internas.

En sus manifestaciones: la guerra extranjera está sometida, mejor o peor, a ciertas reglas de derecho internacional o de uso, que limitan su violencia en ciertos aspectos. Mientras que la revolución no conoce reglas o límites, pues entre ella y la sociedad establecida es un lucha a vida o muerte. Algunas guerras civiles, como las guerras carlistas del siglo XIX, no tienen ningún carácter revolucionario. Otras, por el contrario, presentan carácter de revolución: así la guerra de España (1936-1939), con los levantamientos iniciales, las acciones de exterminio, los procedimientos de excepción, las luchas intestinas armadas en el campo republicano—batallas en las calles de Barcelona en mayo de 1937, golpe de Estado del general Miaja en Madrid—, las luchas de influencia política en el campo nacionalista.

[49] Ver Jean BAECHLER, *Les phénomènes révolutionnaires*, P.U.F., 1970.

Los encadenamientos guerra-revolución son particularmente importantes [50].

Si en ocasiones, como en 1792, la revolución da lugar a la guerra, en otras, como en 1917, la guerra da lugar a la revolución: la primera guerra mundial con la Revolución rusa de 1917, las Revoluciones de 1918 en Alemania y en Hungría.

Teóricos y prácticos han sabido ver este encadenamiento. Karl Marx escribía en 1845 en *La Gaceta de Lausana:* «Si Alemania pudiera llegar a una guerra contra Rusia, sería el fin de los Habsburgo y de los Hohenzollern, y la revolución social vencería en toda la línea». Y Bakunin, al poco de empezar la guerra franco-alemana en agosto de 1870, anunciaba el 11 de agosto de 1870 a sus amigos la inminencia de la Comuna [51].

Por el contrario, de rechazo, algunas revoluciones, nacidas a veces de la guerra e impugnadas por el extranjero, pueden, a más o menos largo plazo, morir en otra guerra o al menos quedar transformadas por ella (ej.: Revolución de 1789, tras las guerras extranjeras de 1792-1799; Revolución española de 1820; Revolución rusa de 1917, amenazada por las guerras de 1918 a 1922 y por la invasión de la U.R.S.S. en 1941; Revolución húngara de 1919).

Y en ocasiones guerras y revoluciones se mezclan para dar paso a una forma nueva, la *guerra revolucionaria,* de la que Mao Tsé-tung fue a la vez teórico

[50] Jacques ELLUL, *Autopsie de la Révolution. De la Révolution aux révoltés,* Calmann-Lévy, 1969-1972.

[51] Michel BAKUNIN, *De la guerre à la Commune* (textos de 1870-1871 presentados por Fernand RUDE), Ed. Anthropos, año 1972.

y práctico[52] y de la que no hace mucho el general Beaufre demostraba a la vez su antigüedad y su extensión moderna[53].

Si se consideran los tipos de armas utilizadas, el mundo conoce actualmente tres grandes formas de guerras—ya independientes, ya combinadas—, y cada una de ellas expresa una relación y un estado de la eterna lucha entre el cañón y la coraza:

— la guerra clásica o convencional;
— la guerra revolucionaria;
— la guerra nuclear.

En la guerra clásica tenemos la lucha inestable del cañón y de la coraza, con primacía unas veces de uno—armas arrojadizas, armas de fuego, avión, carro—, otras veces de la otra—corazas, fortificaciones, blindajes, misiles anticarros y antiaéreos.

En la guerra atómica ya no hay actualmente coraza eficaz contra la potencia exponencial del cañón (misiles nucleares), del que sólo nos pueden librar la dialéctica de la disuasión y el equilibrio del terror.

En la guerra revolucionaria, por el contrario, «arma del pobre», la potencia y la rigidez del cañón quedan vencidas por la sutileza de la finta, de la penetración psicológica y de la subversión.

[52] MAO TSÉ-TUNG, *De la guerre révolutionnaire en Chine*, año 1936.
[53] General BEAUFRE, *La guerre révolutionnaire*, 1972.

De las guerras de sucesión de los príncipes a las guerras de sucesión de los pueblos

Cuando los poderes estatales estaban en manos de príncipes legítimos—y de derecho divino—y los pueblos eran el objeto de la política sin ser los sujetos activos de la misma, las guerras, por un concepto patrimonial de los territorios, eran, con ocasión de matrimonios y de fallecimientos, guerras de devolución o guerras de sucesión, y el nombre de la guerra indicaba claramente la provincia o el trono que se disputaba. Así teníamos, en el siglo XVIII, las guerras de sucesión de España, de Polonia, de Austria.

A partir del momento, ya desde 1775-1792 y sobre todo desde 1914, en que los poderes estatales pasaron a pertenecer a los pueblos soberanos—ya conservaran ese poder, ya lo delegaran a sus representantes o lo abandonaran en manos de jefes históricos o de usurpadores—los pueblos se convirtieron en sujetos activos de las guerras, en su decisión y en su ejecución.

Entonces las guerras de sucesión de príncipes, racionales y limitadas, se convirtieron en guerras de sucesión de imperios, de sucesión de pueblos. Eso ocurre con las guerras de sucesión coloniales en las que unos pueblos luchan contra el poder colonial —guerras de descolonización—o se disputan su hehencia—guerras poscoloniales de Nigeria-Biafra y Bangladesh.

Sorprende ver que, desde 1945, casi todas las guerras han sido guerras de sucesión de imperios colo-

niales con vistas a la herencia del territorio o a la conquista del nuevo poder[54].

Diversidad y evolución de las intervenciones extranjeras

Los conflictos armados internos por la conquista del poder soberano o por la reivindicación de una soberanía distinta han sido con frecuencia puramente intraestatales sin injerencia extranjera. Así mismo, los conflictos armados entre Estados han sido las más veces inmediatamente interestatales por enfrentamiento de dos poderes soberanos.

Pero numerosos han sido los casos en los que la intervención extranjera de distinto grado ha alterado la simplicidad de esos conflictos, según unas modalidades cuya evolución sería interesante examinar.

Estas intervenciones extranjeras en las guerras entre Estados o partidos pueden revestir distintas formas, desde la más sutil hasta la más violenta.

Como aquí nos limitamos a las intervenciones extranjeras armadas, las más significativas y las más evolutivas, contentémonos, para situarlas mejor, con recordar las demás formas de intervención que son clásicas y se dan en cualquier época:

— intervención psicológica en los dirigentes y los nacionales de los países o grupos en guerra;
— presiones diplomáticas;
— presiones financieras (como «el oro de Pitt» por no hablar de nuestro siglo);

[54] Ver tabla 5, pág. 139.

— influencias políticas y económicas, boicots, bloqueos, embargos;
— avituallamiento en víveres y en otros productos;
— concesión de armas antes de la guerra;
— reposición de armas durante la guerra, aún más importante a causa del desgaste de armas en los grandes combates aéreos y mecanizados modernos.

La participación de combatientes extranjeros representa un grado más en el terreno de la intervención.

De la Edad Media al siglo XVIII iba ligada al hecho de que la noción nada precisa de Estado permitía a individuos o grupos intervenir de manera autónoma.

Así pues, sin comprometer a su Estado, individuos y contingentes podían participar militarmente en guerras civiles o extranjeras:

— gentes del pueblo, príncipes y sus vasallos, vinculados por una misma fe, supranacional, partían a las cruzadas a Tierra Santa a luchar contra los infieles (1095-1096);
— caballeros que iban a combatir junto a Juan Sobieski contra los turcos ante Viene (1683);
— mercenarios de todos los países de las Grandes Compañías (siglo XVI), *condottieri* italianos del siglo XVI y alemanes del siglo XVII combatían junto a un príncipe y luego contra él;
— regimientos extranjeros servían en las filas de un príncipe;
— corsarios *(surcouf...)* hacían en el mar la guerra de corso, que prohibiría el tratado de París (1856).

Súbditos de un Estado podían por tanto guerrear sin que su soberano fuera responsable: había como una libertad internacional de las gentes de guerra.

Durante el período considerado, continuaron estas intervenciones autónomas de combatientes extranjeros, aislados o en comandos:

— voluntarios de La Fayette comprometidos desde 1777 en la guerra de Independencia americana, antes de la intervención oficial de Francia en 1778;
— voluntarios de la guerra de Independencia griega en Missolonghi y en Atenas (1824-1827);
— legión de Garibaldi durante la guerra de 1870;
— contingentes extranjeros (Legión Cóndor, División de los Flechas negras, Brigadas internacionales) en la guerra de España (1936-1939);
— mercenarios europeos en Katanga (1960).

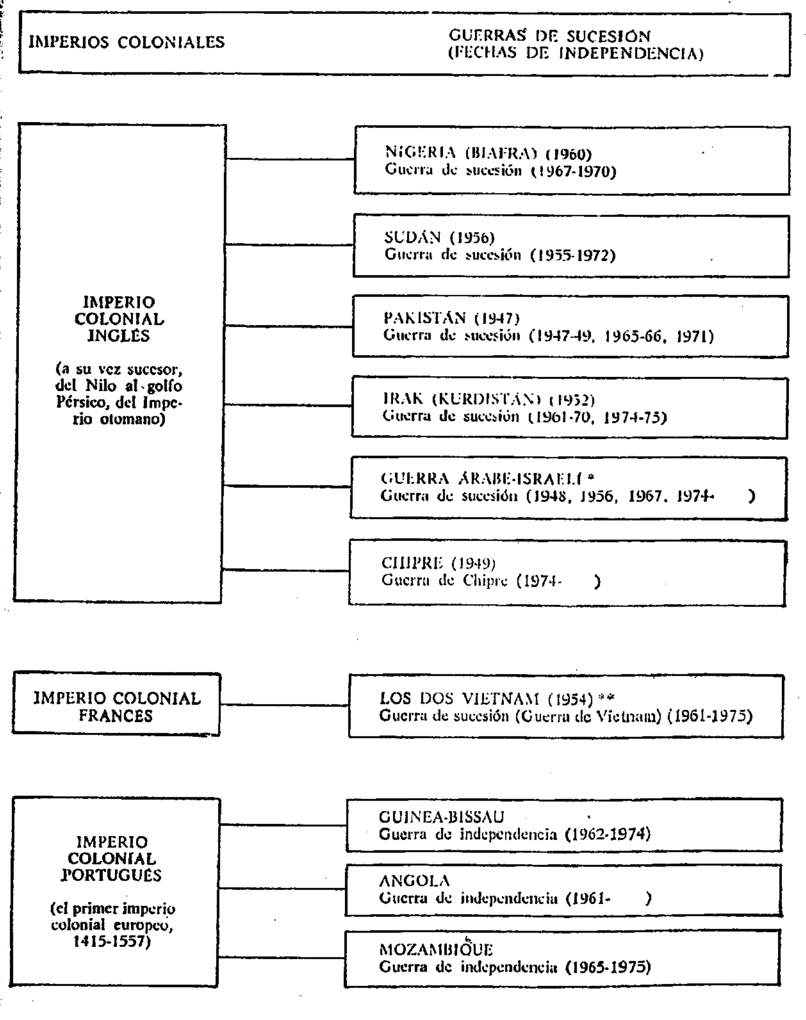
Pero desde 1945, con el fortalecimiento de los Estados y el desarrollo de sus responsabilidades internacionales, las intervenciones extranjeras se hacen más difíciles y limitadas, aunque por otra parte el progreso de las técnicas tiende a aumentar su eficacia.

Gracias a los *mass media,* combatientes de las primeras filas en batallas aéreas o terrestres podían, si son capturados—muertos o vivos—, hacer flagrante la participación extranjera y señalar ante la opinión mundial la responsabilidad de su Estado.

Menos visible, pero igualmente eficaz, la intervención extranjera tiende actualmente a adoptar tres formas privilegiadas:

— antes de la guerra, provisión de armamentos y formación de quienes los han de utilizar;

TABLA 5
LAS GUERRAS DE 1968 A 1974: GUERRAS DE SUCESIÓN DE IMPERIOS COLONIALES



* Independencia de Egipto, 1922. Creación del Estado de Israel, 1948.

** Después de la guerra de Indochina (1945-1954), que era a su vez una guerra de sucesión.

— durante la guerra, consejeros y especialistas, sobre todo en los servicios de la retaguardia y en las formaciones terrestres de defensa aérea (misiles, radares), disputándole al enemigo el dominio del aire; provisión de armas y de diversos avituallamientos;
— hay que añadir a lo anterior, por parte de los Estados vecinos, un apoyo logístico, asegurando cobijos, bases y seguirdad de su «santuario».

De este modo, con la evolución de la sociedad internacional y de las técnicas militares—importancia creciente de la defensa aérea, de la logística...—, las intervenciones extranjeras tienden, aun dentro de su eficiencia, a hacerse de forma más camuflada y limitada.

En lugar de ser, como en los siglos anteriores, función de exaltaciones individuales, ahora están bajo la influencia calculada de los Estados.

3. Variaciones y límites de la violencia

Recojamos bajo otro punto de vista el problema de las bajas, estudiado en el capítulo II, § 5, pág. 100.

La violencia colectiva política, intraestatal o interestatal, puede medirse según varios criterios:

1. *El grado de participación:* Número de Estados implicados, volumen de las poblaciones involucradas, número de combatientes comprometidos, porcentajes respectivos de los militares profesionales y de los civiles movilizados.

2. *La extensión geográfica:* Localizada en un Estado, extendida por todo el Estado, por varios Estados, por un continente, por varios continentes, por el mundo entero.
3. *Duración:* Dos duraciones—un año, cuatro años—constituyen los umbrales importantes.
4. *La intensidad sangrienta:* Número total de muertos, militares y civiles, a causa de la guerra; porcentajes respectivos de los muertos militares y civiles, de los muertos por operaciones militares y de los muertos en matanzas; porcentajes relativos de los muertos respecto al número de combatientes, al número de las poblaciones implicadas, a la población mundial.

Todos estos datos son cuantificables, y todos han recibido una apreciación, al menos en orden de magnitud, y se han sometido a tratamiento informático e interpretado.

La intensidad sangrienta ha variado entre 1740 y 1974, con general tendencia a aumentar, con dos períodos de máxima:

— las guerras de la Revolución y del Imperio (1792-1815): cerca de 100 millones de personas implicadas, más de un millón de combatientes en 1813-1815, más de dos millones de muertos entre 1792 y 1815;

— las dos guerras mundiales del siglo XX:

 — en 1914-1918, cerca de mil millones de personas implicadas, once millones de comba-

tientes (65 millones de movilizados), ocho millones 500 mil muertos, sin contar las víctimas de la gripe española, relacionada con la guerra;
- en 1939-1945, cerca de dos mil millones de personas implicadas, 16 millones de combatientes (92 millones de movilizados), 38 millones de muertos, muchos en matanzas.

Desde 1945 este aumento se ha interrumpido a causa de la limitación y de la localización de las guerras, debidas a la hipoteca nuclear. Las guerras más sangrientas han sido aquellas en las que matanzas y hambres han agravado los combates: en Nigeria-Biafra y Bangladesh han sobrepasado el millón.

¿Con qué están relacionados la violencia y su nivel de intensidad mortífera?

- esencialmente con el potencial de agresividad colectiva irracional segregado por los desequilibrios de las estructuras internas e internacionales, desarrollado a través de las coyunturas y de los acontecimientos, y racionalizado en animosidad consciente dirigida bajo la influencia de diferentes complejos anclados, como arquetipos, en el alma colectiva—complejos de Caín, de Abraham, del Chivo expiatorio, de Aquiles, de Damocles, de Edipo, del hacinamiento;
- pero también con la acción de varios factores, que intervienen según una dosificación específica y variable;
- la naturaleza y el nivel de lo que se disputa; los espacios;

— la existencia o no de un código de enfrentamiento;
— la mayor o menor rapidez de la decisión;
— el nivel de pérdidas aceptables, habida cuenta del coste de la vida, del coste de los combatientes, del temor a las represalias o a las pérdidas aceptables;
— la mecanización de la guerra.

Existencia o no de espacios libres

Mientras la presión demo-económica europea pudo, hasta 1914, extenderse hacia espacios libres, por emigración o por colonización en otros continentes, su agresividad, en lugar de expresarse en enfrentamientos directos, derivaba a terrenos de menor resistencia. De este modo, la Alemania de Bismarck le ofrecía a Francia unas arenas africanas con la esperanza de que desviase su mirada de la línea azul de los Vosgos. Pero a partir de 1914, en un mundo ya «finito» y ocupado, no cabía esta derivación y el antagonismo se convirtió en enfrentamiento directo y violento.

Cuando se admitía, antes de 1789, que los habitantes de una provincia, súbditos de un príncipe, pudieran pasar sin problemas de una soberanía a otra, incluso de religión distinta *(cujus regio, hijus religio)*, y cuando una guerra no ponía en juego pasiones religiosas, su objetivo—conquista o conservación de una provincia—podía estar bien delimitado y ser plenamente racional y la violencia limitada a una adquisición, que no debía costar más pérdidas hu-

manas o materiales de lo que valía. Ése fue el caso de las guerras de príncipes de los siglos XVII y XVIII. Como era el caso antes cuando las guerras tenían por objetivo la toma de esclavos.

Por el contrario, cuando a partir de 1789 el desarrollo del espíritu nacional y de las ideologías hizo que lo que se disputaba en una guerra ya no fuese solamente el cuerpo, sino el espíritu y el alma de una provincia, de una etnia, de un grupo confesional o ideológico, de una nación, entonces la lucha se hizo desesperada y la violencia fue extrema: a partir de 1792 se dieron casos de guerras totales y de genocidios.

La noción de lo que se disputa es, pues, capital, ya que la naturaleza y el nivel de lo que está en juego determinan el nivel de la violencia.

Existencia o no de un código de enfrentamiento

A esta noción de lo que se disputa va unida la existencia o no de un código de enfrentamiento.

En las guerras de príncipes del siglo XVIII, en las que objetivo y violencia eran limitados, existía un código de enfrentamiento que regulaba, como en una partida de ajedrez, el «juego de la guerra». Todos admitían, incluso los más valientes y los más celosos de su honor, que una fortaleza o un cuerpo del ejército, llegados a un cierto grado de inferioridad o de agotamiento y sin esperanzas de auxilio por parte de los suyos, podían rendirse con todos los honores de la guerra; que un ejército vencido no era pasado por las armas, que se podían

guardar o liberar prisioneros bajo palabra o se podían intercambiar; que los príncipes vencidos eran respetados y considerados «hermanos» o «primos» por los príncipes vencedores; que los generales derrotados eran simplemente objeto de burla; que la guerra se limitaba a la gente uniformada y que en ella no cabían francotiradores o civiles. Este código, de uso más que escrito, expresión de una sociedad internacional, reducía en extremo la violencia de los enfrentamientos.

Pero a partir de 1792, en que la guerra se hizo total, en que los generales vencidos podían ser juzgados y guillotinados, en que un gobernador de una fortaleza o el jefe de un cuerpo del ejército no pudieron rendirse sin ser acusados, como después de Bailén y de Soissons, de traición y de cobardía, en que los prisioneros fueron condenados a una muerte lenta en pontones, en que los jefes de Estados vencidos arriesgaban su honor y su cuello, entonces, ante esta ausencia de un código de enfrentamiento, la violencia se exasperó.

Rapidez y coste de la decisión

Está en función de las relaciones de las fuerzas —físicas, materiales y morales— de los dos campos y del mayor o menor vigor de la resistencia del partido vencido. Si uno de los dos campos tiene una superioridad notoria, la resistencia adversa podrá ser débil como en la guerra de los ducados de 1863, o en numerosas campañas coloniales, y la violencia de los combates será limitada, o incluso

nula, aunque luego pueda afirmarse en una ulterior coyuntura más favorable, como en Albania en 1939 y 1941.

Por el contrario, si las fuerzas humanas y materiales de los dos campos están más o menos equilibradas, la resistencia será vigorosa y la violencia sangrienta mayor y más prolongada. Este fenómeno recuerda al asedio de las plazas fuertes, desde la antigüedad hasta el siglo XVIII: si la resistencia de una plaza no costaba demasiado—en hombres y en tiempo—al asaltante, la fortaleza podía rendirse a cambio de un precio; por el contrario, si la resiscia había sido muy encarnizada, se saqueaba la plaza y se pasaba a cuchillo a sus defensores y habitantes.

Existe, pues, una relación entre la rapidez de la decisión, su coste y la violencia de los enfrentamientos.

El nivel de pérdidas aceptables

Está en función del valor de lo que se disputa, del coste de los combatientes, del precio de la vida y de la esperanza de vida, del temor o represalias que puedan causar pérdidas irreparables.

Cuando, como en el siglo XVIII, los combatientes son soldados de oficio o mercenarios extranjeros, en número limitado, costosos de conseguir, de formar y de sustituir, la guerra tiende a evitar batallas sangrientas y aleatorias, y a obtener la decisión por un juego prudente, calculado y económico, de maniobras y de asedios. Si, por el contrario, desde la

Revolución francesa, se trata de soldados de un ejército reclutado que se puede renovar por movilización en un país demográfica y técnicamente poderoso, la guerra tomará forma de enfrentamientos gigantescos, prolongados y sangrientos.

Por otra parte, en las sociedades en las que la esperanza de vida terrestre no va más allá de veinticinco años, en las que se sacraliza el heroísmo y en las que existe una esperanza de más allá, los hombres sienten la tentación de buscar en los combates, más allá de la muerte, una vida eterna.

Así se explica lo encarnizado de los combates en las leyendas escandinavas o germánicas *(Walhalla)*, en la guerra santa (paraíso de Alá), en las Cruzadas, en las guerras de la Revolución y del Imperio, en la guerra de Manchuria, en la que «había que matar tres veces» a los soldados japoneses.

Por el contrario, en los países en los que la esperanza de vida terrena pasa de los sesenta años, en los que no se sacraliza el heroísmo y en donde la esperanza en una vida eterna no es demasido fuerte, disminuye el atractivo de una muerte precoz en el campo de batalla y tiende a atenuarse la violencia.

Esto explica que cuando se enfrentan dos sociedades en las que el valor de la vida es muy distinto y en las que lo que se disputa es muy desigual, el grado de violencia no sea el mismo inicialmente en ambos campos: ése fue el caso de más de una guerra de descolonización (Kenya, Indochina).

Por otra parte, cuando la potencia demográfica movilizable de uno de los campos es muy inferior a la del otro, aun cuando los combatientes le den a la vida el mismo valor y sientan igual desprecio por la muerte que sus adversarios, ese Estado conce-

derá más valor a la vida de sus soldados si sus recursos son limitados y el nivel de pérdidas soportables será inferior. Este fenómeno, claro en las guerras de descolonización, es igualmente evidente en las guerras árabe-israelíes [55]. También interviene en la dialéctica de discusión de las grandes potencias [56].

Por último, hay que tener en cuenta el temor a las represalias y a las pérdidas inaceptables. Este temor ha actuado hasta el momento en la limitación del empleo de armas químicas (1915-1918) y en el no empleo de esas armas y de las armas biológicas (1939-1945). Mientras que el temor a las pérdidas inaceptables—megapérdidas—por armas nucleares ha actuado desde 1945 para evitar la escalada nuclear, localizar y limitar los conflictos armados.

La guerra mecanizada, en la que se pierde la noción de homicidio, no entra en la escala humana

Un último factor explica la evolución de la violencia entre 1740 y 1974. En el *combate antiguo* cuerpo a cuerpo, si bien las bajas durante el combate en sí eran relativamente limitadas, las que le sucedían en la violencia de la confusión eran considerables por la matanza de los enemigos vencidos y con las filas deshechas, el *coedes romano.*

[55] Durante la guerra del Yom Kippur (octubre de 1973), el tributo de sangre de los jóvenes israelíes fue proporcionalmente más elevado, en unos días, al ofrecido por los americanos durante los años de guerra en Vietnam.

[56] Ver la declaración de Mao Tsé-Tung, «elevando la subasta» a un nivel de 200 millones de pérdidas, prohibitivo para la U.R.S.S. y los EE. UU.

En el siglo XVIII, en razón de la relativa moderación de las guerras, del coste de los combatientes y de la potencia limitada del armamento, los combates cuerpo a cuerpo no suelen darse, las pérdidas durante el combate siguen siendo limitadas y la victoria en el campo de batalla no se continúa con la matanza de los enemigos vencidos. A imagen de la economía de la época, es el hombre, y no la máquina, el instrumento primero del combate. Durante la batalla, un hombre mata a poca distancia a un adversario cuya mirada puede ver, y con una sola bala de su fusil sólo puede matar a un hombre. Después necesita tiempo para volver a cargar el arma. Solamente el artillero, que dispara a simple vista a un enemigo al que ve, si no la mirada, sí la silueta, puede matar con una sola bala la cañón a toda una fila de varios adversarios. Y luego necesita tiempo para volver a cargar el cañón.

Este hecho importante de que haga falta un hombre para matar a otro al que ve morir no siempre limita la violencia del combate, pero sí limita con toda seguridad la violencia de las guerras y su poder de destrucción.

Desde 1914, y cada vez más, desaparece esa relación física y humana entre el hombre y aquel a quien mata o que le mata, la relación homicida. Como en la economía, es ahora la máquina, y no el hombre, la que produce y multiplica el efecto del acto. En el último eslabón de la cadena, un solo hombre—tirador de arma automática, de cañón, de proyectiles anticarros o de misiles, piloto de aviación [57]—puede, con solo un gesto, matar sin ver-

[57] Ver Jules ROY, *El valle feliz.*

los a miles de hombres, combatientes como él o civiles, e incluso con las armas A.B.C., a millones de hombres. Y esto transforma no solamente la táctica, más aún la guerra en su naturaleza biológica y sociológica y su repercusión en la conciencia humana.

Ya en el siglo XVI, Bayard y Talbot[58], al aparecer las armas de fuego y la artillería, habían presentido y expresado que la guerra, hasta entonces enfrentamiento directo y leal de caballeros, escapaba al hombre. Cuanto más en el siglo XX, con los avances de armas que con los megatones de las estrategias «anti-ciudades» pueden causar megapérdidas a miles de kilómetros.

El peligro estaría en sucumbir por fatalismo a este temor nuclear, como sucumbieron al terror mongol los habitantes de Samarkanda, que ofrecían pasivamente la cabeza a la espada de los caballeros de Gengis-Khan.

El peligro estaría en caer en el extremo opuesto y, por miedo a un apocalipsis nuclear, eventual, ponerse en estado de mínima resistencia ante otras agresiones más próximas y probables.

Semejante peligro acecha a las sociedades evolucionadas si se olvidan de permanecer física y moralmente fuertes para no atraer sobre sí el rayo de las guerras, para, por el contrario, conservar su capacidad de resistencia en caso de legítima defensa ante cualquier agresión.

Esos diversos factores—espacios libres, cuestión en juego, códigos de enfrentamiento, nivel de pérdidas, mecanización y grado de terror—explican la evolución de la intensidad de las guerras, entre

[58] Ver SCHILLER, *Juana de Arco.*

1740 y 1974, con sus dos máximas—a finales del siglo XVIII y a principios del XX—y su limitación, exceptuando los casos de matanzas y genocidios, a partir de 1945.

Esta variación de intensidad no es, pues, solamente un dato técnico, resultado de la evolución de los armamentos y un dato puramente militar. Es también el resultado de las variaciones de las estructuras y de las mentalidades sociales, un dato sociológico y polemológico.

Los cuatro círculos de la violencia en la guerra

Si el Infierno de Dante tiene nueve círculos, la violencia en la guerra parece tener cuatro que están en constante comunicación e interacción [59].

Partiendo del exterior hacia el interior encontramos, como en un teatro antiguo:

— el círculo de los espectadores, aumentado por los *mass media:* los Neutrales;
— el círculo de los Coros: las dos poblaciones en guerra;
— el círculo de los Actores: los combatientes de ambos campos;
— el círculo de los Muertos.

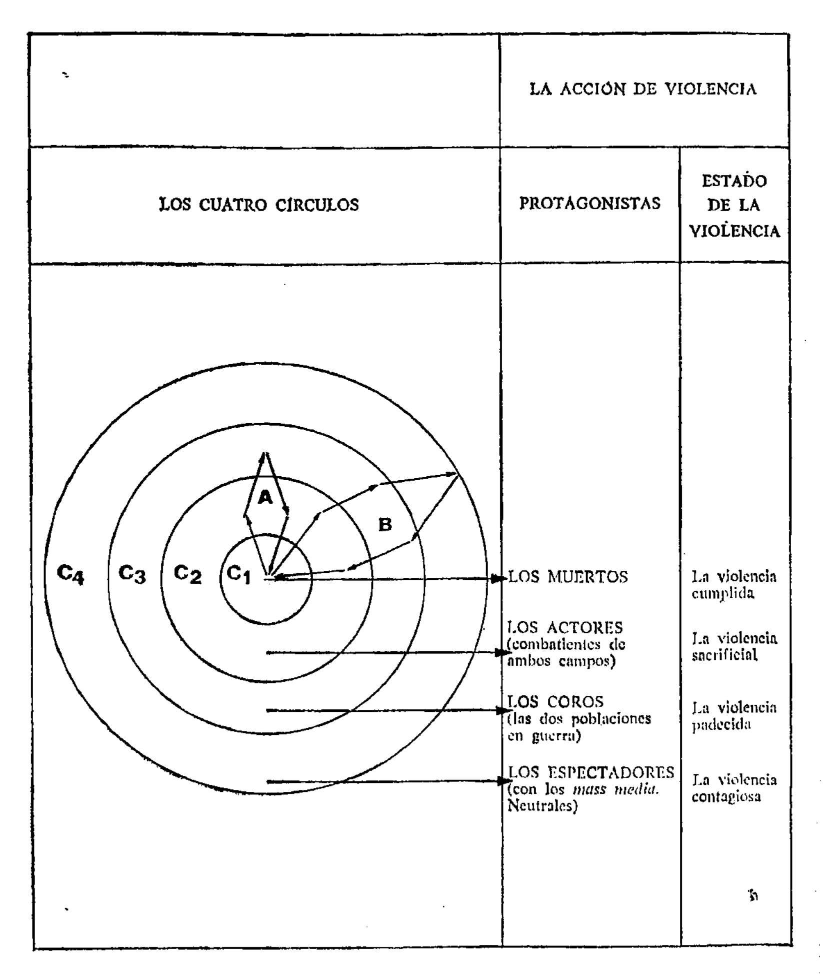
Cada uno de estos círculos contiene un estado de la violencia. Pero ésta es contagiosa:

— en el interior de los dos campos en guerra en donde la violencia de los Coros y la de los Ac-

[59] Ver tabla 6, pág. 152.

TABLA 6

LOS CUATRO CÍRCULOS DE LA VIOLENCIA EN LA GUERRA



	LA ACCIÓN DE VIOLENCIA	
LOS CUATRO CÍRCULOS	PROTAGONISTAS	ESTADO DE LA VIOLENCIA
	LOS MUERTOS	La violencia cumplida
	LOS ACTORES (combatientes de ambos campos)	La violencia sacrificial
	LOS COROS (las dos poblaciones en guerra)	La violencia padecida
	LOS ESPECTADORES (con los *mass media*. Neutrales)	La violencia contagiosa

Observaciones: Hay dos circuitos de inducción de la violencia:

1. En el interior de los dos campos en guerra, el circuito A.
2. Entre estos dos campos y los neutrales, el circuito B.

tores se dan la réplica y en donde parte de los Coros pasa a la escena de los combates (ej.: los ejércitos de la Defensa nacional en 1870);

— entre estos campos y los neutrales. Éstos, al contemplar el espectáculo de la violencia se pueden contagiar de ella hasta el punto de reunirse con el Coro de uno de los dos campos, e incluso pasar a la escena de los combates (ej., Estados Unidos en 1917).

4. El hecho nuclear

La violencia política tiene dos extremos:

— en el vértice, la violencia nuclear;
— en la base, la violencia del terrorismo.

En el transcurso del período considerado, la violencia nuclear, imposible antes de 1945, se manifestó por vez primera, en forma limitada, en agosto de 1945, en Hiroshima y Nagasaki.

A partir de entonces, en un mundo bajo la amenaza nuclear y el equilibrio del terror, no ha habido más que tentaciones nucleares (Corea e Indochina), un chantaje nuclear (Suez, 1956)[60] y dos crisis nucleares (Cuba, 1962; Suez, 1973).

La guerra nuclear, posible por cálculo, por desesperación, por error o por accidente, no ha tenido lugar; y si solamente dependiera de la voluntad y

[60] Ver Claude DELMAS, *Histoire politique de la bombe atomique,* Ed. Albin Michel, 1967.

del raciocinio, seguramente sería evitada lo más posible[61].

En estas condiciones, la guerra nuclear representa una incógnita. Aún no conocemos lo suficiente el fenómeno guerra. Tampoco sabemos lo que sería una guerra nuclear[62].

En efecto, el arma atómica sólo ha sido utilizada en una ocasión, en una situación muy particular, al término de la segunda guerra mundial, en agosto de 1945 en Hiroshima y Nagasaki. Había un monopolio absoluto, lo que hoy no sería el caso. La utilización ha sido más política que militar. Para los Estados Unidos se trataba de acelerar, por un acto de intimidación y de terror, casi un acto de disuasión, el final de una larga guerra que el Japón ya tenía perdida.

A causa de la estructura imperial del Japón, las dos bombas de Hiroshima y Nagasaki tuvieron un efecto inmediato y decisivo. Esta acción atómica limitada nos lleva un poco, a escala ciertamente apocalíptica, a la política del cañón del siglo XIX, o a algunas formas de guerra del siglo XVIII.

Cuenta el general Moncey en sus *Memorias* que teniendo que atacar hacia 1794 una fortaleza española, en el País Vasco, no conseguía tomarla. El gobernador le había dicho: «Si traéis un solo cañón, os entregaré la plaza.» Así se hizo, tras grandes esfuerzos, a través de la montaña y en pleno invierno.

Entonces, según las reglas del juego que prevale-

[61] Ver Raymond BOUSQUET, *Force et stratégie nucléaire du monde moderne*, Ed. Lavauzelle, 1974.

[62] Ver la prospectiva de la amenaza y la polemología, en *Forces aériennes françaises*, octubre 1969, núm. 262.

cían en la guerra «cortés» del siglo XVIII, pudo el gobernador, sin merma de su honor, entregar la plaza. Verdad es que existen considerables diferencias entre este hecho de armas e Hiroshima. Pero las dos primeras bombas atómicas iban dirigidas ante todo al emperador del Japón: para que la amenaza resultara creíble, la mera afirmación verbal de la existencia de un arma secreta, terrorífica y decisiva, seguramente no bastaba; había que demostrarla en la realidad, en su terrible eficacia, para que se creyera en su existencia y en su carácter decisivo.

La bomba de Hiroshima, con su aspecto apocalíptico, marcó la conciencia de la humanidad, pero fuera de ese rasgo fundamental, de la dimensión de su horror y de las consecuencias genéticas para la especie humana, emparentaba más bien con la política del cañón de las potencias occidentales del siglo XIX. Mientras que una nueva utilización eventual del arma atómica en situación bipolar o incluso multipolar—utilización evitada por un pelo en el conflicto de Cuba en octubre de 1962—presenta unas incógnitas de primera magnitud.

Primera incógnita: La capacidad de terror de las masas

Dijo Ardant du Picq que «el hombre solamente puede soportar cierta dosis de terror en el campo de batalla». Entonces, ¿cuál sería la capacidad de resistencia física y moral de los hombres de los dos o tres países que encajarían destrucciones atómicas

masivas? Sabemos sobradamente que la resistencia de un hombre y de un pueblo tiene una gran elasticidad, y Vietnam del Norte y Biafra son buena prueba de ello; pero eso no es óbice para que en un momento dado, un hombre o un grupo sólo puedan soportar cierta dosis de terror.

Segunda incógnita: La capacidad de dominio de quienes deciden

Todos los gobiernos, incluso en sus refugios antiatómicos, ¿tendrían los nervios tan templados como para soportar los 44 grados de la escala según Hermann Khan—grados en el sentido de grados de la tortura y de la angustia—? Las investigaciones y los estudios, los escenarios, en particular todos los imaginados por Hermann Khan en su libro *El año 2000,* los ejercicios de simulacros de conflictos, las prospectivas son ciertamente útiles, aunque su valor sea limitado. Ya sabemos que en la guerra clásica los ejercicios de salón—los *Kriegspiel*—, las experiencias en polígono, las grandes maniobras, no pueden sustituir a la realidad, no pueden aprehenderla, ya que faltan en ellas las bajas reales, el drama espantoso y apasionado de que hablaba Jomini, la presencia y la mentalidad del Otro, del Enemigo. Y cuando ese Otro es un asiático, o un africano, o un soviético, todos los razonamientos que pueda hacer un hombre occidental pueden chocar contra una incógnita: ¿cuál será, en la escalada nuclear, la reacción del Otro, de mentalidad distinta? Sabemos por las dos guerras mundiales, por la guerra de In-

dochina y la de Argelia, que la realidad siempre supera a la ficción y que jamás se presenta como se había imaginado. La guerra atómica es, pues, lo desconocido.

Se puede entonces estimar que a pesar de Hiroshima y de Nagasaki, disparos de advertencia aislados, la humanidad tiene, ante la confrontación nuclear, «como un complejo de virginidad» con todas las consecuencias que de ello pueden derivarse.

El impacto nuclear y las funciones de guerra

Podemos comprobar que la existencia del arma nuclear y el equilibrio del terror nuclear ya han logrado influir sobre las funciones de las guerras, en sentido en cierto modo positivo: dos de las funciones de la guerra, la función lúdica y la función especulativa, se encuentran bloqueadas. Porque la guerra es una actividad que se desarrolla en el tiempo y necesita cierto tiempo para cumplir sus funciones. Ahora bien, la guerra nuclear puede causar, en algunas horas, en algunos días, destrucciones mecánicas masivas y mortales en los Estados beligerantes, destrucciones cuya rapidez, amplitud y eficacia anulan dos de las funciones de las guerras clásicas. Ya no hay lugar ni esperanza para esta actividad guerrera humana, que era uno de los juegos sangrientos a los que acudían, como hemos visto, hombres y colectividades desbordantes de entusiasmo y de vitalidad. La función lúdica ha quedado bloqueada.

La guerra era así mismo la especulación y la esperanza de una victoria y de una ganancia superior a

los riesgos y a las pérdidas previsibles. Esta función de envite queda a su vez anulada, ya que una colectividad no se puede jugar la existencia a los dados, o a la «ruleta rusa», cuando en cada número hay un cartucho.

La guerra era igualmente una especulación: ninguno de los beligerantes quedaría tan debilitado como para estar a merced de una tercera potencia que interviniese, o de una sublevación interna. Actualmente, tras masivos intercambios nucleares, incluso la hiperpotencia menos destruida no puede tener la seguridad de no encontrarse a merced, bien de otra potencia, mediana o pequeña, que se hubiera mantenido al margen de la guerra nuclear, bien de un caos interno.

Por desgaste de la guerra de 1914-1918, Europa, arruinada y debilitada, terminó por sufrir una victoria 66 por 100 anglosajona. Una guerra nuclear podría acarrear un dominio político e ideológico de los beligerantes por un no beligerante.

Así pues, dos de las funciones habituales y naturales de la guerra se encuentran estancadas.

5. Lugar que ocupa el terrorismo

Si la guerra nuclear, desconocida, se encuentra en uno de los extremos de la cadena de la violencia, el terrorismo, conocido en sus manifestaciones menores actuales (microterrorismo), pero desconocido en sus manifestaciones mayores (macroterrorismo), se sitúa en el otro extremo.

El terrorismo no es un conflicto armado mayor,

pero puede ser la chispa que lo hace estallar: así el asesinato del archiduque Francisco-Fernando en Sarajevo en 1914 fue, si no la causa, sí el origen de la primera guerra mundial. Un análisis del terrorismo contemporáneo y de sus perspectivas se impone, pues, en un estudio completo de las guerras y de las revoluciones.

Al igual que la guerra y que la guerrilla, el terrorismo es un medio político, una manifestación de violencia colectiva, una fuerza. Es una fuerza limitada utilizada por un grupo político contra el poder o, en el caso del terrorismo de Estado, por un poder contra un grupo.

Ha existido en todas las épocas, en grado variable y bajo diversas formas, características de las sociedades—tiranicidio, regicidio, ejecuciones políticas—. Lejos queda el terrorismo de los *Justos* de Camus, que se preocupaban de no hacer daño al inocente. Hoy día ha tomado una dimensión mayor, formas modernas y extensión internacional. En 1968 representaba el 18 por 100 de las manifestaciones de violencia colectiva; en 1974, el 45 por 100.

La polemología estudia el terrorismo político, exceptuando el terrorismo de derecho común *(hold-up)*, como un fenómeno sociológico importante, sin juzgarlo desde un punto de vista político o moral: ni apalogía, ni anatema. Solamente una descripción y un intento de explicación.

Definición y formas del terrorismo

El terrorismo es un conjunto de acciones *indirectas* y *puntuales* que pretenden obtener un resultado

político por un efecto de terror. Desde un punto de vista político-estratégico, las acciones de terrorismo son acciones *secundarias* en función de una acción principal de la que son *preliminares* o *acompañamientos* (guerra revolucionaria).

Rara vez constituyen *la acción principal* o una *acción independiente.*

El terrorismo, a través de sus manifestaciones, sobre todo las más recientes, aparece como un arma indirecta al servicio de un fin político, materialmente poco poderosa, pero de efectos políticos y psicológicos a menudo considerables; un arma recurso del «materialmente débil» que echa mano de ella, en actos puntuales desesperados, a falta de otra mejor.

Se caracteriza por la desproporción entre su fuerza y sus resultados materiales, que son débiles, y su enorme resonancia. Resonancia que se ve favorecida por los *mass media*—los millones de telespectadores—que por otra parte favorecen su *contagiosidad.* La noción de lo *que se persigue* es capital e incluye siempre una serie de *credibilidades.*

Resultaría interesante saber si el terrorismo político moderno procede del terrorismo de derecho común—secuestros, asaltos con toma de rehenes—. Parece ser que sí. Hay diversas *formas* de terrorismo; podemos clasificarlas siguiendo cuatro criterios:

— el carácter más o menos indirecto de la acción de terrorismo, la distancia mayor o menor entre el autor y el objetivo, a través de un punto de aplicación intermedio: *las vías del terrorismo.* Intervienen aquí las nociones de *transferencia* y de *rehenes;*

— la distancia entre el ejecutor y el punto de aplicación, *los medios materiales del terrorismo.* Combatir de lejos es natural en el hombre, decía ya Ardant du Picq en 1870;
— el grado de desproporción entre, por una parte, la fuerza de la acción y sus resultados materiales, que son débiles, y, por otra parte, los efectos, que pueden ser considerables, los *objetivos del terrorismo;*
— el carácter más o menos oculto y más o menos organizado de las acciones de terrorismo: los *agentes* del terrorismo. Una acción de terrorismo puede ser reivindicada o rechazada por las organizaciones oficiales, sin que pueda saberse con exactitud quién es el responsable.

Vías, medios, objetivos y agentes son los cuatro principales criterios del terrorismo.

Algunos ejemplos de acciones terroristas

Como mejor se pueden identificar y clasificar las acciones terroristas es estudiándolas a la luz de estos cuatro criterios y de sus combinaciones:

1. El asesinato político del rey Alejandro de Yugoslavia en Marsella, en 1934: terrorismo directo, inmediato, de efectos políticos considerables.
2. El asesinato político en París, el 3 de diciembre de 1972, de un representante de la Organización de Liberación de Palestina, al ha-

cer explosión su teléfono, en el que se había colocado una bomba activada a distancia. Terrorismo directo, a distancia y diferido, de efectos políticos limitados.

3. El drama de los Juegos Olímpicos de Munich, en septiembre de 1972, que puso en juego tres credibilidades: la de la resolución palestina, la de la determinación israelí, la de la soberanía alemana. Terrorismo directo, inmediato y diferido, de resonancia mundial.
4. Desvío, por terrorismo, por encima de un espacio extranjero, de un avión extranjero, y la toma de rehenes neutrales para ejercer un chantaje político—petición de liberación de otros terroristas—. Terrorismo indirecto, seguido de efectos políticos que pueden ser considerables.

Los contextos del terrorismo

La acción terrorista rara vez es un acto aislado. Se inscribe dentro de un *encadenamiento terrorismo/contra-terrorismo* o *represión/terrorismo,* pues el terrorismo provoca el contra-terrorismo o la represión. Se inscribe igualmente en el *contexto político del momento y en el contexto de la guerra revolucionaria,* «arma del pobre» en donde nada puede el cañón contra la sutileza de la coraza adversa. Puesto que el terrorismo persigue un fin político y se ejerce en general como sustituto—a veces sin complemento—de acciones militares—operaciones, guerrillas—imposibles, es normal que su curva siga de cerca a la de las

fluctuaciones de la guerra y de la paz. En particular cuando las operaciones militares son intensas o cuando las negociaciones abiertas parecen insuficientes, el terrorismo, al menos las tendencias mayoritarias, ya que no las fracciones extremistas, tiende a debilitarse.

Características del terrorismo moderno

Ya no hay espacios preservados, «santuarios», ni personas no afectadas. El terrorismo actual se caracteriza por:

— su extensión y su constante novación;
— su mundialización;
— su globalización;
— su carácter total;
— su creciente tecnicidad, moderna y elaborada (electrónica, misiles...).

El carácter más significativo de la época actual es la *mundialización* del terrorismo.

Ya en la guerra moderna, total desde 1939 con los progresos de la aviación (alcance, potencia), de los proyectiles y los tanques, ya no había espacios adversos preservados y los civiles del Estado enemigo eran considerados objetivos, lo mismo que los militares. Los raids de terror sobre Coventry, Dresde y las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki demuestran este agravamiento de la guerra.

Sin embargo, la guerra aún consideraba que había

espacios preservados y que los naturales de países neutrales no debían ser tomados, en su territorio, como objetivos. Incluso la guerra submarina a ultranza procuraba no atacar más que barcos susceptibles de brindar apoyo a la guerra adversa.

El terrorismo moderno aporta una nueva *escalada* de la violencia. *Para algunos grupos terroristas ya no existe «neutrales» ni «personas no implicadas».* En primer lugar, todo natural de un país se considera ahora como solidario de ese Estado y responsable junto con él. Si el Estado mantiene una política desfavorable a la causa defendida por los terroristas, todo natural de ese Estado—mujeres y niños incluidos—podrá ser blanco válido para los terroristas.

Los grupos terroristas van incluso más allá y consideran que, ante la injusticia política que según ellos sufren, ningún Estado y ningún hombre puede permanecer neutral. «Aquel que no está activamente con ellos, está contra ellos», y puede ser blanco o rehén suyo. Será éste un medio de hacer presión sobre la política de las naciones, hacer que los Estados hostiles sean neutrales, y que los neutrales sean simpatizantes. Este terrorismo no es ciego, es absoluto.

Esta escalada es significativa y grave, porque desemboca en la mundialización de la menor injusticia local y en un maniqueísmo total.

Por otra parte, el terrorismo representa una *atomización de la violencia* bloqueada en sus direcciones habituales por la hipoteca nuclear.

Posible evolución del terrorismo

El porvenir del terrorismo dependerá de varios factores:

— la evolución más o menos pacífica de los conflictos violentos a los que va unido;
— las resistencias que se opongan al terrorismo, en el interior de los Estados y en el orden internacional;
— la evolución de la conciencia universal.

En su discurso en la ceremonia de clausura del Coloquio internacional «Biología y devenir del hombre» (París, 18-24 de septiembre de 1974), el presidente Valéry Giscard d'Estaing, al denunciar la mundialización de la violencia—la violencia física del terrorismo y la violencia económica—, hacía un llamamiento a la mundialización del pensamiento para, «en un mundo ya solidario, inventar una moral de la especie».

En función de esos factores, se pueden prever varias hipótesis de evolución del terrorismo, que van de la más peligrosa a la menos peligrosa:

— la menos peligrosa es una regresión importante e incluso una casi total desaparición del terrorismo, que prácticamente ya había desaparecido durante algunos siglos;
— la más peligrosa es el *terrorismo nuclear,* que puede tomar dos formas graves:

    — *terrorismo de provocación:* una acción terrorista nuclear podría, como el atentado de Sa-

ravejo de 1914, desencadenar una guerra nuclear mundial;

— *terrorismo de aniquilación:* no vemos por qué un hombre de mañana, pensando ser víctima de una injusticia política o incluso privada, no haría responsable de ello—por complejo de Chivo expiatorio—a toda la humanidad y no intentaría destruir de una vez para siempre nuestro planeta. Y quizá este peligro sea aún más temible que el de una guerra nuclear, en la que interviene y puede servir de freno un sentido de responsabilidad.

Entre estas dos posibilidades extremas, existen posibilidades intermedias de *limitación del terrorismo.*

Cada Estado, en lo que a él respecta, y la sociedad internacional—ya que el problema trasciende ahora al Estado—está en la obligación de:

— sobre todo prevenir el peligro más grave, el terrorismo nuclear (controlando sin error posible las armas nucleares, las materias fisibles, los residuos radioactivos);
— favorecer la mejor hipótesis, la desaparición del terrorismo;
— realizar las hipótesis intermedias, la limitación del terrorismo.

Como el terrorismo está constantemente renovándose y posee una tecnicidad creciente (electrónica, aeronaves, misiles), si los Estados y la sociedad internacional no hacen más que parar los golpes y defenderse con medidas puntuales y parciales, quedarán constantemente a la zaga. Estar solamente a la defensiva no ha sido nunca una buena solución.

Lo que hace falta es, por una acción política a la vez interna e internacional:

— conseguir una toma de conciencia del problema del terrorismo;
— adoptar medidas preventivas, medidas defensivas, pero sobre todo, *medidas estructurales, actuando sobre las estructuras de las que nace y renace sin cesar el terrorismo.*

Las estructuras son las que engendran la agresividad colectiva, el miedo, la angustia y la *desesperación* y, por lo mismo, la violencia de los grupos pequeños. Es, pues, *esperanza* lo que hay que infundir, actuando sobre las estructuras a medio y a largo plazo.

Ocurre con el terrorismo, forma menor de la violencia, como con la guerra extranjera o civil, forma extrema de la violencia. Hay que ver bien las estructuras sobre las que nace esa violencia y actuar sobre ellas, para que engendren la paz y no la guerra. También es necesario, y esto es de la mayor importancia, encontrar los sustitutos no violentos capaces de cumplir la misma función que la violencia y que el terrorismo en particular; pues para la polemología, sólo se puede suprimir o reducir lo que se reemplaza.

6. La descolonización, choque de rechazo de la colonización

En el transcurso del análisis, hemos destacado que la colonización-descolonización había sido el contexto más frecuente (33 por 100 de los casos)

de los conflictos del período 1740-1974, incluso teniendo en cuenta solamente los casos de colonización-descolonización de territorios situados en continentes que no sean Europa y en lucha contra una potencia colonial europea. De este modo, aunque se les haya aplicado en ocasiones el término de colonización, se han considerado expansiones continentales, y no coloniales, las conquistas turcas de los Balkanes más allá del Bósforo y los Dardanelos, las de Turquía y de Egipto a través del estrecho de Suez y del Mar Rojo, las conquistas intraeuropeas germánicas hacia el este de Europa y rusas hasta el Cáucaso y el Ural. Viceversa, las guerras de independencia balkánicas no se han clasificado en la categoría de guerras de descolonización. Hemos reservado, convencionalmente, el término colonización a la expansión territorial europea en los países de ultramar, poblados por otras razas o etnias, y el de descolonización a la emancipación de esos territorios, excluyendo por lo mismo los dos casos particulares que constituyen el Imperio euroasiático ruso con continuidad geográfica, y el reciente Imperio americano.

En esta acepción, la colonización-descolonización de este período se inscribe en un ciclo más amplio que, empezando en 1415 con la toma de Ceuta por los portugueses y aún no terminado en 1974, comprende dos fases inversas:

— una expansión europea, con sus cuatro simultáneos o sucesivos, según los casos: colonización militar, política, económica, cultural;
— un reflujo, la descolonización, también con sus cuatro aspectos, simultáneos o sucesivos: des-

colonización militar, política, económica, cultural.

Estas dos fases, cuya amplitud y duración conviene conocer, se entrelazan y encabalgan, puesto que la primera descolonización de ultramar, la guerra de Independencia de Estados Unidos empieza (1776) y la de América latina termina (1828) cuando la colonización europea está lejos de haber alcanzado su apogeo.

Se puede considerar que esta fase de colonización termina en 1937 con la efímera conquista de Etiopía, y que el gran período de descolonización política —por las buenas o por las malas—anunciada por un sinfín de levantamientos locales, sobre todo después de la primera guerra mundial, estalla en 1947 con la independencia de las Indias y concluye en 1962, final de la guerra de Argelia e independencia de la mayor parte de los territorios africanos.

Pero como veremos más adelante, la descolonización está aún lejos de haber producido todos sus efectos, sobre todo en los ámbitos económico y cultural.

De los ocho grandes Imperios coloniales europeos de ultramar—Portugal, España, Holanda, Inglaterra, Francia, Turquía, Alemania, Italia—subsisten en el año 1974:

— de los tres últimos—Turquía, Alemania, Italia—, ningún vestigio;
— de los otros cuatro—España, Holanda, Inglaterra, Francia—, algunos territorios insulares, peninsulares o litorales;
— del primero, Portugal—exceptuando Timor y Ma-

cao—, tres territorios en África, de los cuales uno, Guinea-Bissau, al término de una guerra de liberación, acaba de obtener la independencia por el acuerdo de Argel del 26 de agosto de 1974, y los otros dos, Angola y Mozambique, han visto al fin reconocida su independencia.

El último gran imperio colonial, el portugués, fue también el primero en constituirse, hace cinco siglos. Y la descolonización de los imperios europeos ultramarinos se ha visto favorecida por los tres grandes imperios continentales—Estados Unidos, Rusia, China—, que tenían un triple carácter en común[63]:

— el haberse liberado los primeros de una colonización extranjera: los Estados Unidos y Rusia en el siglo XVIII, China en 1945;
— el ir unidos a una revolución: Revolución política americana de la Declaración de los Derechos en 1776; Revolución rusa de 1917; Revolución china de 1911-1949;
— no tener el inconveniente de una discontinuidad. En efecto, fue esa discontinuidad territorial de ultramar la que hizo que la conquista fuera a la vez difícil y lenta, la simbiosis trabajosa y la separación fatal. Cuando un Estado no constituye un todo continuo, sino que se compone de tierras geográficamente separadas, la ósmosis de los hombres, de los recursos, de las mentalidades no llega a establecerse y el alejamiento, con el tiempo, acentúa los particularismos y las disidencias:

[63] Aparte de su extensión—los tres tienen más de 9 millones de kilómetros cuadrados—y de su densidad demográfica—los tres tienen más de 200 millones de habitantes.

la secesión de Bangladesh en 1971 es un ejemplo reciente.

1962, fecha de la independencia de Argelia, marcaría pues en geopolítica una revolución parecida a la de Copérnico y Galileo en la concepción del universo. Hasta el Renacimiento, los Estados más desarrollados—Oriente, Grecia, Roma, Europa y China—creían que el Sol giraba en torno a la Tierra, centro del universo, y que ellos mismos eran el centro del mundo. Después de Copérnico, hubo que reconocer que el Sol, y no la Tierra, era el centro del universo, pero los Estados más desarrollados siguieron considerándose el centro del mundo.

Así, durante la época colonial, Europa, la parte más desarrollada del mundo, si no en el orden de la civilización, al menos sí en el de la técnica, tenía la conciencia y el poder de constituir el centro de la Tierra y los demás continentes no serían sino satélites de ella. A partir de 1945, tras «el reparto del mundo» en Yalta [64], y sobre todo a partir de 1955 con la aparición del Tercer Mundo en Bandung, Europa, arruinada por sus dos grandes guerras civiles, no es ya el centro del mundo, que se le escapa ahora. Y para ella, de quien todo dependía antaño, 1973 marca su relativa dependencia. Después de la crisis de la conciencia europea del siglo XVI, ahora tiene que afrontar una nueva crisis.

Entre 1415 y 1962, y sobre todo durante el período estudiado, 1740-1974, ha ocurrido, pues, como

[64] El «reparto» del mundo en Yalta en 1945, por primacía política y militar de los EE. UU. y de la U.R.S.S., es la moderna réplica del reparto del mundo en Tordesillas (1492) entre España y Portugal, por primacía religiosa y marítima.

una inversión de las corrientes. En la primera fase, de colonización, Europa, mundo blanco septentrional, constituía una *zona de altas presiones* por su juventud política, su demografía, su potencia energética, su riqueza en materias primas exploradas, su capacidad técnica, sus armamentos, sus fuerzas psíquicas y pasionales. Mientras que en todos estos terrenos el resto del mundo—los demás continentes—con espacios poco poblados, mal explotados, demasiado extensos para las técnicas de entonces y sometidos a reveses climáticos y biológicos, constituían, por el contrario, una *zona de bajas presiones*. A consecuencia de ello, como en un flujo de monzón, se establecía, partiendo de Europa hacia los demás continentes, una corriente de hombres, de productos elaborados, de culturas, de influencias y de conquistas. La estructura del mundo, a partir de su centro europeo, se encontraba polarizada en las direcciones norte-sur y hacia el este asiático y el oeste amerindio.

Pero en la segunda fase—descolonización—, la diferencia de presiones entre Europa y los demás continentes ha decrecido, primero de forma progresiva, luego bruscamente a partir de 1918 y 1945.

Y los tres continentes que rodean Europa, al oeste, al este y al sur, tienden a convertirse a su vez en *zonas de altas presiones* por su juventud política, su independencia, su demografía, su nuevo dominio del espacio y de los factores climáticos y biológicos, su potencia energética (petróleo), su riqueza en materias primas descubiertas, sus fuerzas psíquicas y pasionales. Mientras que Europa, arruinada por sus dos grandes guerras civiles, aunque sigue siendo una zona de altas presiones tecnológica e industrialmente,

tiende a convertirse en una *zona de bajas presiones*, demográfica e incluso ideológicamente.

A consecuencia de ello, como en un flujo de monzón invertido, tiende a establecerse con dirección a Europa una corriente de hombres, de productos, de culturas y de influencias: el afluir de trabajadores inmigrados puede interpretarse como un síntoma de esta nueva situación [65].

La estructura del mundo tiende a polarizarse en dirección sur-norte y este-oeste. Europa recibe el golpe de rechazo de la colonización. La sociedad mundial se encuentra rejuvenecida, como lo demuestra la pirámide de edades de los Estados pertenecientes a la O.N.U. Se tiende a establecer un nuevo equilibrio, pero no resulta fácil. En efecto, cuando dos grupos de países—los del Norte y los del Sur—tienen bazas demasiado distintas y demasiado desproporcionadas, el terreno de los intercambios se estrecha, creándose entre ellos una situación de conflicto. Actualmente podemos verlo comprobando que no resulta fácil el intercambio, por ejemplo, de petróleo, de moneda, de tecnología.

Duración de la descolonización

La colonización es ciertamente un intercambio colonizador-colonizado [66], pero en términos desiguales,

[65] Este afluir es la réplica de las emigraciones europeas del siglo XIX y puede, como ellas, cesar cuando los Estados jóvenes hayan implantado en el territorio empleos para su mano de obra.

[66] Estos términos de colonizador y colonizado están tomados a nivel colectivo y político de los Estados y de los gru-

ya que están marcados por el predominio del colonizador. Verdad es que el colonizador es sensible a influencias por parte del colonizado, pero es principalmente este último el que cambia. La colonización se emprende cuando comienzan los contactos, las toma de posición territorial, los traslados de soberanía, las ventajas económicas, las influencias culturales, y se desarrolla a través de una larga *impregnación* en estos distintos campos: territorial, militar, político y cultural, lingüístico. Al final, tras decenios y siglos de colonización, se establece un dominio que puede dar lugar a diferentes estados: unas veces es una mera sujeción de hecho, pasiva u hostil, otras se desarrolla en una asociación desigual, otras realiza una asimilación. Todo depende de las diferencias de toda clase que separaban a colonizador y colonizado, de las relaciones que se establecen ahora entre ellos, del entorno geopolítico en que evolucionan.

La colonización no se cierra entonces en el momento en que un acto jurídico (ley o tratado) o un estado de hecho la establece, sino que continúa produciendo sus efectos a lo largo de los años y de los decenios siguientes.

Así mismo, tampoco se cierra la descolonización en el momento en que lo establece un acto jurídico

pos coexistentes, y no a nivel de los individuos, en donde se plantean de modo distinto los fenómenos de intercambio y de asimilación, en un sentido o en otro.

Hay también otro fenómeno de colonización, la cristianización, obra de misioneros dedicados a la conquista de almas, que puede ser duradera. Asistiremos, sin embargo, a una ulterior sustitución del clero blanco por un clero autóctono, concesión importante y normal hecha a la descolonización, si no de las creencias, al menos de las personas. Y en ocasiones a cierto retroceso de la cristianización, acusada de colonización.

(ley o acuerdo) o un estado de hecho. No hace entonces sino comenzar y puede durar mucho tiempo antes de que se establezca libremente entre las dos partes una auténtica independencia o una interdependencia contractual; ya que si la descolonización política y territorial se adquiere rápidamente, la experiencia nos demuestra que las descolonizaciones militar, económica, cultural y sobre todo lingüística tardan mucho más en establecerse antes de que un estado y un sentimiento de paridad vengan a sustituir a los de dependencia.

Las naciones europeas colonizadoras no deben sorprenderse por ello, pues ellas mismas siguen, en cierto modo, marcadas por las colonizaciones a través de las cuales han ido naciendo. Basta con ver cómo Alemania, entre 1870 y 1945, puso todo su empeño en borrar las huellas de la colonización romana y en afirmar su personalidad original, reprochándole a Francia en ocasiones su adhesión a la latinidad [67]. Y, en menor escala, Francia también procuró encontrar su originalidad, con Camille Jullian y más recientemente con su entusiasmo por Astérix.

A consecuencia de la impregnación en la larga duración que representa la colonización, la descolonización es también un fenómeno de larga duración, pues en la carne y en las mentes de los pueblos las marcas y las cicatrices del pasado son muy profundas; y menos mal para la paz cuando los nuevos ciudadanos, igualmente conscientes de lo que su pasado común tiene de positivo, pueden dominarse y no recurrir a ajustes de cuentas o a revanchas.

[67] Ver el libro de SIEBURG, *Dieu, est-il Français?,* 1930, y la exaltación de la resistencia de Arminius.

Hemos visto el caso de los pueblos de ultramar que, por las buenas o por las malas, se han despegado de las metrópolis europeas: al término de una colonización larga o profunda emprenden una larga descolonización, manteniendo con frecuencia relaciones privilegiadas y a veces amistosas con su antigua metrópoli.

Pero junto a ellos existen allende los mares tierras y grupos humanos que han conocido una evolución diferente: los lazos del pasado y del afecto, las condiciones históricas y geopolíticas han sido tales que forman parte integrante de una comunidad nacional. Son territorios por lo general insulares o unidos a una costa, pequeños en extensión y población, sometidos a tendencias internas y presiones externas complejas.

No sería realista ignorar la existencia de esas tensiones, la originalidad de esos grupos humanos, y olvidar cuán sensibles los hace la discontinuidad territorial, de cuya fuerza ya hemos hablado. Si los vínculos entre esas «islas» y la nación en la que se integran evolucionan pacíficamente, la paz mundial no se resentirá; pero si esa evolución no se lleva a cabo de forma armoniosa, pueden, por el hecho mismo de su aislamiento, de su discontinuidad territorial, de su peso débil, convertirse en lugares de discordia y de enfrentamientos.

El caso de cada una de ellas es particular y diverso por enfrentarse las fuerzas de la geografía y de la historia, los determinismos y las alternativas. No le incumbe a la polemología decir cuál es, para cada una, el mejor porvenir deseable y posible; pero sí tiene el deber de subrayar, a la luz de estos «dos

siglos de guerras y de revoluciones», que cada una —y la lista de ellas es larga—constituye un punto sensible de la paz.

Caso particular del Imperio otomano

En la dislocación de los imperios, el Imperio otomano constituye un caso aparte: no es un Imperio colonial de ultramar, sino un Imperio tricontinental de continuidad geográfica, centrado en un promontorio de Asia y desbordando al norte sobre Europa y al sur sobre África.

De 1740 a 1918, 33 conflictos armados mayores, es decir, el 9 por 100, están vinculados con la dislocación de este Imperio: el primero, la guerra rusoturca de 1768-1774, terminada por el tratado de Kainardji; el último, la primera guerra mundial, concluido por el estallido de este Imperio y por el acto político de Kemal Ataturk, que rompía con un pasado expansionista y de proselitismo para fundar el nuevo Estado turco sobre bases laicas y étnicas.

Pero de 1918 a 1974, otros 21 conflictos armados mayores, es decir, el 6 por 100, están vinculados con la sucesión de este Imperio otomano. Tras la colonización-descolonización de ultramar, que representa en total 119 casos, es decir, el 33 por 100, es pues el fenómeno histórico «Imperio otomano» el que, por su posición crítica en la unión de tres continentes, origina el mayor número de enfrentamientos violentos del período 1740-1974.

Los grandes imperios no se tambalean y se vienen abajo impunemente.

7. Bases de la potencia mundial

La potencia de los Estados y su peso en el mundo se asienta sobre bases diferentes según las técnicas y las mentalidades dominantes de la época.

A fines del siglo XVIII, esas técnicas eran: un armamento débil cuyo alcance era de unos cientos de metros, una fortificación que aseguraba una cierta duración de la resistencia, el caballo y la navegación a vela, que eran lo bastante rápidos para socorrer a las plazas fuertes, puntos de apoyo del poderío. Las mentalidades hacían que la política y la guerra fueran cosa de los príncipes y no de los pueblos, cuya actividad agrícola, manufacturera y mercantil contribuía al mantenimiento de los soldados de profesión, de los pequeños ejércitos de nobles, de mercenarios. A falta de un sentimiento nacional[68], una tierra, un lugar, una provincia, podían cambiar de dueño fácilmente. De este modo, Prusia podía extenderse hasta Clèves y Juliers, Austria hasta los Países Bajos, Francia hasta Pignerol y Landau, Turquía hasta el Danubio, Inglaterra hasta El Cabo.

En estas condiciones, la potencia mundial de un Estado podía ser *discontinua:* un territorio central bien dirigido, enclaves en tierras extranjeras, fortalezas, cabezas de puente del otro lado de montañas y ríos para poder acceder rápidamente a esos enclaves, puntos de apoyo fortificados en las costas de los demás contienentes; esta estrategia de las posiciones ocupadas era, a escala de Europa y del mun-

[68] A pesar de los brotes de un sentimiento nacional, en particular, en lo que hace a Francia, con ocasión de las batallas de Bouvines, Nájera (Du Guesclin), Denain, Fontenoy.

do, el equivalente a la estrategia de fortalezas a la Vauban a escala de Francia.

Las técnicas y las mentalidades de este siglo xx que termina han sufrido, como hemos visto, tales cambios que, desde 1945, las bases de la potencia mundial se han alterado. Ésta, que ahora está hecha de *continuidad*, y no de discontinuidad, reposa sobre:

— una gran extensión en superficie, en numerosos meridianos y paralelos del globo, lo que asegura a un tiempo profundidad y dispersión, variedad y abundancia de recursos agrícolas y mineros, existentes o en potencia, capacidades de adaptación a climas muy diversos. Cinco millones de kilómetros cuadrados constituyen una buena base geográfica, superficie continua para asegurar una buena circulación y cohesión;
— una población bastante numerosa que revalorice ese territorio y que permita el envío al extranjero de numerosos tecnócratas y técnicos, soportes de la influencia económica y política. Cien millones de habitantes es el mínimo; pero mejor 200 ó 300 millones;
— una fuerte homogeneidad étnica, o cultural e ideológica—las tres a ser posible—para cimentar la unión de esta población en un espacio tan extenso y fundar un buen «consenso» nacional;
— cierta autonomía económica, gracias a la riqueza y diversidad de sus recursos;
— un gran potencial tecnológico y capacidad técnica;
— una penetración en el extranjero, técnica, económica e ideológica, lo más visible que sea posible;

— una aviación y una marina, comerciales y militares, para mantener las relaciones y apoyos necesarios entre el Imperio y sus zonas de influencia;
— una potencia nuclear, militar y pacífica;
— un espíritu nacional, una voluntad de existir, de afirmar, de defender y de irradiar su existencia.

* * *

Pocos Estados—Estados Unidos, U.R.S.S., China—tienen casi todas las bases de la potencia mundial. Varios (Canadá, Australia, Japón) sólo tienen algunas, pero les faltan evidentemente las demás.

¡Cuánto ha cambiado el peso relativo de los diferentes continentes desde 1740! En 1789, sólo siete Estados poseían las bases suficientes de la potencia mundial: cuatro de Europa occidental—España, Inglaterra, Francia, Austria—y tres exteriores—Rusia, Imperio otomano, China—. En 1939, sólo tres Estados de Europa occidental—Inglaterra, Francia, Alemania—y cuatro exteriores—Rusia, Estados Unidos, Japón, China—. En 1974, ningún Estado de Europa occidental, tomado aisladamente, dispone de bases suficientes para ser una potencia mundial, bases que poseen, por el contrario, en grado distinto, Estados de otros continentes—América, Asia—o que están a caballo entre dos continentes—Rusia de Europa y Asia—. Por ahora, ningún Estado africano cuenta con bases suficientes para acceder a esta potencia, aunque dos Estados—Nigeria: 55 millones de habitantes y 923.000 km², y Zaire: 12 millones de habitantes y 2.345.000 km²—tienen bazas importantes.

Los conflictos armados violentos de 1740 a 1974

han hecho evolucionar no sólo las relaciones de potencia entre Estados, sino también las relaciones entre Estados y organizaciones internacionales.

De 1740 a 1974, sólo las alianzas y las coaliciones temporales se superponían a los Estados, y sólo a la hora de hacer la guerra. Los grandes cataclismos europeos de 1789-1815, 1914-1918 y 1939-1945 han dado lugar a organizaciones internacionales más duraderas, concebidas para impedir la vuelta de la guerra y para fundar un orden internacional:

— en 1815, la Santa Alianza de los reyes, no institucionalizada;
— en 1919, la Sociedad de las Naciones (S.D.N.), dotada de una organización;
— en 1945, la Organización de las Naciones Unidas (O.N.U.), más fuertemente organizada y con ciertos poderes.

Estas tres organizaciones han contribuido, de distinta forma y en distinto grado, a añadir peso al de los Estados al actuar por mediaciones, por sanciones (S.D.N. contra Italia), por intervenciones militares (la Santa Alianza en varias ocasiones contra movimientos liberales y nacionales; la O.N.U. por las fuerzas de la O.N.U. en Corea en 1950 y en el Congo, y por contingentes que garantizasen el «alto el fuego» en Chipre, el Sinaí y el Golán).

En una sociedad de los Estados, laica y mundial, estas organizaciones han venido a sustituir al papado en el papel que éste había ejercido en la cristiandad y en provecho propio desde el año 800 hasta la batalla de Lepanto (1571) y el sitio de Viena (1683). Este papel, especialmente activo en la Edad Media,

cuando las Cruzadas y 1494 cuando el papado, por el acto de Tordesillas, corroboró el reparto del mundo entre España y Portugal, había de desaparecer con la Reforma, el declinar del poder pontificio y la laicización de los Estados.

Desde 1945, interviene un nuevo fenómeno: distintas de la organización internacional (O.N.U.), se han constituido unas organizaciones regionales con vocación política, apoyadas por fuerzas militares puestas o mantenidas a su disposición por los Estados miembros: Organización del Tratado del Atlántico Norte (O.T.A.N.), Pacto de Varsovia, Liga árabe.

Así, en las tres fases de la potencia—estatal, regional, mundial—las guerras y sus consecuencias han desarrollado, sobre todo a partir de 1945, unas formas de organización y unas relaciones de fuerzas originales.

Dominio del espacio, pero no del tiempo

Si bien la potencia de las técnicas modernas ha permitido, en gran medida, un mejor dominio del espacio y de las masas, el dominio del tiempo se les escapa de las manos a los Estados y a los gobiernos, ya que la mundialización y la globalización de los problemas, la profundidad de las mutaciones, así como la rapidez y la amplitud de los acontecimientos y de sus interacciones, les colocan ante situaciones de crisis más repentinas y más difíciles de dominar que antes. Con la lentitud de los desplazamientos de la columna Marchand a través del Bahr-el-Ghazal, y de

Kitchener a lo largo del Nilo, resultó relativamente fácil evitar en Fachoda, en septiembre de 1898, un enfrentamiento que hubiera podido degenerar en guerra. Pero en Corea en 1950, en Blangadesh en marzo de 1971, en Chipre en 1974, los acontecimientos se precipitaron y la guerra no se pudo evitar.

Consolidación del poder del ejecutivo

Hasta 1939, el ritmo de los acontecimientos y el carácter procesional de los pasos del universo de la guerra, y viceversa, daban a los Parlamentos elegidos tiempo y posibilidad de comprometer a su país por una solemne declaración de la guerra y por una ratificación oficial de los tratados de paz. Pero desde 1940 ya no hay ni declaraciones de guerra ni tratados de paz [69].

Sería ya ésta una razón para que los Parlamentos perdieran su poder en materia de paz y de guerra. Pero el hecho nuclear constituye la principal causa de su pérdida de importancia. Un Estado dispone de menos de una hora para hacer frente a un ataque nuclear, y éste sólo se puede intentar si es por sorpresa, pues de no ser así se le adelantaría una «contrapreparación» nuclear del adversario. Por otra parte, la gravedad política y moral de una decisión de ataque atómico es tal que no parece que la pueda asumir un jefe político plenamente responsable, investido por su pueblo de una soberanía legítima indiscutible y contando por lo mismo con una «credibilidad» total.

[69] Ver C.-L. SULZBERGER, *L'ère de la médiocrité,* Ed. Albin Michel, 1974.

Esta condición se cumple:

— en los Estados democráticos, con la elección del jefe de Estado por sufragio universal directo;
— en los Estados autoritarios, por la autoridad reconocida e indiscutible del jefe del poder ejecutivo, que debe aparecer, por su prestigio histórico o su emerger político, por encima de tendencias y facciones, y que se presenta como la emanación indiscutible del Estado.

En nuestros días, la simple legalidad no basta para concederle a un jefe de Estado el poder de vida y muerte de su pueblo; hace falta una legitimidad. Esa misma credibilidad le resulta indispensable para actuar rápida y eficazmente en el dominio de las crisis que amenazan la paz. Y éstas son tan repentinas y tan complejas que se requiere una vinculación rápida y directa entre los jefes de Estado en cuestión—teléfono rojo entre Washington y Moscú después de la crisis nuclear de Cuba en 1961...—. La velocidad de los acontecimientos, los avances técnicos modernos y el hecho nuclear nos han llevado, pues, a reforzar el poder del jefe de lo ejecutivo, que hoy es como antes era el Supremo Pontífice de su pueblo [70], y a disminuir la capacidad de decisión a la vez de sus representantes locales, los embajadores, y del poder legislativo. Esto, por otra parte, ha acarreado bastantes dificultades al ejercicio de la democracia.

De este modo, en última instancia, como nada hay tan grave para un pueblo como la guerra, extranjera

[70] Ver general GAMBIEZ y coronel SUIRE, *L'épée de Damoclès. La guerre en style indirect,* 1967.

o civil, lo más importante para él es contar con auténticos jefes y saber, en cada fase de su porvenir, elegir e imponer al jefe capaz de asumir la suprema responsabilidad a la vez de su Defensa nacional y de la paz del mundo.

8. El mundo geopolítico de 1974

La pirámide de edades de los Estados

La situación geopolítica del mundo está en función de las condiciones geopolíticas clásicas—masas, extensiones, posiciones, relaciones—y del potencial humano y material presente y previsible de cada uno de los Estados constituyentes. Pero también depende del pasado de cada Estado, en la medida en que influye sobre su mentalidad y sobre la de otros Estados.

Resulta por tanto de gran utilidad considerar las edades de los diferentes Estados y su modo de nacimiento, de acceso a la soberanía, de entrada en la sociedad internacional. Ésta, como una sociedad nacional, presenta una pirámide de edades que tiene valor polemológico, por los equilibrios y competencias que expresa.

La pirámide de edades actuales de los Estados es, a este respecto, significativa: 48 por 100 de los Estados, nacidos de la segunda guerra mundial y de la descolonización, tienen menos de treinta años, mientras que solamente el 11 por 100, nacidos antes de 1914, tienen más de sesenta años de edad. En 1815, por el contrario, la inmensa mayoría de los Estados,

dos veces menos numerosos que ahora [71], tenían más de cien años.

Entre 1815 y 1974 ha habido un triple fenómeno:

— aumento del número de los Estados;
— rejuvenecimiento de la sociedad de los Estados;
— y también democratización de la sociedad internacional: en 1815 existía en el concierto internacional una especie de representación proporcional de los Estados, cada uno de los cuales pesaba y actuaba según el peso de su fuerza relativa; mientras que en 1974, al menos en la Asamblea general de la O.N.U., todos los Estados tienen igual voto: como en los Estados generales de 1789, el voto por cabeza ha prevalecido sobre el voto por orden, excepto en el Consejo de Seguridad, con el derecho al veto de los Cinco Grandes de 1945.

Esta estructura internacional de las edades de los Estados es un hecho importante y original: expresa y provoca cierta oposición entre Estados jóvenes y Estados antiguos.

Las pirámides de edades en los Estados

Van acompañadas de estructuras nacionales de edades de los individuos originales e importantes, sobre todo en nuestra época cuando los conflictos in-

[71] Si excluimos los agrupamientos de tribus en Africa, América y Asia, y que, salvo contadas excepciones, no eran Estados.

traestatales presentan al menos tantos riesgos como los conflictos interestatales.

Son importantes para los Estados:

— las pirámides de edades de sus nacionales: para los Estados antiguos e industrializados expresan una competencia vertical entre generaciones; para los Estados recientes y en vías de desarrollo, una competencia horizontal entre jóvenes de menos de veinte años;
— los productos nacionales brutos por habitante (P.N.B./hab.);
— el reparto por sectores de actividad (primario, secundario, terciario, cuaternario).

Estas estructuras demo-económicas, en la medida en que se encuentran desequilibradas o en que estos desequilibrios se acentuasen, engendran tensiones, crisis y posibilidades de conflictos armados violentos. Demuestran en particular:

— la mayor madurez de Europa y de Asia;
— la juventud, a la vez demográfica y económica, de África y de América latina;
— el desequilibrio norte-sur del mundo, y el riesgo, si aquél no se compensa por acciones nacionales y por el esfuerzo de solidaridad internacional, de un extenso enfrentamiento norte-sur, que puede acaecer bajo formas muy diversas; la actitud de los grandes Estados asiáticos constituye en este punto la incógnita mayor.

Renan, en el discurso de recepción de Fernando de Lesseps en la Academia francesa, profetizaba el pe-

ligro geopolítico que podía acarrear la apertura del canal de Suez.

Desde el punto de vista de la polemología, son los desequilibrios internos y relativos de las estructuras demo-económicas de los Estados y la evolución de esas estructuras los que siempre han presagiado guerras y revoluciones y seguirán prefigurando los riesgos posibles de guerras y revoluciones.

Así como la estructura de los troncos de las grandes coníferas traduce las vicisitudes climáticas por las que han pasado y da idea de su porvenir [72], las estructuras de las pirámides de las edades y demo-económicas llevan la marca de las grandes pruebas sufridas [73] y nos informan sobre la vitalidad y vulnerabilidad de los diferentes Estados.

Las fronteras terrestres de los santuarios metropolitanos provisionalmente estancadas...

Hasta 1945, los conflictos armados mayores tenían con frecuencia como finalidad y como resultado un desplazamiento de las fronteras, por anexión o por secesión. Desde 1945, por el contrario, las fronteras tienen una sorprendente estabilidad. De los 74 conflictos armados mayores del período 1945-1974:

— 56 no han provocado ningún cambio de frontera;

[72] Ver Le Roy Ladurie, La dendroclimatología, en *Le territoire de l'historien,* 1973, IV parte.

[73] Ver la pirámide de las edades de Francia y de la U.R.S.S. con sus «mutilaciones» provocadas por las dos guerras mundiales.

— 11 han modificado las fronteras tras alguna guerra de independencia colonial;
— dos sólo han modificado las fronteras tras guerras interestatales:

— ocupación china del Tibet (1950-1951);
— guerra de Bangladesh (1971).

La estabilidad de las fronteras ha quedado claramente marcada en África y en Oriente Próximo[74] tras el nacimiento de nuevos Estados surgidos de la descolonización. Así, las guerras de Nigeria-Biafra, del Sudán y de Irak-Kurdistán se han desarrollado en un espacio cerrado, sin intervención de fuerzas armadas extranjeras. Por otra parte, la división de los Estados tras la segunda guerra mundial y tras la guerra de Indochina no se ha disputado todavía. Subsisten aún en 1974 las dos Alemanias, las dos Coreas—tras la intervención de la O.N.U.—, los dos Vietnam.

Este sorprendente *statu quo* territorial puede explicarse por tres causas:

— después de la tremenda perturbación de la segunda guerra mundial, de la descolonización y de la amplia redistribución de las soberanías resultantes, los Estados no parecen dispuestos a poner en tela de juicio, aun cuando las fronteras son artificiales, un *statu quo* territorial, resultado de semejante perturbación. Los Estados africanos en particular, nacidos de la descolonización, jóvenes y aún sin consolidar, no se

[74] Las fronteras actuales entre Israel y los Estados árabes son líneas de «alto el fuego» impugnadas como fronteras.

muestran favorables a impugnar las fronteras, pues el conflicto se podía volver contra ellos. De ahí los esfuerzos de la Organización de la Unidad Africana (O.U.A.) y la escasez de intentos secesionistas como los de Biafra, Sudán del Sur, Kurdistán;

— los Estados también han tomado conciencia de que en la época actual no es la expansión territorial lo que da potencia, sino más bien el potencial y la influencia ideológica y económica: la crisis del petróleo acaba de confirmarlo;
— por último, se tiene el temor de que en la época atómica, y habida cuenta del equilibrio de los dos supergrandes, los conflictos fronterizos localizados puedan degenerar en enfrentamientos más vastos que podrían acarrear la utilización de armas nucleares.

Así pues, el juego de las potencias consiste más bien en favorecer, dentro de los Estados y sin intervenir en las fronteras, el mantenimiento o el derrocamiento de los regímenes políticos, según les sean éstos o no favorables. Éste fue el sentido de la célebre discusión entre Kennedy y Kruschev en Viena en 1961 [75].

Aunque los medios difieran de los del Antiguo Régimen, los fines siguen siendo los mismos. Luis XIV y las Provincias Unidas ponían su esperanza y su talento en favorecer el acceso al trono de Inglaterra de un soberano favorable a su política. Federico II, para salvar a Prusia en peligro, daba por segura la sustitución de su enemiga personal,

[75] Arthur SCHLESINGER, *Los 1.000 días del presidente Kennedy*.

la zarina Elisabeth, por el zar Pedro III, admirador suyo. En nuestros días, la Revolución de 1958, en un día y con solamente siete bajas humanas, hacía tambalear a Irak de un campo a otro. Y los Estados modernos, igual que los príncipes del Antiguo Régimen, se preguntan si los cambios de poder que están a punto de darse en los otros Estados a través de elecciones, de sucesiones o de subversiones, les serán o no favorables, ya que una sucesión vale más que una mala guerra.

... Pero las fronteras marítimas permanecen inestables

Las fronteras terrestres se encuentran por el momento fijadas, pero no así las fronteras marítimas, que se convierten en motivo de discordia. Los cinco continentes parecen momentáneamente estables, pero el sexto—el Océano—plantea problemas de reparto de soberanías, de elección entre conflictos y de cooperaciones [76]. Ésta es la cuestión planteada por la actual revisión del derecho del mar bajo la égida de las Naciones Unidas.

Hasta 1945, la distinción entre aguas territoriales —de escasa anchura—reservadas a la costa vecina, y la alta mar, abierta a la navegación y a la pesca internacionales, estaba clara y todos la admitían. Solamente se contravenía en tiempos de guerra—bloqueos, corsarios, guerra submarina—, ya que el

[76] G. DONIOL, «La conferencia de Caracas y los problemas de defensa», en la revista *Forces armées françaises* (marzo 1975).

Océano constituía la línea de comunicaciones del beligerante que dominaba el mar.

Pero desde 1945 numerosos factores han contribuido a darle al Océano nuevo valor, y ya en tiempos de paz:

— las técnicas intensivas amenazan con despoblar los lugares tradicionales de pesca;
— el riesgo de polución inquieta a los países ribereños;
— ciertos países, actuando aguijoneados por el aumento de su población o la pobreza de su suelo, o bien por la contaminación de las aguas costeras o también por su penuria de medios potentes de pesca de altura, se ven impelidos a extender los límites de sus aguas territoriales. Los casos múltiples de Brasil, Perú, Senegal, Islandia y Noruega dan fe de esta necesidad de apropiación de más extensos lugares de pesca;
— el fondo del mar ha revelado la existencia de nuevas riquezas—hidrocarburos, nódulos, proteínas—, y aparecen ante una humanidad superpoblada y devoradora, como la gran reserva de vida;
— la declaración, en 1954, del presidente Truman, relativa a la plataforma continental, que quedó concretada por la Convención de Ginebra de 1958.

A partir de este momento, el Océano, dominio del dios marino Proteo[77], se ha convertido en escenario de nuevos conflictos proteiformes.

Aunque la delimitación en el mar de Irois se

[77] GOETHE, *El segundo Fausto*.

debe a negociación y las «guerras» del bacalao, el atún y la langosta no han dado afortunadamente lugar más que a algunas escaramuzas; los litigios marinos entre Camboya y Vietnam del Sur o entre Turquía y Grecia son bastante más serios.

Así pues, mientras que las antiguas fronteras políticas de la plataforma terrestre, bien delimitadas y bien guardadas, permanecen al menos de momento relativamente intangibles y preservadas, las indecisas fronteras sin barrera del mar se convierten en fuentes de discordia capaces de acarrear enfrentamientos, o bien de suscitar una fecunda y armoniosa cooperación internacional.

Y la seguridad de los estrechos, vías intensas de circulación, se encuentra en un primer plano [78].

Habida cuenta de estos datos nuevos, en adelante el derecho del mar—fuente de vida y de redes de tráfico—está aún por escribir, como lo han demostrado las sesiones de Caracas (1974) y Ginebra (1975) de la III Conferencia sobre derecho del mar (la IV en Nueva York en la primavera de 1976).

Afortunadamente, el espacio sigue pacífico

Ningún conflicto armado mayor, ni siquiera un microconflicto, ha estallado en el mundo submarino o en el ámbito espacial.

Esto es importante, porque estos dos territorios, contiguos y sin fronteras interiores, son particu-

[78] Ver la proposición de Harry Truman en 1945, en Postdam, tendiendo a una internacionalización de las grandes vías de agua (André FONTAINE, «Mers chaudes, mers convoitées», *Le Monde*, 1 de marzo de 1975).

larmente sensibles. En verdad están relativamente vacíos y los éxitos tecnológicos de los aparatos que los atraviesan o se estacionan en ellos no dan lugar a encuentros accidentales poco probables. Pero por lo mismo cualquier incidente podría ser interpretado como una agresión voluntaria. Ahora bien, para las opiniones nacionales de nuestra época, una cabina espacial, un satélite, un submarino nuclear son creaciones costosas y preciosas, símbolos de potencia y atributos de soberanía tan sagrados y sensibles como pudieron haber sido en otras épocas la efigie de un príncipe o una bandera. Los menores incidentes interestatales podrían, pues, revestir una extrema gravedad y presentar serios peligros de una comprometida escalada. Es, por tanto, deseable que el mundo submarino y el espacio permanezcan, so pena de graves incidentes entre Estados, en vasto campo de cooperación internacional, libre de todo accidente técnico de circulación y de todo riesgo de provocación, y que solamente se desarrollan en ellos los incidentes imaginados por la ciencia ficción.

Con la exploración del espacio y de los astros vecinos de la Tierra—Luna, Marte—con satélites artificiales o vehículos habitados, el hombre de la «Tierra de hombres», el *homo telluris,* de la Prehistoria hasta nuestros días, acaba de adquirir una nueva dimensión de *homo cosmicus* o de *homo spacialis.* Tras haber visto y recorrido, al menos en ciertos Estados, y en la persona de algunos especialistas, el espacio extra-atmosférico y los otros vecinos, empieza a conocerlos, al igual que, con el avión había dominado, a principios del siglo XX, la tercera dimensión, el espacio atmosférico.

A partir de entonces, tiene un nuevo poder: la antigua competición terrestre, marítima (y submarina) de antes del siglo XX, y también aérea desde comienzos del siglo XX, se ha convertido desde la segunda mitad del siglo XX también en espacial. Esta competición, que afecta ya al terreno tecnológico, económico, militar y político, y, por tanto, a las distintas componentes de la estrategia global planetaria, se ejerce ahora en cuatro dimensiones: tierra, mar, aire, espacio. La noción clásica y «geopolítica», la de finales del siglo XIX, se ha extendido y a la vez transformado. Asistimos, sin duda, con la irrupción del espacio, al advenimiento de una «cosmopolítica», forma nueva y extendida de la «geopolítica».

Claro desplazamiento de los frentes de agresividad colectiva

Existen, al parecer, frentes de agresividad, como existen:

— frentes climáticos y vegetales;
— frentes meteorológicos, que son menos estables, como los frentes de monzones;
— frentes sísmicos—las grandes fallas de la corteza terrestre—. Estos diversos frentes son el espacio privilegiado de luchas, enfrentamientos, perturbaciones, erupciones.

Menos determinados, pero igualmente reales, son los «frentes de agresividad» de los que pueden surgir manifestaciones de violencia, internas o interna-

cionales: frentes raciales o étnicos, frentes ideológicos o político-económicos, nacidos de la historia, pero más o menos activados por la coyuntura. Son, o bien frentes interestatales que, a través de los continentes o bordeándolos, unen o separan a varios Estados, o bien frentes internos que dividen a algunos Estados.

Según la moderna concepción de los frentes de operaciones militares, éstos no son continuos y presentan una cierta profundidad. Por otra parte, están marcados en la profundidad de sus retaguardias por focos de agresividad—subversión interna, guerrilla—, como, por ejemplo, en Estados Unidos el frente interno racial «negro».

Pero esos frentes, obra conjunta de la naturaleza, de la historia y de los hombres son, como toda realidad humana, al mismo tiempo movibles en su implantación y sobre todo variables en su activación. En ciertas épocas se encuentran en plena actividad en la mayor parte de su desarrollo; en otras, activos solamente en algunas de sus porciones; en otras, por último, se encuentran inactivos en toda la línea y en toda su profundidad. Pero dormidos como algunos volcanes, pueden volver a entrar en actividad, parcial o total. Todo depende de la carga potencial de agresividad que posean.

En el transcurso de los siglos pasados, los frentes de agresividad mundial estuvieron:

— ya orientados de norte a sur siguiendo las líneas privilegiadas (ríos, montañas) que cercaban a las grandes llanuras de migraciones y de invasiones del espacio euroasiático (las líneas del Rhin, del Vístula, del Volga);

— ya orientados de este a oeste en los enfrentamientos norte-sur que ha conocido la historia (con los avances de los pueblos hacia las tierras meridionales o septentrionales de recursos complementarios).

El período estudiado presenta una fluctuación muy clara de los frentes de agresividad, en función de la evolución de los centros de decisión de la política mundial. Se pueden distinguir dos grandes fases:

— 1740-1945, que corresponde a la primacía de Europa y a su expansión colonial;
— 1945-1972, en relación con el desarrollo del Tercer Mundo.

De 1740 a 1945 existieron varios frentes de agresividad[79]:

1. Activo entre 1776 y 1898, un frente atlántico norte-sur, entre la vieja Europa peninsular e insular—España, Portugal, Inglaterra—y el Nuevo Mundo: desembocó en la independencia de América entre 1776 y 1898.

2. Activo entre 1740 y 1932, un frente mediterráneo este-oeste, de Gibraltar al golfo Pérsico, oponiendo Europa al mundo árabe y turco y a los berberiscos, lo que no excluía por otra parte alianzas europeas con Turquía o con los países árabes: desembocó en la independencia de los Balkanes y en la colonización de África septentrional y del Próximo Oriente.

[79] Ver tabla 7, pág. 198.

TABLA 7

LOS FRENTES DE AGRESIVIDAD DE 1740 A 1944

(295 conflictos armados mayores)

Frentes	*Porcentaje de los casos*	*Algunos ejemplos de conflictos vinculados con estos frentes*
1. Frente atlántico norte-sur	6	Guerra de independencia americana (1775-83). Guerra de independencia de Santo Domingo (1802-1804). Guerras de independencia de América latina (1810-28). Guerra de Cuba (1895-98).
2. Frente mediterráneo este-oeste	13	Guerra ruso-turca (1768-1774). Guerra de independencia griega (1821-29). Conquista de Argelia (1830-1857). Primera guerra balkánica (1912-13). Guerra greco-turca (1920-22). Guerra del Rif (1921-26). Insurrección del Djebel Druso (1925-27).
3. Frente asiático	17	Conquista inglesa de las Indias (primera fase: 1763-1773). Primera guerra anglo-afgana (1838-42). Conquista rusa del Turkestán (1845-84). Sublevación de los Cipayos (1857-58). Conquista de Cochinchina (1859-74). Guerra de los Boxers (1898-1901). Ocupación japonesa de Manchuria (1931-33).

Frentes	*Porcentaje de los casos*	*Algunos ejemplos de conflictos vinculados con estos frentes*
4. Frente chino	9	Insurrección del Hu-nan (1740).
5. Frente africano negro	12	Sublevación de los Taïping (1851-64). Conquista inglesa de Ghana (1821-26). Conquista de Senegal (1854-1885). Conquista del Zululand (1879). Guerra de Etiopía (1935-37).
6. Frente americano	4	Guerra entre EE. UU. y Méjico (1846-48). Guerra entre Ecuador y Colombia (1863). Guerra del Paraguay (1864-1870). Guerra del Chaco (1928-35).
7. Frentes oeste y este europeos	14	Primer reparto de Polonia (1768-72). Guerras de la Revolución y del Imperio (1792-1815). Guerra franco-piamontesa contra Austria (1859). Guerra franco-alemana (1870). Primera guerra mundial (1914-1918).
8. Otros frentes (secundarios y en general interiores)	25	Primera guerra carlista (1833-1839). Revolución francesa de 1848. Guerra servo-búlgara (1885-1886). Levantamiento campesino de El Salvador (1931-32). Guerra de España (1936-39).

3. Activo entre 1740 y 1904, un frente asiático que envolvía Asia y oponía a europeos y japoneses con los asiáticos del continente. Se desplazó:

— del Ural al Pacífico con el empuje ruso en Siberia;
— de las costas del océano Índico y del mar de China hasta el nacimiento de los grandes ríos asiáticos, remontados por penetraciones inglesa y francesa;
— del mar del Japón a Manchuria y a China por penetración japonesa;

4. Activo entre 1740 y 1930, un frente chino en torno al Imperio del Centro, en lucha contra las fuerzas centrífugas de las provincias exteriores o contra los países vecinos.

5. En África negra, entre 1820 y 1900, un frente entre blancos y negros rodeando este continente y desplazándose desde las costas hacia el interior al ritmo de penetraciones europeas concurrentes.

6. En América, entre 1825 y 1935, final de la guerra del Chaco, un frente norte-americano oponiendo a los Estados Unidos con el mundo amerindio, y unos frentes interiores, síntoma de las rivalidades entre los Estados sucesores del Imperio español.

7. En Europa, entre 1740 y 1945, esencialmente un conjunto de dos frentes interiores: el frente europeo occidental y el frente europeo oriental, síntoma de los antagonismos de los mundos germánico, eslavo y latino, combatidos o apoyados, según las épocas, por el mundo anglosajón.

Las líneas del Elba y del Oder, del Rhin y del Vístula, marcan los desplazamientos de estos frentes. Las batallas[80] se sitúan, con ocasión de las guerras correspondientes, siguiendo tres ejes longitudinales, vinculados a los grandes corredores de invasiones:

— Amiens, Lieja, Colonia, Berlín, Varsovia, Moscú;
— Estrasburgo, Munich, Viena, Odessa;
— Ginebra, Turín, Verona, Liubliana, Constantinopla, Bagdad.

Entre 1740 y 1945, los frentes africano y asiático, primero marítimos, se convierten en intracontinentales con las penetraciones coloniales de las potencias europeas.

Los más perturbados son, por orden, los frentes asiático, europeo, mediterráneo y africano negro.

A partir de 1945, y hasta 1974, se observa una redistribución de los frentes de agresividad, debida esencialmente al debilitamiento de Europa y a la emergencia del Tercer Mundo.

El frente atlántico y los antiguos frentes asiático y africano, unidos a la colonización, han desaparecido. Los demás frentes han quedado modificados por el nuevo equilibrio nacido de la segunda guerra mundial y por el movimiento de descolonización.

En la tabla 8 se precisan los frentes de agresividad activos durante este período[81].

Si se localizan en un planisferio las guerras ex-

[80] Jean PERRÉ, *La guerre et ses mutations*, Payot, 1961-62, tomos I y II.
[81] Evolución de la violencia mundial de 1968 a 1973, en *Études polémologiques*, 2, 6, 10 y 13, julio 1974.

TABLA 8

LOS FRENTES DE AGRESIVIDAD DE 1944 A 1974
(71 conflictos armados mayores)

Frentes	*Porcentaje de los casos*	*Algunos ejemplos de conflictos vinculados con esos frentes*
1. Frente norte-africano F1	6	Guerra civil en Sudán (1955-1972). Guerra de Nigeria-Biafra (1967-70). Disturbios en Etiopía (Eritrea) (1969-). Disturbios en el Tchad (1970-).
2. Frente surafricano F2	4	Rebelión en Madagascar (1947-48). Guerra de liberación de Angola (1961-). Guerra de liberación de Mozambique (1965-).
3. Frente norte-americano F3	6	Revolución castrista en Cuba (1956-59). Expedición de la «bahía de Cochinos» (1961). Enfrentamientos raciales en EE. UU. (1963-71). Disturbios en la Rep. Dominicana (1965-66).
4. Frente sur-americano F4	1	Raid de las fuerzas de El Salvador en Honduras (1969). Golpe de Estado militar en Chile (1973).
5. Frente chino F5	7	Ocupación china del Tibet (1950-51). Guerra chino-india (1962). Escaramuzas violentas en el Usuri (1969).

Frentes	*Porcentaje de los casos*	*Algunos ejemplos de conflictos vinculados con esos frentes*
6. Frente este-asiático F6	12	Primera guerra de independencia indonesia (1945-46). Guerra de Indochina (1946-1954). Guerra de Malasia (1947-57). Guerra de Corea (1950-53). Matanzas en Indonesia (1965).
7. Frente afro-asiático F7	26	Disturbios en Siria y el Líbano (1945). Disturbios en el Constantinado (1945). Guerras indo-pakistaníes (1947-49, 65-66, 71). Guerras árabe-israelíes (1948-49, 56, 67-73, 1973-). Guerra de Argelia (1954-62). Guerras de Chipre (1955-59, 1963-67, 74-). Guerras del Kurdistán (1961-1970, 1974-).
8. Frente este-europeo F8	7	Guerra civil de Grecia (1944-1949). Bloqueo de Berlín (1948-49). Levantamiento de Budapest (1956). Disturbios en Checoslovaquia (1968).
9. Frente norte-irlandés F9	1	Disturbios en Irlanda del Norte (1968-).
10. Otros frentes (secundarios y en general internos)	30	Conflicto soviético-iraní (1945-1947). Disturbios en Egipto (1952). Disturbios en Congo-Kinshasa (1960-66).

tranjeras y civiles, así como los microconflictos interestatales—incidentes de frontera—o internos, acaecidos entre 1945 y 1974, se puede comprobar que se sitúan preferentemente en nueve frentes de agresividad mundial:

— un frente norte-africano (F1), entre el África central negra y el África septentrional islámica blanca;
— un frente sur-africano (F2) entre el África central negra y el África meridional blanca;
— un frente norte-americano (F3) entre la América septentrional blanca y la América central-Caribe amerindio;
— un frente sudamericano (F4), más complejo, a través de América del Sur;
— un frente chino (F5) bordeando China;
— un frente este-asiático (F6) de Australia al Japón, a través de los archipiélagos y penínsulas del sureste asiático;
— un frente afroasiático (F7) entre el mundo árabe e islámico y las demás etnias blancas, desde Gibraltar a la India;
— un frente este-europeo (F8) entre el mundo comunista y el mundo occidental (Telón de Acero);
— un frente norte-irlandés (F9) a través de Irlanda del Norte.

Desde 1945, los frentes más perturbados han sido, por orden, el afro-asiático y el este-asiático.

Tras estos nueve frentes, que son a la vez raciales o étnicos, socioeconómicos o ideológicos, existen en docenas de Estados de todos los continentes frentes secundarios interiores—como el frente interior

racial «negro» de los Estados Unidos—que pueden dar lugar a subversiones activas y generalizadas, como los conflictos étnicos, religiosos o ideológicos que Europa ha conocido en el transcurso de su historia.

Esta noción de frentes de agresividad mundial, que es una hipótesis polemológica, requiere varias consideraciones importantes:

1. Con la mundialización y la globalización de los problemas, los frentes de agresividad, que estaban más fragmentados entre 1740 y 1944, han tomado a partir de 1945 una dimensión continental y tienden a tomar una orientación oeste-este según los paralelos que atraviesan o separan los continentes.

Mientras que antes de 1945 los diferentes frentes de agresividad eran, sobre todo de un continente a otro, o incluso dentro de un mismo continente, relativamente independientes, ahora, con la mundialización de los fenómenos, son relativamente interdependientes. La evolución y la activación de un frente están en función del dinamismo más o menos grande de los demás frentes y en particular de los frentes próximos.

3. Pueden manifestarse estrategias interfrentes, más o menos conscientes y más o menos firmes:

— Israel, ayudado por la existencia de un frente F1 en la retaguardia del frente afro-asiático F7, en el que se halla envuelto;
— los Estados árabes, ayudados en el frente afro-asiático F7 por el letargo de ese Frente F1;
— África del Sur y Portugal, ayudados en el frente

sur-africano F2 por la existencia del frente norte-africano F1;

4. Mientras esos frentes (F1 a F9) subsistan y permanezcan activos, los Estados que se encuentran en la conjunción de estos frentes ocupan una posición particularmente sensible:

— Congo-Kinshasa y Tanzania, entre los frentes norte-africano F1 y el sur-africano F2;
— Grecia, Turquía e Irán, entre los frentes afro-asiático F7 y este-europeo F8;
— Bangladesh, entre los frentes afro-asiático F7 y chino F5;
— Japón y las dos Coreas, entre los frentes chino F5 y este-asiático F6.

La actitud que adoptan o que adoptarían estos Estados en caso de conflictos abiertos en estos frentes resulta por lo mismo de gran importancia.

5. Los frentes de agresividad comprueban la focalización de la violencia guerrera según unas líneas preferentes y ciertos contextos, sobre todo raciales, étnicos, religiosos, ideológicos. Pero la noción de frentes de agresividad no tiene carácter de discriminación, sobre todo racial, ni con mayor motivo, de racismo.

6. La noción de frentes de agresividad excluye todo fatalismo y todo determinismo y reconoce las evoluciones, a menudo importantes, que se producen. En nuestra época de interdependencia y de modificación rápida de las situaciones, la noción de enemigo hereditario y de eterno aliado ha perdido todo su valor y un estudio científico de los fenóme-

nos de violencia siempre tiene que dar cabida e incluso buscar las variaciones de comportamiento, las sustituciones de antagonismos por solidaridades, el paso de la hostilidad a la calma, de la calma a la amistad.

Importa señalar cuatro cambios mayores que se han dado recientemente durante el período 1945-1974:

— desde 1970, el frente este-europeo ha perdido agresividad;
— desde 1971, el frente afro-asiático solamente permanece activo entre Chipre, incluido, e Irak, incluido: se ha desarrollado una situación de calma entre los Estados mediterráneos de Europa occidental y los Estados de África septentrional, en particular;
— desde 1974, con la desocupación portuguesa de Angola y de Mozambique, el frente sur-africano F2 está en clara evolución;
— por último, y ésta es la modificación más importante, el frente norte-africano F1, que había sido muy activo entre 1967 y 1972, ha caído en letargo desde 1973, excepto en su parte oriental, Eritrea, mientras que, por el contrario, los dos frentes vecinos, sur-africano al sur y afro-asiático al norte entre Chipre e Irak, cobraban mayor virulencia.

Este letargo se explica y se expresa por:

— el restablecimiento de la paz en Nigeria y Sudán;

— el desarrollo de la solidaridad africana sobreponiéndose a los antagonismos intra-africanos;
— una intensificación de la lucha en el frente F7 (guerra árabe-israelí) y en el frente F2 (lucha contra el África blanca);
— una ofensiva árabe, al tiempo diplomática, religiosa, ideológica y económica dirigida al mundo africano negro.

Dos conclusiones, de orden polemológico, se pueden sacar de esta inversión de la situación:

— la agresividad existente en un frente puede ser transferida a otros frentes;
— no hay ningún determinismo absoluto en los frentes de agresividad, ya que a pesar del peso y de la inercia de ciertos factores, están sometidos por una parte a la acción política y por otra a la acción sobre las mentalidades. Aquel frente que ayer existía puede desaparecer mañana, pero también puede reaparecer más adelante; y ese otro que aún no existe, o que llevaba mucho tiempo dormido, puede abrirse.

En las relaciones de los grupos estatales, nada hay absolutamente fatal o definitivo. Maduradas lentamente o surgiendo bruscamente, pueden producirse las novedades más insospechadas.

Para un largo período, lo demuestra la modificación de los frentes de agresividad desde 1945[82]; para un período corto (1967-1974), el progresivo letargo del frente norte-africano y la evolución del frente sur-africano brindan nuevas pruebas.

[82] Ver tabla 8, pág. 202.

Y la crisis del petróleo ya no es la misma, en este comienzo de 1975, que en octubre de 1973. La coyuntura evoluciona sin cesar y rápidamente. Nada es definitivo.

La disponibilidad y la vigilancia se imponen, pues, para poder permanecer abierto a las posibilidades del porvenir.

Entramos en 1975 en un período en el que los efectos acumulativos de las estrategias indirectas empiezan a hacerse patentes: ahora mismo en el sureste asiático, pronto quizá en Próximo Oriente y en el Mediterráneo.

IV. ELEMENTOS PARA UNA VISIÓN DEL FUTURO

1. Influencia del factor guerra-paz en la secuencia futura 1975-2000

Una prospectiva general del porvenir de la humanidad en los próximos veinticinco años, es decir, hasta el umbral del año 2000, que estimula y obsesiona a nuestros contemporáneos, queda fuera de la polemología y con mayor motivo de la investigación más limitada: «Dos siglos de guerras y de revoluciones, 1740-1974».

Sin embargo, como la guerra, extranjera y civil, es, en la vida de los pueblos, el acontecimiento más grave, más espectacular y más cargado de consecuencias, es normal que ofrezcamos a la prospectiva elementos específicos que la polemología puede adelantar como posibilidades [83].

[83] Ver tabla 9, pág. 212.

TABLA 9

CAMPO DE ESTUDIO DE LA POLEMOLOGÍA Y TERRENOS PRÓXIMOS

TERRENOS			PASADO	PRESENTE	FUTURO
I. VIOLENCIA INDIVIDUAL (Derecho común)			No	No	No
II. VIOLENCIA COLECTIVA	1). DERECHO COMÚN		NO	NO	NO
	2) POLÍTICA	a) Conocimiento	*SÍ* Campo de estudio de la polemología (según su aproximación específica)	*SÍ* Campo de atención de la polemología	*SÍ* Campo de posibilidades indicadas por la polemología (al político, a la opinión, a la prospectiva)
		b) Acción	NO	NO	NO

Explicación: NO = No es del terreno de la polemología.

— — = Pero la polemología, con espíritu interdisciplinario, presta atención a estos terrenos vecinos y afines.

En todas las sociedades, desde las más simples hasta las más avanzadas, es patente un esfuerzo para prever la proximidad de la guerra, cualesquiera que sean las circunstancias y los orígenes de ésta; conocer de antemano su resultado, y entonces decidirse con conocimiento de causa; conocer los riesgos de la guerra para prepararse a ella; y cuando la guerra ya está en marcha, prever, en los campos de la acción político-diplomática y de la ejecución operacional y táctica, las eventualidades y determinar, para cada batalla, el mejor momento de emprenderla.

Según la mentalidad, la previsión revestirá un aspecto teórico doctrinal o experimental. En la Biblia, sobre todo al principio del primer milenio antes de J. C., vemos que las acciones de guerra las decidían los profetas que transmitían la orden al rey. En ocasiones, a algunos jefes se les considera inspirados, como al rey David. En Roma, las legiones iban acompañadas de augures o de arúspices que buscaban en las entrañas de los animales sacrificados o en otros presagios, como el comportamiento de los pollos sagrados, indicaciones sobre la forma en que habían de conducirse las operaciones. A medida que se pasa de la mentalidad teológica hacia una mentalidad positiva, esos ritos, en gran medida mágicos, se van abandonando. Pero la gravedad de la situación y del riesgo concede, en los dirigentes y los ejecutantes, un lugar importante a comportamientos irracionales, como la influencia de los presagios y las premoniciones.

La predicción

Predecir es anunciar la llegada o la inminencia de un acontecimiento. El que hace la predicción no la discute. La afirma como cosa cierta de la que él tiene una premonición. La forma moderna de esa profecía es sobre todo el fatalismo histórico. En resumen, consiste su método en predecir unos acontecimientos futuros tras de los cuales solamente habrá una salida, una sola vía, sin que se pueda modificar o variar el curso de la misma hacia otras direcciones.

Para Hegel, la historia, sustituyendo las profecías antiguas «históricas», como la de Daniel, posee una especie de preciencia de los acontecimientos, y los pueblos o las categorías sociales llevan en sí su predestinación, calificada de «racional». A consecuencia de ello, los historiadores, así como los que escrutan el porvenir afirmando que conocen el «sentido de la historia», han de esforzarse perpetuamente para hacer encajar los acontecimientos, aun a costa de múltiples deformaciones, en el marco *a priori* de su doctrina, de sus esperanzas y de sus temores. Ya que predecir e intentar prever en una sola respuesta significa siempre situarse entre lo que se espera y lo que se teme, más o menos cerca de una cosa o de otra, según la inclinación del carácter de cada uno.

La prospectiva

Muy distinto es el punto de vista que rige los estudios de la prospectiva. Ésta tiene en cuenta que la dirección de los acontecimientos no es nunca única y que siempre hay cierto margen de incertidumbre en su desarrollo. Existe este margen incluso en aquellos acontecimientos encerrados dentro de unas reglas biológicas estrictas. Por ejemplo, la vida humana oscila entre un día y un siglo. En esta amplia gama pueden intervenir toda clase de posibilidades.

La prospectiva analiza, para cada clase de fenómenos sociales, las distintas direcciones en que son susceptibles de dirigirse. Y en cada caso investiga los factores susceptibles de aguijonearlos en tal o cual dirección. Por último, la prospectiva analiza igualmente las consecuencias de cada uno de esos posibles golpes de aguijón. En una palabra, no predecirá un *fatum* ineludible, indica que si se toma tal vía, probablemente ocurrirá esto, y si se toma tal otra, ocurrirá lo otro. Es decir, que la prospectiva adopta el punto de vista de Bergson, cuya filosofía influyó profundamente en su fundador Gaston Berger: admite que la evolución es creadora de situaciones siempre nuevas. El ámbito de las virtualidades susceptibles de realizarse es infinitamente más amplio de lo que creen los adeptos de las teorías «cerradas». Una amplia parte corresponde a la libertad de la mente humana y a sus elecciones con frecuencia decisivas.

Cronicidad y prospectiva

La extrapolación es el método más sencillo de la prospectiva. Pero sólo se aplica a fenómenos de una homogeneidad y de una continuidad perfectas. En la inmensa mayoría de los casos, las series de acontecimientos incluso homogéneos están llamadas a encontrarse con otras series cuya influencia inductiva o cuyo encuentro o choque tenga como resultado la inflexión, el desvío o incluso la interrupción de esta continuidad.

El campo de la investigación prospectiva [84]

Cuando se intenta analizar y sopesar esas posibilidades futuras, se impone una primera consideración. ¿A qué porción del tiempo por venir se referirán nuestros análisis y nuestras hipótesis respectivas? La elección de esa «porción de tiempo» dependerá en gran medida del fenómeno estudiado. La mayoría de los hechos biológicos y sociales están gobernados por fenómenos de «cronismo», es decir, ritmos, ciclos, alternancias, oscilaciones y repeticiones.

Todos los fenómenos sociales, en ciertos aspectos, tienen algo que ver con la biología. Lo natural de las tendencias biológicas es que crezcan como un ramo, siguiendo direcciones divergentes. La razón de esto, según Bergson, es que toda tendencia es el resultado

[84] Ver los barómetros polemológicos, en *Études polémologiques*, 4, abril 1972.

de unas multiplicidades indistintas. Hay aquí una elección de la que el investigador ha de ser consciente, lo quiera o no. O bien elegirá una serie predominante de la que adoptará el cronismo, o bien delimitará una duración media entre varios fenómenos.

Prospectiva a largo, medio y corto plazos

En el lenguaje diario se habla de largo, medio y corto plazos. Son éstas nociones bastante vagas, de márgenes muy amplios. Por lo que respecta a las ciencias humanas, y a la polemología en particular, estimamos que el largo plazo correspondería a las modificaciones de las estructuras y de las mentalidades, que son por lo general lentas. Pero a este respecto hay que tener en cuenta la aceleración de la historia, fenómeno cada vez más notorio. Y también el hecho de que las variaciones de estructuras se producen lentamente en las sociedades en las que han nacido los inventos que las han condicionado. Así ocurre con las naciones de Europa occidental en donde han nacido la ciencia moderna y la revolución industrial. Pero la variación estructural puede ser mucho más rápida en las naciones que no hayan tenido más que aprender una ciencia e imitar una técnica ya ideada.

El medio plazo correspondería a las coyunturas que presentan un carácter de menos rigor. Cournot ha definido el azar como «el encuentro de series independientes». Ahora bien, ése es uno de los fenómenos generadores de conflictos armados, ya que

cada entidad política soberana se desarrolla de forma distinta sin pretender jamás armonizar su crecimiento con el de las demás. Las expansiones independientes cuentan entre las causas de los principales desequilibrios que muchas veces se ven dibujarse en el horizonte.

La coyuntura cuenta también con elementos cuya probabilidad viene a añadirse en ocasiones a los demás. Eso ocurre con la periodicidad. O mejor dicho con las periodicidades. Al parecer se podría ver en la coyuntura el tiempo (variable) que se requerirá para que se produzcan variaciones estructurales y también para que se manifiesten en los acontecimientos históricos, interiores o exteriores. En el interior, la influencia y la autoridad crecientes, o declinantes, de ciertos grupos. Hay que añadir a ésta esa otra forma de coyunturas, sobre todo en lo que respecta a la polemología, que constituyen las alianzas y las coaliciones ya que producen modificaciones, a veces inmediatas, de los equilibrios internacionales. En cuanto a la prospectiva a corto plazo, su alcance es muy variable, según se trate de un período de crisis o de un período de estabilidad.

Por otra parte, en polemología, la prospectiva se podrá aplicar para averiguar qué tipo de querella o de incidente desencadenará un conflicto armado en el cual todas las condiciones estructurales y coyunturales parecen estar unidas. ¿De dónde vendrá la chispa que hará estallar la pólvora?

Este conocimiento nos permitirá conjurar, desviar o retardar la guerra.

Antes de proponer unas hipótesis polemológicas para la secuencia prospectiva 1975-2000, conviene ver cuál ha sido hasta ahora el encadenamiento de

los conflictos, de las guerras y de las paces, encadenamiento complejo que es posible para los próximos dos decenios.

Este encadenamiento es complejo, a causa del gran número de «encrucijadas» posibles. La tabla número 10 [85] precisa las diferentes posibilidades de evolución conflictual de una situación inicial S1 (por ej., el 1.° de enero de 1976) hacia una solución resultante ulterior S2 (por ej., el 1.° de enero de 1977) por el intermedio de siete vías actualmente posibles.

La situación inicial S1 es un conjunto de dos subconjuntos, cada uno de ellos generador de situaciones elementales:

a) El subconjunto P1 = Paz (Vida);
b) El subconjunto G1 = Guerra extranjera o civil (Muerte);

El subconjunto P1 se compone a su vez de dos subconjuntos subordinados:

c) El subconjnuto I1 = Infraconflictos (*Vida*-Muerte) en donde la Vida es superior a la Muerte. Las situaciones correspondientes son: paz no perturbada, simples tensiones, violencia nula o no declarada, crisis dominadas sin violencia colectiva homicida;

d) El subconjunto M1 = Microconflictos (*Muerte*-Vida) en donde la Muerte es ya superior a la vida. Las situaciones correspondientes son: paz perturbada, violencia homicida colectiva limitada.

Las guerras y las paces de la situación resultante S2 (el 1.° de enero de 1977) serán, con el tiempo,

[85] Ver tabla 10, pág. 220.

TABLA 10

POSIBLE ENCADENAMIENTO DE LOS CONFLICTOS, DE LAS GUERRAS Y DE LAS PACES

		Las siete vías posibles de transformación de la situación inicial S1 en situación resultante S2							
	Subconjuntos subordinados	*Negociación mediadora*	*Violencia reductora del Otro*	*Impotencia para resolver el conflicto abierto*	*Impotencia para resolver y limitar el conflicto*	*Violencia puntual*	*Violencia desencadenada, limitada y localizada*	*Violencia desencadenada incontrolada*	
SITUACIÓN INICIAL S1: P1 = PAZ (Y SUS COFLICTOS)	I1 = INFRACONFLICTOS	PAZ negociada mantenida	PAZ impuesta mantenida			MICROCONFLICTO estalla	GUERRA estalla	GUERRA NUCLEAR (o A.B.C.)	SITUACIÓN RESULTANTE S2
	M1 = MICROCONFLICTOS	PAZ negociada mantenida	PAZ impuesta mantenida	MICROCONFLICTO continúa	MICROCONFLICTO continúa y otros estallan	MICROCONFLICTO continúa	GUERRA estalla	GUERRA NUCLEAR (o A.B.C.)	
G1 = GUERRA EXTRANJERA O CIVIL		PAZ negociada establecida	PAZ impuesta	GUERRA continúa (o estados intermedios)	GUERRA continúa y otras estallan			GUERRA NUCLEAR (o A.B.C.)	

diferentes de las de la situación inicial S1 (el 1.° de enero de 1976) y, como ellas, más o menos estables o más o menos inestables. De la situación S2 (el 1.° de enero de 1977) derivará una nueva situación S3 (el 1.° de enero de 1978), por intermedio de las siete vías actualmente posibles.

Este encadenamiento también se complica por el hecho de que, sobre todo en la época actual, los estados intermedios en los que no es del todo una guerra, pero tampoco es la paz, se multiplican: acuerdos de «alto el fuego», treguas, situación de «ni paz ni guerra», estado de no beligerancia.

Aunque siempre han existido, por razones a menudo logísticas—interrupción de las operaciones durante la Guerra de los Cien Años, la Guerra de los Treinta Años—, estos estados intermedios se han convertido en característicos de nuestra época.

De este modo, el presidente Sadat—emisión TF1 del 26 de enero de 1975—declaraba: «La situación en el Próximo Oriente es explosiva y conviene desarmarla... Hay que terminar con la situación actual de "ni paz ni guerra" para llegar a una situación más estable de no beligerancia y de "acuerdo de paz"; un "tratado de paz" no se podrá firmar hasta más adelante». Y Raymond Aron, escribía (*Le Figaro* de 24 de enero de 1975): «Los hombres se habían acostumbrado a vivir sin guerra. Ahora se tienen que habituar a vivir sin paz».

2. Algunas grandes hipótesis polemológicas

Desde el punto de vista conflictual, el último trentenario 1945-1974 ha estado regido por cierto número de factores:

1. La existencia del hecho atómico y de un equilibrio nuclear que ha traído consigo, en su estado actual, cierta limitación de los conflictos armados.
2. La presencia y la coexistencia de dos supergrandes, vencedores y beneficiarios de la segunda guerra mundial y consolidados en su preeminencia por su avance nuclear y espacial.
3. Una estabilidad política interna de las grandes potencias que aún no han conocido crisis graves de sucesión de poderes.
4. Cierto estado de los recursos y de las técnicas.
5. Una relativa relajación tras las graves pérdidas de la segunda guerra mundial y de las guerras consecutivas; casi todos los humanos de más de treinta y cinco años han conocido esas guerras o sus consecuencias, así como el advenimiento y la amenaza de la era nuclear.
6. El acceso del Tercer Mundo a la independencia por la descolonización—violenta o amigable— y la aparición de nuevos centros de decisión.
7. La multiplicación de los Estados soberanos cuyo número se ha multiplicado por dos en treinta años, la soberanía sin límite de los Estados y la existencia de una organización internacional—la O.N.U.—que constituye, como lugar de discusión y de negociación, una válvula de escape de seguridad

de la violencia, pero que no dispone de ninguna soberanía ni de ninguna fuerza de disuasión o de coerción.

8. A causa del bloqueo nuclear y de cierta inercia de las estructuras, la emergencia y el desarrollo del terrorismo desde 1968.

9. Un desequilibrio mundial: por una parte, en las zonas templadas de los dos hemisferios, algunos antiguos Estados de raza blanca, técnicamente desarrollados, ricos e industrializados, pero relativamente poco poblados y fuertemente limitados en sus recursos energéticos y en materias primas; por otra parte, en posición central—ecuatorial, tropical y subtropical—, numerosos Estados jóvenes, de otras razas y otras etnias, técnicamente poco desarrollados, de fuerte demografía, con recursos energéticos y de materias primas considerables, pero relativamente pobres en producción agrícola e industrial. Ahora, la relación de poblaciones es de siete para esos Estados jóvenes a tres para los antiguos Estados industrializados.

10. La multiplicación de los centros de decisión, con tendencia a un mundo multipolar, que trae consigo la fragmentación de los diversos bloques (reciente aparición de un «Cuarto Mundo», etc.).

Si estas condiciones del período 1945-1974 no cambiasen o cambiasen muy poco en los próximos dos decenios, podríamos mantener como hipótesis de porvenir que los conflictos armados de los próximos veinticinco años (1975-2000) se iban a parecer a los de los últimos treinta años (1945-1974).

Los puntos sensibles se situarían:

— en los nueve frentes de agresividad mundial actualmente existentes, más o menos activados o más o menos en letargo[86];
— en las múltiples tierras de ultramar, en las que el porvenir está determinado por la discontinuidad territorial respecto a sus Estados y la evolución de las mentes.

Pero de las condiciones del período 1945-1974 cambiarán algunas seguramente, otras probablemente y, con la aceleración del progreso, sin duda rápidamente. Ya aparecen cuatro cambios importantes en el campo del presente y del futuro próximo:

— innovaciones técnicas;
— acentuación de los desequilibrios demo-económicos;
— carácter precario del equilibrio nuclear;
— toma de conciencia de una amenaza global para la especie humana.

Las innovaciones técnicas generan a un tiempo modificaciones de los equilibrios, de los intercambios, de las relaciones de fuerzas, de los frentes de tensiones. Ayer era el dominio del carbón y de la hulla blanca; recientemente la supremacía del petróleo; mañana el ascenso de otras fuentes energéticas y de otras materias primas, el nacimiento de nuevas síntesis, descubrimientos biológicos capaces de modificar la geografía y la dinámica de los intercambios y de las relaciones. Ya desde 1973, se ha producido una doble separación:

[86] Ver tabla 11, págs. 228 a 230.

— en el interior del Tercer Mundo, entre países poco poblados, que disponen de materias primas abundantes y remuneradoras, y países muy poblados pero que carecen de tales recursos;
— en el interior del mundo industrializado, entre Estados que disponen de cierta independencia energética y mineral y Estados que dependen del extranjero en estos campos.

Aunque las innovaciones en el terreno técnico y económico son aún inciertas, al menos en sus resultados a largo plazo, existe ya un cambio inscrito en las actuales pirámides de edades: *la acentuación de los desequilibrios demoeconómicos,* a la vez para el conjunto de la humanidad y para las distribuciones geográficas. El Instituto de Princeton calculó hace unos años y estimó que hacia el año 2000 la relación de las poblaciones entre el Tercer Mundo y el mundo industrializado, que es actualmente de 7 a 3, pasaría de 9 a 1. Este mayor desequilibrio, si no se ve compensado por reequilibrios en el orden económico y por la cooperación internacional, podría acarrear conflictos internos locales, además de vasto conflicto norte-sur: enfrentamiento de las estrategias económica, cultural, diplomática y, eventualmente—no hay que descartar este riesgo—, vastas infiltraciones desordenadas de poblaciones inmigrantes, el equivalente en el siglo XX de las invasiones de la Edad Media.

En esta hipótesis, los frentes de agresividad colectiva de la tabla 8 [87] podrían reducirse a un frente único de agresividad mundial norte-sur que envolviese todo el globo terrestre reuniendo los frentes

[87] Ver tabla 8, pág. 202.

F3 (norte-americano), F7 (mediterráneo, próximo-oriental e indio), F5 (chino) y F6 (este-asiático). En ese caso, Irán, China, Japón, e incluso la U.R.S.S., se encontrarían en situación de árbitros.

Si se señala esta eventualidad es porque, por su amplitud y su carácter desordenado, es una de las más peligrosas para el porvenir de la civilización humana, y porque es importante evitar unos desequilibrios demo-económicos tan desmesurados que podrían generar auténticas *subversiones humanas.*

Lo que también puede cambiar es la estabilidad del equilibrio nuclear. Mientras siga habiendo cierto equilibrio nuclear, cierta limitación—y control—del poder de las armas atómicas que sea solamente de disuasión sin llegar a utilizarlas, los conflictos armados del futuro próximo, así contenidos, se parecerían probablemente a los del pasado próximo. Pero al proliferar estos armamentos, la potencia del átomo escapa al poder de los hombres de Estado, conscientes de sus responsabilidades no solamente ante sus pueblos, sino también ante la especie y la civilización humanas, mientras que la humanidad entraría en una nueva era de destrucciones en masa, acompañadas de subversiones: los ultraconflictos —guerra nuclear, biológica o química—, con sus megapérdidas y el desmoronamiento de amplios sectores de la civilización mundial. Esta catástrofe se podría dar por varios «fallos»: por un trágico malentendido, por error de cálculo, por accidente, por voluntad de poder, por voluntad de destrucción (terrorismo nuclear de provocación y de aniquilamiento).

Ahora bien, la guerra nuclear es una incógnita. En efecto, no sabemos lo que es, lo que sería una

guerra nuclear, a la que cada crisis nuclear, aun afortunadamente dominada, nos acerca peligrosamente.

Un cuarto cambio, en curso actualmente, puede contrarrestar felizmente las amenazas que presentan los dos cambios anteriores:

— la superpoblación (la bomba P) y los desequilibrios demo-económicos;
— lo precario del equilibrio nuclear (la bomba H).

Se trata de la toma de conciencia reciente de una amenaza global a la especie humana ante el doble peligro del agotamiento de los recursos vitales y de la polución de la biosfera.

En la perspectiva que acabamos de dibujar—desarrollo de las actuales condiciones y emergencias de unos cambios importantes—la tabla 11 [88] presenta las hipótesis polemológicas para la secuencia prospectiva 1975-2000.

En lo que hace a un Estado dado—Francia por ejemplo—, las hipótesis particulares sobre el mismo derivan de hipótesis generales mundiales en la medida, variable según el caso, en que se encuentra:

— directamente implicado en estas perturbaciones;
— o simplemente, indirectamente afectado por ellas;
— o relativamente preservado de sus perturbaciones y de sus consecuencias.

Pero en nuestro «mundo finito» y en nuestra época marcada por la mundialización y la globalización

[88] Ver tabla 11, págs. 228 a 230.

TABLA 11

HIPÓTESIS POLEMOLÓGICAS PARA LA SECUENCIA PROSPECTIVA MUNDIAL 1975-2000

HIPÓTESIS H (y sub-hipótesis S) *a*	CAUSAS FAVORECEDORAS *b*	CONSECUENCIAS POSIBLES *c*
H1. Catástrofe nuclear (o por armas biológicas, o químicas, o climáticas). S1. Guerra nuclear interestatal. S2. Guerra civil nuclear (que puede desembocar en S1). S3. Terrorismo nuclear (que puede desembocar en S1).	1. Estructuras demoeconómicas fuertemente desequilibradas. 2. Ruptura del equilibrio nuclear. 3. Impotencia para dominar: — las guerras no nucleares, — los microconflictos persistentes, — las crisis, — las subversiones humanas o los riesgos de subversión. 4. Desesperación y «huida hacia adelante». 5. Error, accidente, provocación. 6. Fallo en la disuasión nuclear. 7. Graves crisis de sucesión del poder.	1. Megapérdidas (cientos de millones de pérdidas). 2. Bloques enteros de civilización arruinados. 3. Trauma de la conciencia universal.
H2. Guerra mundial (sin utilización de armas A.B.C. o con empleo táctico muy limitado) (tipo: 1939-1945, con temibles innovaciones). S4. El espacio y varios continentes son teatro de operaciones importantes. S5. Un solo continente, teatro de operaciones importantes.	Mismas causas favorecedoras.	1. Megapérdidas (cientos de millones de pérdidas). 2. Profundos cambios territoriales, políticos, sociales y económicos.
H3. Guerras extranjeras y civiles localizadas y limitadas con situación intermedia de «ni paz ni guerra» (tipo: las del período 1945 - 1974, con innovaciones agravantes). S6. En las zonas más sensibles (Europa, China, U. R. S. S., Próximo Oriente). S7. En las zonas más marginales.	1. Estructuras demo-económicas locales o regionales muy desequilibradas. 2. Sensibilidad de las tierras de ultramar en discontinuidad territorial con su Estado. 3. Impotencia para dominar: — los microconflictos, — las crisis.	1. Pérdidas importantes (posible más del millón de hombres). 2. Grandes cambios locales o «putrefacción» de las guerras. 3. Contragolpes económicos.
H4. Subversión de ciertas regiones por las poblaciones de otras regiones impelidas por desequilibrios económicos acentuados (tipo: forma moderna de las grandes invasiones). S8. Subversión de Europa. S9. Subversión de América del Norte. S10. Subversión de la U.R.S.S.	1. Estructuras demo-económicas regionales e intercontinentales fuertemente desequilibradas. 2. Impotencia para reducir esos desequilibrios y para dominar los correspondientes microconflictos.	1. Zona de caos. 2. Redistribución del poder.

TABLA 11. *(Conclusión.)*

HIPÓTESIS H (y sub-hipótesis S) *a*	CAUSAS FAVORECEDORAS *b*	CONSECUENCIAS POSIBLES *c*
S11. Subversión de África austral. S12. Subversión de Australasia. S13. Subversión de la parte ahora rica del Tercer Mundo.		
H5. Paz con crisis importantes (políticas, económicas y sociales mal dominadas).	1. Estructuras demo-económicas locales desequilibradas. 2. Insuficiencia del concierto internacional. 3. Temor nuclear.	1. Perturbaciones internas. 2. Tensiones e incidentes interestatales.
H6. Paz sin crisis importantes o con crisis dominadas.	1. Limitación, dominio y reequilibración de los desequilibrios demoeconómicos. 2. Capacidad de prevención y de dominio de los nervios. 3. Eficacia del concierto internacional y de la cooperación internacional. 4. Temor nuclear.	Paz relativa.

de todos los problemas, ya no hay lugares preservados, «islas» al amparo de la invasión de los peligros. Todos los países están embarcados en la misma y única «nave espacial Tierra», sometidos a las tempestades y expuestos a un naufragio, pero también a una feliz navegación.

Y en este mundo «finito» e interdependiente, en el que los recursos son limitados, toda decisión «egocéntrica» tomada sin considerar las estrategias de los demás puede crear un conflicto y tomarse por una agresión.

Las hipótesis que se pueden adelantar desde un punto de vista polemológico son, pues, diversas y van desde la guerra más destructora hasta la paz relativa menos perturbada.

Los porvenires del mundo son múltiples. Muchas cosas son posibles, pero ninguna hay cierta o fatal, ya que un desequilibrio y una diferencia pueden ser o bien campo de cooperación o bien fuente de enfrentamiento, pues la dinámica conflictual está hecha de equilibrios inestables.

Los resultados y desenlaces quedan sin determinar por dos razones:

Por una parte, el hombre y el político siempre tienen, en cierto modo, el poder de retrasar o acelerar los acontecimientos.

Por otra parte y sobre todo, incluso cuando se reúnen las condiciones para que un acontecimiento se presente como probable, existe una incógnita sobre el momento de su maduración y de su explosión que pueden ser retrasados o acelerados, o provisionalmente pospuestos o incluso abortados por un único factor, una sola circunstancia, o un conjunto de factores o de circunstancias. Lo compro-

bamos ya para un acontecimiento tan simple como la floración de una planta, la maduración de un fruto o el nacimiento de un ser vivo. Con mayor motivo, para un acontecimiento sociológico que, por su carácter colectivo, es mucho más complejo y aleatorio.

De este modo, en 1957, una mente tan penetrante como la de Luis Armand, alerta tras las consecuencias del conflicto de Suez (1956) e inquieta por lo falso de la industria europea cada vez menos segura de su apoyo energético, podía anunciar la crisis del petróleo. Pero ¿para cuándo? Se necesitó la conjunción de la guerra del Kippur para desencadenarla quince años más tarde, en octubre de 1973. Y es que el porvenir, la vida de las sociedades, la historia, tienen un poder de creación que va más allá de lo que el hombre pueda imaginar, de lo que pueda concebir un hombre o un grupo de hombres, y que es capaz de sorprender o de hacer fallar sus cálculos y sus previsiones. Pero la grandeza del pensamiento humano consiste en intentar siempre vislumbrar los porvenires posibles, al tiempo que permanece consciente de los límites y los azares de su búsqueda. Además, muy probablemente no sería bueno que el hombre pudiera conocer de antemano su porvenir, ya que al verse limitado por él, se limitaría a sí mismo aún más y le quitaría a su vida esa capacidad de creación y de acción sobre los acontecimientos que forman parte de su destino, de su drama y también de su dignidad.

No es bueno para el hombre y para la humanidad que todo le sea desconocido, pues eso sería rebajarle al rango del animal sin pensamiento. Pero sin duda tampoco es bueno que todo le sea conocido,

ya que eso supondría para él estar determinado, convertirse en fatalidad o en providencia, mientras que por su destino se encuentra entre una y otra.

Puede, por el contrario, forjar hipótesis y descubrir un campo de posibilidades. De las que hemos presentado, destacan algunos factores:

— en casi todos los casos, los desequilibrios de las estructuras demo-económicas son a la vez una de las causas profundas de las guerras y uno de los mejores indicadores, «barómetros» de las amenazas a la paz.

Hemos entrado en un sistema de referencias nuevo y mundial, en el que el valor y las necesidades han cambiado y en el que, con la información de los *mass media,* cada grupo ha tomado conciencia de la separación que existe, por ejemplo, entre sus posibilidades y sus esperanzas y, por otra parte, la distancia que separa su situación de la de otros. Toda diferencia excesiva se soporta peor, se siente como una injusticia, se hace conflictual. Toda privación relativa desencadena el proceso frustración-agresión e inspira violencia [89];

— los microconflictos son los síntomas, y a menudo, los pródromos, los signos precursores de los más graves peligros, las guerras;

— no hay que excluir dos tipos nuevos de amenazas:

[89] Ver *Violence in America* (informe oficial presentado en 1969 a la comisión internacional instituida a petición del gobierno americano).

— el terrorismo nuclear, engendrado por la desesperación de pequeños grupos;
— las sumersiones, provocadas por la desesperación de grandes masas humanas [90].

3. Algunas consecuencias de estas perspectivas

Las perspectivas indicadas no *serían más* que elucubraciones si no estuvieran acompañadas de una reflexión capaz de iluminar y orientar los comportamientos humanos. Con el fin de que la acción de los hombres favorezca la realización de los mejores futuros posibles para la humanidad, y la neutralización de aquellos que le serían más nefastos.

La afectividad colectiva, como la afectividad individual—con una diferencia no sólo de escala sino también de naturaleza—, puede adoptar dos formas contrarias en constante competencia: la agresividad homicida y el altruismo.

En los orígenes de las guerras casi siempre hay —y ésta es la hipótesis fundamental de la polemología—una agresividad colectiva engendrada por unas estructuras—demo-económicas, geográficas, mentales...—desequilibradas y por las frustraciones o los abusos resultantes.

Interesa por tanto ver cómo esa agresividad irracional, confusa e inconsciente puede llegar a conver-

[90] Una encuesta realizada recientemente por la Oficina americana de Inmigración y Naturalización establece en 12 millones el número de trabajadores extranjeros que trabajan clandestinamente en el territorio de los EE. UU. (*Journal de Genève,* 1-2 de febrero de 1975).

tirse en animosidad racional y dirigida. Parece ser que la agresividad colectiva, por una *cuádruple racionalización,* se fija o recibe:

1. *Un fin, una meta* que le imprime su dirección general de expansión y que es su razón de ser.

2. *Un punto de aplicación, un enemigo*—enemigo hereditario, o nuevo, o circunstancial (aquí interviene el complejo del Chivo expiatorio)—y un tercero solicitado como *aliado* o como *mediador* ante ese enemigo.

3. *Unas motivaciones*—ideológicas, políticas, económicas...—, ya que los grupos humanos, como los individuos, necesitan, para aceptar morir en combate y matar en él a otros hombres, unas razones y unos alicientes que les exalten.

Éstas van unidas a unos *sistemas de valores* y se encarnan en ejemplos: *héroes reductores del enemigo.*

4. Una *querella,* que es la ocasión o el pretexto para movilizarse en violencia efectiva.

Por esta cuádruple racionalización, la agresividad inconsciente y no orientada se convierte en animosidad consciente y dirigida, en hostilidad que da paso a hostilidades.

Este proceso subyace en casi todas las guerras y revoluciones del período estudiado, 1740-1974. Los ejemplos más claros son:

— en el plano intraestatal, la guerra de Independencia americana (1775-1783);
— a nivel interestatal, la guerra franco-alemana de 1870,

Resulta interesante estudiar si en los orígenes de las *paces* y de las *uniones* no hay un proceso análogo de racionalización.

En todo grupo humano, como en todo hombre —con diferencia no sólo de escala sino también de naturaleza—existe, junto a un lado potencial de agresividad, un potencial de altruismo (simpatía, amor) igualmente regido por las estructuras y sus diferencias, fuentes posibles de complementariedad, de intercambio, de reparto y de solidaridad.

Este altruismo potencial se fija o recibe:

1. Una *finalidad*, una *meta*, que le imprime una dirección general de realización.

2. Un *punto de aplicación*, otro, considerado como *compañero* y no como adversario, y un punto de apoyo solicitado como *mediador* de esta cooperación. Se necesita sin duda otro punto de apoyo: un *enemigo externo*.

3. Unas *motivaciones* que hagan superar el egoísmo, la inercia y el temor, para consagrarse, darse a otro para realizarse junto a él. Estas motivaciones van así mismo unidas a unos valores y se encarnan en ejemplos: los *héroes unificadores*.

4. Por último, un *encuentro* para movilizarse en generosidad y en amor.

Por esta cuádruple racionalización, el altruismo inconsciente y no orientado se convierte en simpatía consciente y dirigida.

La tabla 12[91] representa esta cuádruple racionalización de la agresividad o del altruismo.

[91] Ver tabla 12, pág. 237.

TABLA 12

LA CUÁDRUPLE RACIONALIZACIÓN: DE LA AGRESIVIDAD, DEL ALTRUISMO

Proceso	*Las dos vías posibles*	
Germen inicial	AFECTIVIDAD AMBIVALENTE	
	AGRESIVIDAD *inconsciente y difusa*	ALTRUISMO *inconsciente y difuso*
1. Una finalidad (meta).	Una finalidad (meta).	Una finalidad (meta).
2. Un punto de aplicación.	1. El otro: — considerado adversario, — y excluido como enemigo. 2. Un tercero: — solicitado como aliado o como mediador.	1. El otro: — considerado socio, — incluido como amigo. 2. Un tercero (mediador). 3. Un enemigo exterior (movilizador común).
3. Motivaciones: — de los sistemas de valores, — de los ejemplos.	Motivaciones exclusivas. Sistema de valores cerrado. Héroes reductores del enemigo. Una querella.	Motivaciones unificantes. Sistema de valores abierto. Héroes unificantes.
4. Una circunstancia.	Animosidad consciente, dirigida y encarnada.	Un encuentro.
Resultado psicológico cuádruple.		Simpatía consciente, dirigida y encarnada.
Resultado eventual.	GUERRA (MUERTE) MICROCONFLICTOS VIOLENTOS	PAZ (VIDA) UNIÓN

Entre estas dos vías, la crisis dominada equivale a admitir al otro como antiguo y futuro socio y reconocerle como interlocutor.

Se plantea una cuestión fundamental: en razón del poder fuertemente movilizador que tienen la existencia y la representación de un enemigo, ¿es posible concebir un proceso de racionalización y de encarnación del altruismo sin enemigo? Parece ser que no. Pero mientras el enemigo fue por ejemplo antaño el bárbaro (o el romano), el musulmán (o el cristiano), el armañac (o el borgoñón), el protestante (o el católico), el germano (o el eslavo o el latino), el enemigo tiene que situarse, en el altruismo, en el exterior del hombre, de la especie humana considerada en su unidad. En la religión cristiana, esta función del enemigo, exterior al plano de la salvación del hombre, ¿no la desempeñó antes con más fuerza que en nuestros días el diablo, el príncipe de las tinieblas?

Resulta interesante en este punto precisar cuál ha sido la evolución del tríptico enemigo-aliado-héroe.

Hasta 1945, la noción de enemigo y la que correspondía al héroe eran vivaces, claras y muy motivadoras. Si tomamos, esquematizándolo, un ejemplo histórico afortunadamente superado, el francés del período 1871-1914 podía considerar y representarse al enemigo como el alemán ocupante de Alsacia-Lorena, a los aliados como aquellos (rusos, ingleses...) que llegado el momento podían ayudarle a recuperar sus provincias perdidas, y como héroes tenía a esos personajes de las estampas de Epinal—Bara, Viala, Sidi Brahim, Camerone, Bazeilles...—cuyas virtudes y sacrificio eran ejemplares. Y como el mundo cambiaba poco y lentamente, un enemigo podía durar decenios e incluso siglos para cimentar la cohesión y la resolución nacionales. Así, para Francia

lo fue el inglés de 1688 a 1840 y el alemán de 1866 a 1945.

Pero después de 1945, la noción de enemigo, y por ende las de héroe y aliado, se han desdibujado en las conciencias por varias razones.

La sociedad humana, embarcada en un mundo finito en la nave espacial Tierra, ha tomado conciencia de su unidad y de su solidaridad.

La menor perturbación en un punto cualquiera de su organismo repercute inmediatamente por la velocidad y la potencia de los *mass media* en todos los puntos y en su propia conciencia. La mutuación de las situaciones es tal que el enemigo de ayer se convierte pronto en el compañero de hoy y en el posible amigo de mañana. Las guerras recientes, como las dos guerras civiles europeas de 1914-1918 y de 1939-1945, y como muchas guerras de descolonización, se nos antojan, a pesar de sus heroísmos, empresas ilusorias y vanas, fracasos políticos y, en cualquier caso, pruebas crueles y sangrientas.

La experiencia y la prospectiva le han enseñado a no pasmarse ante el primer eslabón de la evolución polemológica—paz actual-guerra posible—, sino que debía extender su exploración al doble eslabón—paz actual-guerra-paz futura—para mejor fundamentar la paz futura por otras vías menos imperfectas y menos sangrientas que la guerra.

El antiguo adagio romano: «Si deseas la paz prepara la guerra», que conserva cierto valor de seguridad, pero que la polemología propone completar con una máxima más penetrante: «Si deseas la paz, conoce la guerra», ha de completarse con la norma de sabiduría política: «Si deseas la paz, aprecia las po-

sibles paces futuras, las que pueden salir de la guerra y las que pueden salir de la economía de una guerra».

Por último, y quizá sea ésta la principal razón del eclipse del enemigo, mientras que hasta ahora la guerra solamente amenazaba a una parte limitada de la humanidad, a partir de ahora, con la guerra nuclear (o A.B.C.), es toda la especie humana la que se encuentra amenazada en sus obras vivas, en su porvenir de civilización e incluso en su existencia sobre el planeta.

Pero este eclipse del enemigo, y por lo mismo del par enemigo-héroe, presenta un grave peligro. Puede ser una de las causas del malestar de la juventud que, más que cualquier otra edad, necesita heroísmo. Cabe preguntarse si un grupo humano, cualquiera que sea su dimensión, no tiene necesidad para asegurar su cohesión y su dinamismo, de un enemigo externo a él y de los héroes, encarnaciones míticas o reales de su ideal, de sus valores, de sus motivaciones.

En nuestra época, ese enemigo exterior, sin duda necesario para la movilización de las energías y de los sacrificios, sería *aquello* que se opone a la evolución armoniosa y pacífica de la humanidad, sentida como una y solidaria. Podría tratarse del grupo de los cuatro jinetes del Apocalipsis modernos: la Degradación de la Vida [92], el Hambre, la Guerra Nuclear, la Muerte.

Lo que importa es que la sociedad mundial tenga de ese enemigo—de la moderna Hidra de Lerna—, que sobre ella hace pesar una amenaza mortal, una conciencia lo bastante viva y una representación lo

[92] Polución, agotamiento de la biosfera, deterioro de los marcos de la vida y de los valores, deshumanización de la vida.

bastante clara como para afrontar, solidaria, su desafío. Y que considere que a partir de ahora ya no hay más que un solo enemigo exterior verdaderamente amenazador: lo que extermina al hombre.

Como escribía Saint-Exupéry: «No me agrada que me estropeen a un hombre». Y el héroe moderno sería aquel que, por su invención y su arrojo, hiciera retroceder la amenaza que pesa sobre el hombre y sobre toda la humanidad en general, atacando con éxito los factores de los efectos negativos del crecimiento.

Y cada grupo social y político, cada hombre, se encuentra comprometido en esta lucha por el hombre. Porque este enemigo no se encuentra solamente en las fronteras de la humanidad, en donde resultaría demasiado lejano para suscitar el compromiso coordinado y convergente de todos; está presente y actúa sobre los «frentes interiores» de cada Estado e incluso de cada individuo.

Así pues, si en nuestra época el compromiso requiere un concierto mundial—podemos verlo muy bien en los campos de los recursos naturales y de la polución—, sigue siendo—afortunadamente—a la vez nacional y personal.

En cada peldaño—sociedad internacional, naciones, colectividades locales, personas—habrá que actuar para preservar todo el terreno humano.

Eso sería dar a la paz un carácter positivo que le resulta necesario, un sentido, un significado, una palanca.

En este punto de la interpretación, se plantea una cuestión crucial, una objeción que no podemos eludir.

Hemos visto que de 1740 a 1974, y muy probablemente desde los comienzos de la humanidad, guerras

y revoluciones eran al mismo tiempo expresión y transformación de las sociedades y que contribuían a cumplir en ellas cinco funciones: destrucción demo-económica, especulación de ganancias, lúdica, sustitución de estructuras, derrocamiento o consolidación de un poder interno o de una potencia internacional.

Si hasta ahora guerras y revoluciones han desempeñado este triple papel importante de expresión, transformación, funcionamiento de las sociedades, ¿cómo podemos esperar, si no su supresión, al menos su regresión? Ya que una sociedad, para vivir y prosperar, necesita expresarse, transformarse, asegurar todas sus funciones. Y una sociedad bloqueada está condenada. ¿Podríamos entonces prescindir de las guerras? ¿Y por qué, podrían replicarnos, no dejar que las guerras limpien y barran el mundo? La pregunta y la crítica son serias, pero no resisten un examen de la realidad histórica y sociológica global que demuestra que, en cierto modo, las guerras distan mucho de ser la única solución a las necesidades y aspiraciones del universo.

En primer lugar, las sociedades, para expresarse, tienen afortunadamente otros medios que no sean guerras o revoluciones: lenguas, culturas, religiones, filosofías, políticas, artes... Además, para transformarse tienen otras vías menos violentas que las guerras: la evolución de las condiciones naturales, de las mentalidades y de las conciencias, los avances de los conocimientos y de las técnicas, las modificaciones de las representaciones del espacio, de la materia y del tiempo.

Por otra parte, otros agentes que no sean las guerras pueden así mismo asegurar las cinco funciones in-

dicadas, y éstas no son las únicas que existen en las estructuras y en las mutaciones sociales [93].

Por último, y este factor es capital, desde 1945 se ha producido un cambio fundamental cuyas componentes son:

— los límites del mundo ahora finito;
— la mundialización y la globalización de los problemas;
— la existencia del hecho y del riesgo nuclear, el poder de destrucción de los hombres masiva e instantáneamente, superior a su poder de creación;
— la aparición de un enemigo nuevo, común y externo a la especie humana, más auténtico y peligroso que los antiguos enemigos internos, que suscita una coalición global en lugar de luchas intestinas.

Este cambio requiere una modificación de la estrategia de la especie humana que puede y debe tender a sustituir lo más posible las guerras por sustitutos menos peligrosos y más aceptables, ya que las guerras del período 1740-1974 demuestran que el enfrentamiento violento, que a corto plazo parece atractivo y fructífero, resulta desastroso a largo plazo. Una mejor toma de conciencia del «largo plazo» modifica felizmente la estrategia general; ya que si se tiene en cuenta el «largo plazo», alargando la escala del tiempo, se pueden equilibrar los puntos de vista que, de ser antagonistas, pasan entonces a ser complementarios.

Desde ese punto de vista, cabe, por una acción

[93] Ver tabla 13, pág. 244.

TABLA 13

FUNCIONES SOCIOPOLÍTICAS Y FENÓMENOS QUE CONTRIBUYEN A CUMPLIR ESTAS FUNCIONES

NOTA:

1. Las relaciones causales fenómenos-funciones están indicadas, tal y como parecen existir según los estudios polemológicos, pero, naturalmente, sin juzgarlas desde un punto de vista moral o de valor.
2. La guerra nuclear bloquea y desmantela dos de las antiguas funciones de la guerra: la función de especulación y la función lúdica. Por el contrario, exacerbaría la función de destrucción demo-económica hasta hacerla demencial.
3. Si unas funciones son necesarias, sólo se pueden suprimir los fenómenos que las cumplían sustituyéndolos por otros mejores. Encontrar y hacer viables unos sustitutos posibles supone naturalmente un esfuerzo de inventiva, de conversión, de voluntad política, de solidaridad. Las vías y los sustitutos señalados solamente tienen valor indicativo y no limitativo o exhaustivo.
4. La paz es obra política y de equilibrio.
5. La estrategia de la paz debe ordenar e incluir la estrategia de la guerra.

Funciones	*Fenómenos que en el pasado (hasta 1945) cumplieron esas funciones*	*Probabilidad de que puedan aún a partir de 1975 cumplir esas funciones*	*Vías y posibles sustitutos en 1975 o por encontrar, para mejor asegurar esas funciones **
1. Destrucción demo-económica.	Guerras y revoluciones.	Sí	Obra de educación.
	Hambres.	Sí	
	Epidemias.	Limitada	
	Regulación de los nacimientos (ej.: Europa, Japón, China).	Sí	Regulación de los nacimientos.
	Monacato.	Limitada	
	Desarrollo armónico de los recursos.	Sí	Desarrollo armónico de los recursos. Renovar el contenido y la forma del intercambio para que sea mutuo y no desigual. Encontrar *motivaciones* nuevas funcionales que tiendan a la paz **.
	Equilibrio (interno e internacional de las progresiones demo-económicas).	Sí	Equilibrio (interno e internaconal) de los programas demo-económicos (reducción de subpresiones y depresiones). Desarrollo económico y cultural. Desarrollo de los intercambios. Mejor conocimiento y reconocimiento del otro.
2. Especulación de ganancia.	Guerras y revoluciones.		Nuevas motivaciones.
	— (Guerra nuclear).	No	Reducir el hastío **.
	— Guerra mundial.	No	Obra de educación.
	— Guerras locales y limitadas.	Sí	Sublimación o transposición de la agresividad colectiva (intercambios, negociaciones).
	— Microconflictos.	Sí	Práctica de la teoría de los juegos. Prevención, tratamiento y dominio de las crisis. Desarrollo de los intercambios.

TABLA 13. *(Continuación.)*

Funciones	*Fenómenos que en el pasado (hasta 1945) cumplieron esas funciones*	*Probabilidad de que puedan aún a partir de 1975 cumplir esas funciones*	*Vías y posibles sustitutos en 1975 o por encontrar, para mejor asegurar esas funciones **
			Mejor conocimiento y reconocimiento del otro. Restablecimiento del juego de las responsabilidades en el seno de las comunidades humanas (región, barrio).
3. Lúdica.	Guerras y revoluciones (sobre todo guerras feudales, de príncipes, campañas coloniales).	No	Descubrimiento y creación de espacios libres. Desarrollo de las competiciones pacíficas (deportes, etc.). Conquista pacífica del espacio. Cooperación internacional en grandes proyectos (explotación del fondo del mar, etc.). Encontrar nuevas motivaciones **.
4. Sustitución de estructuras.	Guerras y revoluciones.	Sí	Reforma de las estructuras. Prevención de las crisis. Dominio de las crisis.
	Políticas internas y políticas internacionales.	Sí	Políticas internas y políticas internacionales. Internacionalización de las grandes vías de agua.
5. Derrocamiento o consolidación de poderes internos o de potencias internacionales.	Guerras y revoluciones. Políticas internas y política internacional.	Sí Sí	Reforma de las estructuras. Prevención de las crisis. Dominio de las crisis. Políticas internas y política internacional. Encontrar nuevas *motivaciones* **.

* En el marco de este trabajo, y teniendo en cuenta el campo de la polemología (tabla 9, página 212), ésta lo único que puede hacer es enumerar esas vías posibles y sugerirlas a la acción política como ejes de investigación y como oportunidades para el futuro.

** Nada hay tan importante como crear unas *motivaciones* nuevas funcionales que tiendan a la paz, ya que las motivaciones son necesarias para cada persona y para los grupos. La ausencia de motivaciones es muy grave, generadora de negativas, de huidas, de desviaciones—crisis de civilización actual, en particular de la juventud—. La existencia de motivaciones belígeras es peligrosa. Se trata, pues, de inventar y promover nuevas motivaciones adaptadas a las aspiraciones y a las necesidades del mundo actual. Como en todas las épocas, tendrá que ser obra de los creadores de religión, de los pensadores, de los guías de la opinión, de los políticos.

preventiva de gran duración, promover y realizar una sustitución de las estructuras deficientes o generadoras de guerras; reconsiderar en una visión global todos los sistemas existentes, ya que en la actual crisis de civilización una simple regulación no basta. Lo que hay que imaginar y fundamentar es la arquitectura del mundo de mañana, por las vías más pacíficas, que siempre son las más racionales, las más globales, las más voluntarias.

Este «mundialismo» bien entendido no puede desvirilizar a ningún pueblo ni debilitar en él un justo sentimiento nacional. ¿Qué hombre no desearía que las sociedades, aunque estén llamadas a superarse, de su cultura le sobrevivan durante el mayor tiempo posible, y que su pueblo, su ciudad, su región, su patria, su conjunto cultural participen armoniosamente, hasta el fin, de la vida cósmica de la humanidad?

A MODO DE CONCLUSIÓN

No es posible concluir una investigación aplicada limitada a dos siglos de guerras y de revoluciones. Por eso, sólo a modo de conclusión, recordaremos las principales ideas que se desprenden del análisis y las reflexiones que éste puede inspirar.

De 1740 a 1974, los conflictos armados mayores —guerras y revoluciones—, aunque tuvieron un carácter proteiforme en el espacio y en el tiempo, han sido una de las expresiones características de las sociedades: engendrados por ellos, las transforman.

A este respecto expresaron, entre 1740 y 1945, la dualidad y la dialéctica de un mundo bipolar basado en la propiedad de tierras y en la frontera territorial. *Dos grupos geopolíticos, cada uno de los cuales está lejos de ser monolítico:*

— por una parte, una sociedad compleja de Estados europeos, foco de altas presiones demográficas, ideológicas, materiales, políticas;

— por otra, sociedades distintas más arcaicas y más parceladas—tribus, clanes, principados, antiguos imperios decadentes—en los otros tres continentes, focos de bajas de bajas presiones en los mismos terrenos. En primer lugar, sociedades aisladas, menos que en 1453 en tiempos del caballo y del remo, cuando las sociedades china, europea, africana, azteca, inca se desarrollaban de forma independiente en una mutua ignorancia; luego mundos en contactos y en relaciones cada vez más estrechas cuando la vela y el vapor las acercaron, antes de que el avión y los *mass media* les hicieran participar de un mismo movimiento general y planetario.

De la sociedad europea a las sociedades de los demás continentes tenemos un vasto flujo de colonización que alcanza su punto culminante en el siglo XIX y termina en 1934.

Pero ya a finales del siglo XVIII la colonización empieza a engendrar su reflujo, la descolonización.

Las altas presiones europeas disminuyen, por el hecho de la discontinuidad territorial, de las diferencias raciales y étnicas, de las mentalidades y de las culturas que frenan los intercambios y la amalgama de los imperios, y con el tiempo se forman disparidades crecientes entre las metrópolis y las colonias.

Debido también a las guerras civiles europeas que debilitan a las metrópolis y ponen en tela de juicio la credibilidad de su superioridad. La independencia americana sigue a la guerra de los Siete Años, la primera rebelión de Santo Domingo a las guerras de la Revolución (la independencia de América latina

a las guerras del Imperio, la descolonización de África y Asia a las dos guerras mundiales.

Simultáneamente, las bajas presiones tricontinentales—América, Asia, África—resisten, por el hecho mismo de las aportaciones de la colonización y de la reacción de las tomas de conciencia nacionales, como fuera el caso en Europa central y balcánica entre 1848 y 1918.

Desde 1945, el mundo, con la descolonización, ha adquirido una nueva estructura de las sociedades y otro carácter bipolar. Aquí también tienden a manifestarse dos grupos, ambos lejos de ser monopolíticos.

Por una parte, una sociedad de estados jóvenes nacidos de la descolonización, sociedad compleja y disparatada, pero que tiene en común el recuerdo de sus orígenes, su juventud, y el hecho de haberse convertido a su vez, gracias a la aportación de la propia colonización—medicina, tecnología, información—, en un foco de altas presiones demográficas, ideológicas y materiales (petróleo y materias primas).

Por otra parte, una sociedad dividida, de Estados antiguos, aún focos de altas presiones tecnológicas civiles y militares, agrícolas e industriales, pero focos de bajas presiones demográficas—importancia de la inmigración—e ideológicas.

Por tanto, por una auténtica inversión copernicana, el mundo aún bipolar [94] conoce una dualidad y una dialéctica inversas a las anteriores.

Los conflictos armados mayores del período 1740-1974 han nacido de una diferencia demasiado grande de presiones y de dinamismos entre Europa y los otros tres continentes.

[94] Pero con una reciente tendencia a la multipolaridad.

Conflictos de colonización y de rivalidades coloniales cuando Europa se encontraba claramente en estado de relativa supresión. Las dos guerras mundiales se inscriben en cierto modo en ese contexto de conflictos de colonización, ya que conquistar por la fuerza la supremacía en Europa, entonces centro de la potencia mundial, suponía al mismo tiempo conquistar el dominio de los mercados del mundo.

Conflictos de descolonización y de sucesión de imperios coloniales cuando esa supresión se debilita. Cabría temer en los próximos decenios unos *conflictos de poscolonización* si no se establecen entre Europa y los demás continentes un equilibrio basado en la razón, un interés bien entendido y un sentido de las solidaridades.

Varias actitudes podrían contrariar un retorno pacífico al equilibrio.

Por parte de las sociedades nuevas, un espíritu de revancha nacido del resentimiento de una larga humillación y frustración, y a su vez una voluntad de dominio.

Por parte de las sociedades occidentales, el peligro es más sutil. Podrían, o bien retranquearse en una actitud puramente defensiva, puntuada de reacciones ofensivas peligrosas, o bien abandonarse a un complejo de culpabilidad y a un remordimiento de conciencia que las pondría en situación de debilidad peligrosa, ya que, como la naturaleza, la potencia siente horror al vacío. En ambos casos, equivaldría a dejar el campo libre a la agresividad, directa o indirecta.

Así, cada uno de los dos protagonistas de la nueva situación geopolítica tiene que exorcizar y dominar

sus propios demonios internos. Así como una familia y un Estado salen ganando cuando el inevitable conflicto generacional se resuelve por una superación comprensiva y no por un enfrentamiento, así en la nueva sociedad de los Estados—los Estados antiguos y los Estados jóvenes—será mejor si el conflicto se soluciona por una superación análoga y no por la violencia.

Las sociedades nuevas, fortalecidas por su juventud, tienen que superar las dos tentaciones de revancha y de dominio con vistas a proseguir un desarrollo preservado y armonioso. A ello puede ayudarles el sentimiento de que el ciclo colonización-descolonización les ha permitido, a pesar de sus sufrimientos y de sus dramas, convertirse en lo que son con su reencontrada identidad, ahora enriquecida.

Las sociedades antiguas, fortalecidas por su experiencia política y su creatividad tecnológica, tienen que superar las dos tentaciones de reacción y de abandono, con vistas a preservar lo que en ellas haya de bueno. Antes de luchar vana y peligrosamente contra su culpa en errores pasados, reales o falaces, tienen que ajustarse al presente tal como es y al porvenir que contribuirán a forjar. A ello puede ayudarles el sentimiento de que el ciclo colonización-descolonización ha hecho, a pesar de sus excesos y de sus errores, el mundo de hoy, con sus posibilidades.

Cuenta Saint-Exupéry que Guillaumet, perdido en los Andes, se daba ánimos pensando que «los demás le necesitaban» y que esa idea le ayudó a sobrevivir, a salvarse y salvar otras vidas. De ese modo las sociedades antiguas pueden y deben sostenerse con la idea exaltadora de que el mundo aún las necesita.

Así, en el mundo ya finito, cada uno de los dos

grupos de sociedades, acercadas por el sentimiento de su común pertenecer a la humanidad y de sus respectivas responsabilidades complementarias para escapar juntos a los apocalipsis modernos—nuclear, demográfico, polución, agotamiento de los recursos vitales—debe aportar su insustituible contribución en un espíritu de cooperación.

Puesto que, sin duda, se necesita un enemigo y un héroe para que los grupos humanos puedan basar sobre ellos su unidad, animar su voluntad y exaltar su entrega, las distintas sociedades actuales tendrán, sin duda, que buscarse un enemigo común externo a la sociedad humana y unos héroes de esta nueva época de la humanidad.

Lo más importante en nuestros días es imaginar y promover nuevas *motivaciones,* a la vez exaltadoras y pacíficas, adaptadas a las aspiraciones y a las nesidades del mundo moderno. Porque las motivaciones son la condición de toda adhesión, de todo compromiso, de toda acción.

La invención moral y política es más necesaria que nunca. Un mejor conocimiento de las sociedades nacionales y de la sociedad internacional puede estimularlo [95].

¿Guerra o paz?

Guerra o paz: es la lucha, entre por una parte la fatalidad y el determinismo de las cosas, si las deja

[95] Ver «Vida y muerte de las sociedades humanas», en *Études polémologiques,* 15, enero 1975.

actuar o se las soporta pasivamente, y por otra parte, la libertad del hombre.

Si la fatalidad de las cosas vence a la libertad del hombre tendremos la guerra.

Si la libertad del hombre, negando a la vez el espíritu de dominio y el espíritu de dimisión, eligiendo entre «halcones» y «palomas», vence a la fatalidad de las cosas, tendremos la paz, al menos relativa.

La ausencia de una tercera guerra mundial, la limitación de los conflictos localizados, el dominio de la violencia, serán la señal de que las sociedades humanas contemporáneas son ahora dueñas de su destino común. Dirigentes y generaciones del siglo XX serán juzgados ante todo por la capacidad que hayan demostrado o no de evitar una tercera guerra mundial, que sería nuclear.

El hombre ilustrado de 1740, en su ingenuidad, su individualismo, su fe ciega en la razón y su ignorancia de los fenómenos de violencia, precipitó al mundo en las guerras totales, las revoluciones y los genocidios.

El hombre prometeico y angustiado de este final del siglo XX puede ahora sacar de su conocimiento, de su inquietud y del sentido reencontrado de sus solidaridades la lucidez y el valor necesarios para mejor dominar el fuego que robó a los dioses.

Tiene que quitarle a la guerra su sentido sagrado, y puede aceptar su desafío.

ANEXOS

I. ELEMENTOS DEMOGRÁFICOS DEL PERÍODO 1740-1974 [1]

1. *Número de personas nacidas en el mundo entre 1740 y 1974: 13.300 millones.*
2. *Número de personas nacidas en Francia entre 1740 y 1974: 222 millones.*

TABLA A

Tasa bruta de natalidad (por 1.000 hab.) en el mundo entre 1750 y 1973 [1, 2]

Períodos	*Países desarrollados*	*Países en vías de desarrollo*
1750-1800	38	41
1800-1850	39	41
1850-1900	38	40
1900-1910	34	41
1910-1920	26	40
1920-1930	28	41
1930-1940	22	41
1940-1950	20	40
1950-1960	22	43
1960-1970	19,3	39,2
1970-1975	17,2	37,8

[1] Referencia: Estudio del Instituto Nacional de Estudios demográficos con fecha 14 de octubre 1974. Los cálculos se basan en aproximaciones y dan órdenes de magnitud.

[2] Fuente: De 1750 a 1960: *La situación demográfica en*

TABLA B

Evolución de la población del mundo entre 1750 y 1975 (en millones) [3]

Fecha	*Países desarrollados*	*Países en vías de desarrollo*
1750	301	590
1800	248	730
1850	347	915
1900	573	1.077
1910	650	1.125
1920	682	1.155
1930	759	1.285
1940	821	1.446
1950	857	1.649
1960	976	2.019
1970	1.084	2.537
1975	1.133	2.855

el mundo en 1790 (Tabla 3), publicación de las Naciones Unidas (núm. de venta F. 71.XIII.4). De 1960 a 1975: *The World Population Situation in 1790-75 and its Long-Range Implications* (Tabla 5), publicación de las Naciones Unidas (núm. de venta E.74.XIII.4.).

[3] Fuentes: De 1750 a 1970: *Tendencias demográficas en el mundo y en sus principales regiones, de 1950 a 1970* (Tabla 1), documento de la Conferencia mundial de la Población, Bucarest, Rumania, 19-30 de agosto de 1974, E/CONF. 60/CBP/14. Para 1975: *The World Population Situation in 1970-75 and its Long-Range Implications* (Tabla 2), publicación de las Naciones Unidas (núm. de venta: E.74.XIII.4).

II. LISTA DE LOS 366 CONFLICTOS ARMADOS MAYORES

censados durante el período 1740-1974, analizados y comparados con vistas a la síntesis «Dos siglos de guerras y revoluciones, 1740-1974»

INTRODUCCIÓN

1. Los conflictos armados mayores (C.A.M.) censados son:

a) Las guerras extranjeras y civiles;
b) Las ocupaciones por la fuerza (ej.: Austria, 1938);
c) Las penetraciones militares;
d) Las revoluciones;
e) Las sublevaciones e insurrecciones;
f) Las matanzas con visos de genocidio;
g) Los disturbios violentos con valor importante de pródromo o de secuela o bien con consecuencias importantes en el plano interno o en el plano internacional.

La mayoría de esos C.A.M. son manifestaciones mayores de agresividad y de violencia colectivas con bajas importantes (muertos). Sin embargo, algunos, como las ocupaciones por la fuerza (ver *b*), pueden no haber acarreado pérdidas (muertos) al no haber resistencia inmediata.

Algunos de esos conflictos (menos del 5 por 100 del total) que pueden parecer de carácter marginal han quedado censados, en razón de su importancia (ver *g*).

Esto excluye los microconflictos—internos o interestatales—, ya que no tienen la dimensión polemológica requerida.

2. Los conflictos armados mayores se han clasificado por orden cronológico—de su desencadenamiento—, separando los decenios.

3. *Los que son conflictos interestatales (C.I.E.) van precedidos de un asterisco,* mientras que no hay indicación precediendo a los conflictos internos (CINT). Esto permite ver a primera vista la frecuencia, la imbricación y el encadenamiento de estas dos grandes categorías de conflictos armados mayores.

4. Cada conflicto armado mayor se inscribe de la siguiente forma:

— el año del comienzo, (el mes, de 1 a 12, cuando se conoce);
— el año de finalización (el mes, de 1 a 12, cuando se conoce);
— el nombre del conflicto armado mayor—precisando eventualmente su localización—(el nombre del tratado final, si existe);
— el volumen y la intensidad del conflicto armado mayor, marcados por tres números:

  — el de la población (en millones) en la época del conflicto, del Estado (o Estados) mezclados en el conflicto (ej.: 52 M);
  — el del volumen máximo de combatientes—número de unidades que participaban en el momento máximo, efectiva y simultáneamente al conflicto—(orden de magnitud, ej.: 450.000). No se tienen, pues, en cuenta las sustituciones;
  — el número de muertos (en unidades) militares y civiles a causa del conflicto—operaciones, matanzas, epidemias y hambres directamente relacionadas con el conflicto—(orden de magnitud, ej.: 60.000).

Nota importante. A causa de la dificultad, sobradamente conocida, de tener datos fidedignos y precisos del número de combatientes y de las bajas, los números que indicamos son órdenes de magnitud, tras estudiar y analizar cierto número de documentos. Estos órdenes de magnitud son suficientes para poner en cifras la información, ya que esto se hace por niveles.

5. Cuando no se conocían algunos de estos tres valores con seguridad, el número se sustituye por la indicación Ind. = Indeterminado.

6. Cuando uno de los números tiene, para una época

dada, una magnitud muy importante, se indica en bastardilla para resaltar aquellos conflictos más significativos.

7. *Ejemplos:*

*1740 (7) -1748 (5)	Guerra de sucesión de Austria (Tratado de Aquisgrán) (52 M - 250.000 - 90.000).
1747 -1749	Sublevación en China (Seu-chuán) (150 M - 40.000 - Ind.).
1830 (7) -1830 (7)	Revolución de 1830 en Francia (35 M - 20.000 - 2.000).
*1864 (11)-1870 (3)	Guerra del Paraguay (de los Tres Países de la Plata) (14 M - 35.000 *1.100.000).*
*1870 (7) -1871 (1)	Guerra franco-alemana (Tratado de Versalles (86 M - 950.000 - 250.000).
1871 (3) -1871 (5)	Insurrección de la Comuna en París (35 M - 120.000 - 20.000).
1872 (3) -1872	Insurrección de Kabilia (Si Mokrani) 35 M - 200.000 - 1.500).
1909 -1910	Matanzas en Turquía (Armenia) (27 M - 30.000 - 6.000).
*1914 (8) -1918 (11)	Primera guerra mundial (tratados de Versalles, Saint-Germain, Neuilly, Trianón, Sèvres) *(995* M - 15.000.000 - 8.500.000) (65 M de movilizados).
*1938 (3) -1938 (3)	Ocupación de Austria por el III Reich (76 M - 50.000 - *0).*
*1939 (9) -1945 (8)	Segunda guerra mundial *(1.700* M - *16.000.000 - 38.000.000)* (92 M de movilizados).
*1950 (6) -1953 (7)	Guerra de Corea (armisticio de Pam Mun Jom) *(976* M - 3.000.000 - *2.000.000).*
1952 (8) -1963 (12)	Revuelta (Mau-Mau) en Kenia (e independencia) (60 M - 60.000 - 45.000).
1966 (1) -1970 (1)	Guerra civil en Nigeria-Biafra (55 M - 200.000 - *1.100.000).*

Estado, por decenios, de los 366 conflictos armados mayores del período 1740-1974

Decenios a	Total por decenio b	De los cuales: Interestatales c	De los cuales: Intraestatales d	Observaciones (núm. de intraestatales que degeneran en interestatales) e
1740-1749	5	2	3	
1750-1759	4	3	1	
1760-1769	5	5	0	
1770-1779	6	2	4	1
1780-1789	10	5	5	1
1790-1799	11	6	5	
Total parcial 1740-1799	41	23	18	2
1800-1809	12	8	4	
1810-1819	14*	4	10*	
1820-1829	16	4	12	4
1830-1839	18	9	9	2
1840-1849	14	3	11	6
1850-1859	20	11	9	
1860-1869	26	15	11	1
1870-1879	21	13	8	1
1880-1889	13	10	3	
1890-1899	19	10	9	4
Total parcial siglo XIX	173	87	86	17
Total parcial 1740-1899	214	110	104	19

* No se tiene en cuenta la independencia, amistosa, de Brasil (1810-1822).

Decenios	Total por decenio	De los cuales		Observaciones (núm. de intraestatales que degeneran en interestatales)
		Interestatales	Intraestatales	
a	*b*		*d*	*e*
1900-1909	20	6	14	3
1910-1919	24	10	14	3
1920-1929	16	5	11	
1930-1939	19	9	10	
1940-1949	18	4	14	2
1950-1959	19	3	16	2
1960-1969	27	9	16	4
1970-1972	4	0	4	1
Total parcial 1900-1972	147	46	101	15
Total parcial 1740-1972	361	156	205	34
1973-1974	5	1	4	1
Total parcial 1900-1974	152	47	105	16
Total general 1740-1974	366	157	209	35

Observaciones.—Los conflictos armados intraestatales han tendido entre 1740 y 1974 a hacerse más numerosos que los conflictos armados interestatales.

En el siglo XVIII eran minoría, y estaban igualados en el siglo XIX. Entre 1900 y 1974 se han hecho más numerosos (104 contra 47). Las guerras civiles tienden, pues, a ganar terreno a las guerras extranjeras.

Paralelamente, el número de conflictos intraestatales que, como consecuencia de intervención extranjera, se convierten también en interestatales—como en Bangladesh en 1971—ha aumentado y tiende desde 1820 a representar aproximadamente el 15 por 100 de los conflictos intraestatales.

Análisis de los 366 conflictos armados mayores (período 1740-1972)

Observación.—Para cada conflicto armado mayor se indican en orden de magnitud tres números: 1.°, las poblaciones implicadas (en millones M); 2.°, los combatientes; 3.°, los muertos.

1740 (3) -1740 (10)	Insurrección del Hu-nan y expedición china (150 M - 80.000 - Ind.).
*1740 (12)-1748 (10)	Guerra de sucesión de Austria con enfrentamientos coloniales franco-ingleses (200 M - 250.000 - 90.000).
1741 -1741	Insurrección del Kuei-cheu y expedición china (150 M - 70.000 - Ind.).
*1741 (8) -1743 (8)	Guerra ruso-sueca (tratado de Turku) (30 M - 60.000 - 8.0000).
1747 -1749	Sublevación del Seu-chuán (150 M - 70.000 - Ind.).
*1750 -1756	Enfrentamientos coloniales franco-ingleses (Canadá, India) 120 M - 40.000 - Ind.).
*1755 -1757	Guerra de los Dsungares (China) (160 M - 110.000 - 600.000: matanzas).
*1756 (5) -1763 (2)	Guerra de los Siete Años, con enfrentamientos coloniales franco-ingleses (paz de Hubertsburgo y tratado de París (200 M - 350.000 - 550.000).
1758 -1759	Revuelta en el Turkestán chino (160 M - 20.000 - Ind.).
*1763 -1763	Invasión birmana en Yunan (China) (17 M - 20.000 - Ind.).
*1763 -1773	Conquista inglesa de las Indias (primera fase: la Compañía de las Indias Orientales) (60 M - 60.000 - Ind.).

*1765		-1770		Nueva invasión birmana en Yu-nan (China) (170 M - 120.000 - 40.000).
*1768		-1772		Primer reparto de Polonia (40 M - 30.000 - 0).
*1768	(10)	-1774	(7)	Guerra ruso-turca (tratado de Kainardji) (45 M - 140.000 - Ind.).
1771		-1776		Nueva revuelta en el Seu-chuán (China) (160 M - 60.000 - 120.000: matanzas).
1773		-1774		Sublevación de Pugachev (Rusia) (30 M - 30.000 - 18.000: matanzas).
*1773		-1818		Conquista inglesa de las Indias (segunda fase: Warren Hastings y Lord Wellesley; guerra mahrata) (80 M - 120.000 - Ind.).
1774		-1774		Revuelta del Chan-tong (China) (160 M - 40.000 - 30.000: matanzas).
1775	(4)	-1783	(9)	Guerra de independencia americana (Estados Unidos) (tratado de Versalles) (80 M - 120.000 - 20.000).
*1777		-1779		Guerra de sucesión de Baviera (tratado de Teschen) (8 M - 20.000 - 2.000).
1781		-1784		Represión contra una secta musulmana en Kanson (China) (160 M - 60.000 - Ind.).
*1783		-1801		Conquista del Cáucaso (protectorado persa) (primera fase: Georgia) (35 M - 80.000 - Ind.).
1786		-1788		Campaña china contra una rebelión en Formosa (160 M - 40.000 Ind.).
*1787	(8)	-1792	(1)	Guerra ruso-turca (tratado de Jassy) (60 M - 90.000 - Ind.).
*1788		-1789		Expedición china en Annam (170 M - 45.000 - 30.000).
*1788		-1790	(2)	Guerra ruso-sueca (35 M - 60.000 - Ind.).

*1788 (2)	-1791 (8)	Guerra austro-turca (paz de Sistova) (40 M - 80.000 - Ind.).
1788 (8)	-1790 (12)	Revuelta de los Países Bajos belgas (30 M - 40.000 - Ind.).
1789 (5)	-1799 (11)	Revolución francesa (25 M - 30.000 - 20.000).
1789 (6)	-1789	Sublevación en Estiria y Carniole (20 M - 20.000 - Ind.).
*1790	-1792	Campaña china contra Nepal (Tibet) (160 M - 80.000 - Ind.).
1791	-1794	Sublevación de los negros en Santo Domingo (Francia) (25 M - 40.000 - 20.000, muchos por matanzas).
*1792 (4)	-1795 (3)	Guerra de la Revolución francesa contra Austria y Prusia, luego contra la primera coalición (tratados de Basilea y La Haya) [1] (90 M - 1.200.000 - 550.000).
*1792 (5)	-1793 (1)	Segundo reparto de Polonia (40 M - 80.000 - 15.000).
1793 (3)	-1796 (3)	Guerra de Vendée (25 M - 150.000 - 60.000).
*1974 (3)	-1975 (10)	Tercer reparto de Polonia (40 M - 50.000 - 30.000).
1795	-1797	Campaña china contra la rebelión de Miao-tseu (160 M - 60.000 - 15.000).
*1795 (3)	-1797 (10)	Guerra de la Revolución francesa contra Austria, Inglaterra y los Estados italianos (tratados de París y de Campo-Formio) [2] (80 M - 400.000 - 200.000).
1795	-1803	Levantamiento de la secta del Loto blanco (China) (160 M - 80.000 - 20.000).
1796	-1796	Sublevación de Montenegro, que proclama su independencia (de Turquía) (30 M - 30.000 - Ind.).

[1] Inglaterra y Austria no firman el tratado y continúan.
[2] Inglaterra no firma el tratado y continúa la guerra.

*1797 (10)-1802 (3)	Guerra de la Revolución francesa y del Consulado contra Inglaterra, Turquía, Austria, Rusia y las Dos Sicilias (segunda coalición) (con campaña de Egipto) (tratados de Lunéville y Amiéns) (70 M - 600.000 - 200.000).
*1801 -1829	Conquista del Cáucaso (segunda fase) (30 M - 60.000 - Ind.).
1802 (2) -1804 (1)	Guerra de independencia de Santo Domingo (Haití) (27 M - 50.000 - 12.000).
*1803 (5) -1805 (12)	Guerra napoleónica contra Inglaterra y la tercera coalición (tratado de Presburgo) [3] (90 M - 600.000 - 120.000).
1803 (7) -1803 (9)	Insurrección en Irlanda (20 M - 20.000 - Ind.).
1804 (3) -1813 (10)	Primera insurrección serbia (Karageorges) (20 M - 60.000 - Ind.).
*1806 (1) -1807 (7)	Guerra napoleónica contra la cuarta coalición (tratado de Tilsitt) [4] (70 M - 800.000 - 300.000).
*1806 (10)-1812 (5)	Guerra ruso-turca y rebelión de los jenízaros (tratado de Bucarest) (55 M - 150.000 - Ind.).
1807 -1807	Rebelión de los indígenas de Kuku-Nor (160 M - 20.000 - 5.000).
*1807 (9) -1809 (10)	Guerra napoleónica de España y Portugal y contra la quinta coalición (tratado de Viena) [5] (70 M - 1.100.000 - 250.000).
*1807 -1837	Lucha de Sumatra contra los holandeses (y control de Sumatra) (15 M - 30.000 - Ind.).

[3] Inglaterra y Rusia no firman el tratado y continúan la guerra.
[4] Inglaterra no firma el tratado y continúa la guerra.
[5] España e Inglaterra no firman el tratado y continúan la guerra.

*1808 -1809 (9)	Guerra ruso-sueca (40 M - 50.000 - Ind.).
*1809 (10)-1814 (5)	Guerra napoleónica de España y contra la sexta coalición (primer tratado de París) (95 M - 1.800.000 - 600.000).
1810 -1822	Lucha de independencia de la Gran Colombia (Venezuela, Colombia, Ecuador) (Miranda, Bolívar) (25 20.000 - 5.000).
1810 -1811	Lucha de independencia de Paraguay (25 M - 20.000 - 2.000).
1810 (9) -1816 (7)	Lucha de independencia de Argentina (San Martín) (25 M - 20.000 - 5.000).
1810 (9) -1818 (2)	Lucha de independencia de Chile (San Martín) (25 M - 20.000 - 5.000).
1810 -1811	Lucha de independencia de Nueva España (Méjico) (Itúrbide) (25 M - 20.000 - 5.000).
1810 -1825 (8)	Lucha de independencia de Bolivia (25 M - 20.000 - 5.000).
1810 -1826 (1)	Lucha de independencia de Perú (San Martín - Sucre) (25 M - 20.000 - 5.000).
1810 -1828	Lucha de independencia de Uruguay y primera guerra de La Plata (25 M - 20.000 - 5.000).
*1812 (6) -1814 (12)	Guerra anglo-americana (Canadá) (tratado de Gante) (20 M - 60.000- Ind.).
1813 (10)-1814 (1)	Represión de una insurrección en Pekín y en el Ho-nan (200 M - 40.000 - Ind.).
*1814 (1) -1815 (8)	Suecia arrebata Noruega a Dinamarca (tratado de Kiel y acatamiento del acto de unión por parte de Noruega (6 M - 15.000 - 0).
1814 (8) -1815 (2)	Segunda insurección servia (Obreno-

	vich) y autonomía de Servia (20 M - 40.000 - Ind.).
*1815 (3) -1815 (6)	Guerra napoleónica de los Cien Días (séptima coalición, prolongación de la sexta coalición no dislocada; segundo tratado de París) (95 M - 1.200.000 - 110.000).
*1819 -1849	Conquista inglesa de las Indias (tercera fase: Sikhs, Punjab) (80 M - 300.000 - 4.000).
1820 (1) -1823	Revolución en España e intervención armada francesa (41 M - 360.000 - 3.000).
1820 -1821	Revolución en Portugal (2 M - 20.000 - Ind.).
*1820 (1) -1821	Mohamet Alí somete al Sudán y al Kordofán (12 M - 20.000 - 2.000).
1820 (7) -1821 (4)	Revolución en las Dos Sicilias con intervención armada austriaca (40 M - 30.000 - 3.000).
1820 (8) -1821 (4)	Disturbios en el Piamonte e intervención armada austriaca (40 M - 30.000 - 3.000).
*1821 -1826	Conquista por parte de Inglaterra de Ghana y resistencia de los achantis (30 M - 15.000 - 3.000).
1821 (3) -1929 (9)	Guerra de independencia griega y guerra ruso-turca (tratado de Andrinópolis) (125 M - 200.000 - 120.000).
*1824 (9) -1826	Conquista inglesa de Birmania (primera fase: costa del este y del oeste) (30 M - 140.000 - 15.000).

Recordar:

1810 -1822 (sin analizar)	Evolución de los vínculos entre Portugal y Brasil e independencia brasileña (amistosa).
1825 (12) -1825 (12)	Insurrección decembrista (Rusia) (52 M - 12.000 - menos de 1.000).

1825 (7)	-1830 (3)	Sublevación en Java (20 M - 30.000 - 15.000).
*1825	-1828 (2)	Guerra ruso-persa (tratado de Turkmanchai (60 M - 120.000 - 5.000).
1825	-1830	Matanzas en Tasmania (30 M 15.000 - 3.000).
1826	-1829	Matanza de jenízaros (Imperio otomano) (40 M - 150.000 - 20.000).
1826	-1828	Insurrección musulmana en el Turkestán chino (200 M - 40.000 - 20.000).
1828	-1834	Guerra civil en Portugal (2 M - 40.000 - 12.000).
1829	-1864	Disturbios en el Cáucaso (Rusia) (52 M - 30.000 - 10.000).
*1830	-1831	Campaña contra una invasión musulmana (de los khokandinos) en el Turkestán chino (200 M - 50.000 - Ind.).
*1830 (6)	-1857	Conquista de Argelia (40 M - 60.000- 10.000).
1830 (7)	-1830 (7)	Revolución de 1830 en Francia (35 M - 20.000 - 2.000).
1830 (8)	-1832 (12)	Revolución e independencia belga con intervención armada francesa contra los Países Bajos (Conferencia de Londres) (40 M - 60.000 - 5.000).
1830 (11)	-1831 (9)	Insurrección polaca de 1830 (60 M - 80.000 - 15.000).
1831 (2)	-1832 (3)	Levantamiento en Italia central e intervención francesa (Ancona) (45 M - 40.000 - Ind.).
1831 (2)	-1835 (9)	Disturbios políticos y sociales en Francia (35 M - 50.000 - 6.000).
*1831 (2)	-1833 (5)	Primera guerra turco-egipcia (Mohamet Alí (tratado de Kutaiah) (30 280.000 - 12.000).
*1832	-1833 (7)	Guerra ruso-turca (tratado de Unkiar-Skelessi) (70 M - 150.000 - Ind.).

1833	-1839	Matanza de cristianos en Annam (8 M - 20.000 - 3.000).
1833	-1839	Primera guerra carlista (12 M 60.000 - 11.000).
*1834	-1843	Lucha contra los cafres (África del Sur (35 M - 40.000 - 4.000).
1836	-1836	Lucha de Tejas contra Méjico e independencia de Tejas (7 M - 20.000 - 1.500).
1836	-1837	Sublevación en Bosnia (Imperio otomano) (25 M - 40.000 - 3.000).
*1836	-1839	Guerra de Chile contra Bolivia (8 M - 40.000 - 2.000).
*1836	-1852 (2)	Guerra de La Plata (Uruguay con intervención de Brasil y Argentina) (9 M - 27.000 - 11.000).
*1838 (10)	-1842 (10)	Primera guerra anglo-afgana (30 M - 80.000 - 20.000).
*1839 (10)	-1841 (7)	Segunda guerra turco-egipcia (Mohamet Alí) con intervención inglesa (convención de los Estrechos) (49 M - 430.000 - 12.000).
1840 (2)	-1842 (8)	Guerra del opio (China), con intervención de Inglaterra (tratado de Nankín) (230 M - 80.000 - 12.000).
*1842	-1866	Conquista (inglesa) de Nueva Zelanda (guerras maoríes) (32 M - 40.000 - 30.000).
1844 (5)	-1848 (9)	Guerra del Sonderbund (Suiza) (Constitución de 1848) (2 M - 60.000 - Ind.).
*1845	-1845	Guerra civil en Siria (Imperio otomano) (7 M - 15.000 - 1.000).
*1845	-1884	Conquista de Turkestán (por Rusia) (60 M - 50.000 - Ind.).
*1846 (5)	-1848 (2)	Guerra entre Estados Unidos y Méjico (tratado de Guadalupe-Hidalgo) 30 M - 30.000 - 17.000).
1848 (1)	-1849 (9)	Revolución de 1848 en las Dos Sicilias (7 M - 30.000 - Ind.).

1848 (2) -1848 (8)	Revolución de 1848 en Francia y las Jornadas de junio (35 M - 50.000 4.000).
1848 (3) -1849 (8)	Revolución de 1848 en Austria-Hungría (con intervención de Rusia) (80 M - 350.000 - 40.000).
1848 (3) -1849 (8)	Sublevación de Lombardía-Venecia y guerra austro-piamontesa (tratado de Milán (71 M - 120.000 - 11.000).
1848 (3) -1850 (11)	Revolución de 1848 en Alemania (con intervención de Prusia y retroceso de Olmütz) (13 M - 80.000 - 2.000).
1848 (3) -1849 (5)	Revolución de 1848 en Prusia (16 M - 40.000 - 1.000).
1848 (3) -1848 (9)	Disturbios de Schlesvig-Holstein y guerra entre Dinamarca y Prusia (armisticio de Malmoe) (19 M - 40.000 - 2.000).
1848 (11)-1849 (7)	Revolución de 1848 en los Estados Pontificios (con intervención de Garibaldi y de Francia (3 M - 40.000 - 2.000).
1851 -1864	Sublevación de los taiping (China) (310 M - 200.000 - *11.000.000*, muchos en matanzas).
1851 (12)-1851 (12)	Golpe de Estado en Francia (segundo Imperio) (37 M - 30.000 - 1.000).
*1852 -1852	Terminación de la conquista (por Inglaterra) de la Baja Birmania (delta) (segunda fase) (35 M - 40.000 - Ind.).
1852 (12)-1859 (9)	Lucha de Independencia (frente a Turquía) de Montenegro (22 M - 140.000 - 8.000).
1853 -1855	Insurrección de la Tríada (Changhai) (320 M - 60.000 - Ind.).

*1853	(5)	-1856	(3)	Guerra ruso-turca y de Crimea (tratado de París) (160 M - 1.300.000 - 772.000, muchos por enfermedad).
*1853		-1877	(11)	Intervención de los occidentales en Japón y sublevación de los samurais (200 M - 30.000 - Ind.).
*1854		-1860	(11)	Ocupación por Rusia de la Provincia Marítima (China) (tratado de Pekín) (400 M - 30.000 - Ind.).
*1854		-1885		Conquista de Senegal (40 M - 30.000-2.000).
1854		-1854		Sublevación bantú (bóers) (5 M - 15.000 - 3.000).
1855		-1873		Sublevación musulmana en Yu-nan (400 M - 60.000 - 60.000, muchos por matanzas).
*1856	(1)	-1857	(3)	Guerra anglo-persa (32 M - 90.000 - 3.000).
1857	(6)	-1858	(8)	Sublevación de los cipayos (India inglesa) (110 M - 80.000 - 15.000).
*1857		-1858		Primera expedición franco-inglesa en China (tratado de Tien-tsin) (470 M - 60.000 - 11.000).
1858	(1)	-1861	(1)	Guerra civil en Méjico (9 M - 40.000 - 2.000).
*1859		-1860		Guerra hispano-marroquí (18 M - 80.000 - 9.000).
*1859	(2)	-1874	(3)	Conquista de Cochinchina (40 M - 30.000 - 4.000).
*1859	(4)	-1859	(11)	Guerra franco - piamontesa contra Austria (tratados de Zurich y Turín) (73 M - 450.000 - 40.000).
*1859		-1864		Conquista (rusa) de Circasia (Cáucaso) (75 M - 80.000 - 1.500).
1859		-1869		Disturbios en Tanganika (resistencia de los negros frente a los árabes) (5 M - 12.000 - Ind.).
*1860	(8)	-1860	(10)	Segunda expedición franco-inglesa en China (tratado de Pekín) (470 M - 48.000 - Ind.).

*1860 (5) -1861 (3)		Expedición de los Mil (de Garibaldi) e intervención de Piamonte en Italia central y meridional) (anexiones y proclamación del reino de Italia) (35 M - 80.000 - 2.000).
1860 (4) -1861 (6)		Matanza de cristianos en el Líbano e intervención francesa (22 M - 60.000 - 3.000).
1861 (2) -1865 (4)		Guerra de Secesión (32 M - 3.700.000 - 730.000).
1861 -1867		Sublevación de los Nien-Fei en varias provincias chinas (400 M - 80.000 - 8.000).
*1861 -1880		Conquista del Oeste sobre las tribus indias (Estados Unidos) (32 M - 40.000 - 40.000, muchos en matanzas).
*1861 -1900		Conquista de Nigeria (Inglaterra) (40 M - 60.000 - Ind.).
*1862 (4) -1867 (6)		Guerra de Méjico (45 M - 200.000 - 20.000).
*1862 (12)-1863 (7)		Lucha Siam-Camboya y protectorado francés en Camboya) (40 M - 40.000 - Ind.).
1863 -1863		Rebelión de musulmanes en Bengala (campaña de Ambela) (80 M - 40.000 - 9.000).
1863 (1) -1864 (4)		Insurrección polaca (Rusia) (74 M - 50.000 - 5.000).
*1863 (11)-1863 (12)		Guerra entre Ecuador y Colombia (4 M - 6.000 - 1.200).
1863 -1878		Rebelión de los musulmanes del Turkestán chino (400 M - 40.000 - 250.000).
*1863 (12)-1864 (10)		Guerra de los ducados (tratado de Viena) (52 M - 200.000 - 5.000).
*1864 (4) -1866 (5)		Guerra de España contra Perú y Chile (21 M - 138.000 - 1.200).
*1864 -1865		Conquista de Bután (Inglaterra) (30 M - 40.000 - 2.000).

*1864 (11)	-1870 (3)	Guerra de Paraguay (de los Tres Países de La Plata) (14 M - 35.000 - *1.100.000,* muchos por matanzas).
1865	-1865	Sublevación en Jamaica (Inglaterra) (30 M - 20.000 - 600).
*1865	-1867	Conquista de los territorios de los basutos (por los bóeres) (4 M - 15.000 - 400).
*1865	-1881	Conquista rusa del Turkestán occidental (80 M - 120.000 - 1.500).
1866	-1868	Sublevación en Creta (Turquía) (27 M - 40.000 - Ind.).
*1866 (6)	-1866 (8)	Guerra entre Austria, Prusia e Italia (tratados de Praga y Viena) (90 M - 750.000 - 40.000).
*1867 (9)	-1868	Guerra entre Etiopía e Inglaterra (35 M - 80.000 - 4.000).
1867 (10)	-1867 (11)	Caribaldi invade el Estado Pontificio (intervención francesa: Mentana) (38 M - 20.000 - 1.200).
1868 (10)	-1878 (2)	Insurrección en Cuba (España) (16 M - 50.000 - 150.000, muchos por matanzas).
1869	-1870	Lucha en Bar-el-Gazal (Egipto contra negros) (12 M - 30.000 - 1.500).
*1870 (7)	-1871 (1)	Guerra franco-alemana (tratado de Versalles) (86 M - 950.000 250.000).
*1870 (7)	-1870 (9)	Ocupación del Estado Pontificio por Italia (30 M - 20.000 - 0).
1871 (3)	-1871 (5)	Insurrección de la Comuna de París (35 M - 120.000 - 20.000).
1871 (3)	-1872	Insurrección de Kabilia (Sidi Mokrani) (35 M - 200.000 - 1.500).
1872 (12)	-1876	Reanudación de la guerra carlista (España) (18 M - 40.000 - 11.000).
*1873	-1874	Lucha contra los achantíes de Ghana (Inglaterra) (33 M - 40.000 - 1.500).

*1873	-1875	Conquista de Darfur por Egipto (12 M - 20.000 - 1.500).
*1873 (3)	-	Ocupación del sultanato de Atjeh (Sumatra) por los holandeses (12 M - 80.000 - 200.000, muchos por matanzas).
*1873 (11)	-1885 (6)	Conquista de Tonkín y guerra franco-china (450 M - 80.000 - 30.000).
*1874	-1876	Guerra entre Egipto y Etiopía (15 M - 60.000 - 7.000).
1875 (7)	-1878 (3)	Sublevación en Herzegovina y Bulgaria y guerra de los Balkanes (tratado de San Stéfano y Congreso de Berlín) (142 M - 1.200.000 - 300.000).
1876	-1877 (9)	Sublevación en Japón (Satsuma) (35 M - 30.000 - 12.000).
*1877 (5)	-1881 (9)	Primera guerra de los bóeres e independencia de los bóeres (tratado de Pretoria) (36 M - 40.000 - Ind.).
*1878	-1879	Toma de Bar-el-Gazal a los esclavistas (14 M - 200.000 - 2.500).
*1878 (11)	-1880 (9)	Segunda guerra anglo-afgana (tratado de Gandawak) (36 M - 40.000 - 4.000).
*1879 (1)	-1879 (9)	Conquista (Inglaterra) de Zululand (36 M - 60.000 - 14.000).
1879	-1879	Revolución en Colombia (2 M - 30.000 - 80.000, muchos por matanzas).
1879	-1881	Matanza de indios en la Patagonia (Argentina) (6 M - 20.000 - 1.500).
*1879 (2)	-1884 (4)	Guerra del Pacífico (o del Salitre) (Perú y Bolivia contra Chile) (7 30.000 - 14.000).
*1879	-1898	Conquista de Níger (contra Ahmadú y Samory) (38 M - 30.000 9.000).
1879	-1881	Sublevación en Basutolandia (36 M - 12.000 - 1.200).

1881 (2) -1883	Sublevación local en Argelia (Uled Sidi Cheikh-Bu Hamama) (40 M - 15.000 - 1.200).
*1881 (3) -1882 (12)	Ocupación de Tunicia (tratado del Bardo) (40 M - 30.000 - 1.500).
1881 (9) -1898 (9)	Insurrección mahrista en el Sudán egipcio (45 M - 60.000 - 30.000).
*1882 (6) -1882 (9)	Ocupación de Egipto por Inglaterra (tras los disturbios de Alejandría) 45 M - 40.000 - 1.500).
*1882 -1889 (5)	Ocupación de Eritrea por Italia (tratado de Ucciali) (32 M - 35.000 - 500).
*1883 -1886	Guerra ruso-afgana (94 M - 60.00 - Ind.).
*1883 (5) -1885 (12)	Guerra franco-malgache (40 M - 30.000 - 800).
*1884 -1889	Fin de la conquista de Birmania (tercera fase: interior del país) (40 M - 30.000 - 6.000).
*1885 -1885 (5)	Guerra entre El Salvador y Guatemala (2 M - 12.000 - Ind.).
*1885 -1886 (3)	Guerra servo-búlgara (Rumelia) (tratado de Bucarest) (22 M - 30.000 - 3.000).
*1885 -1893 (10)	Hostilidades entre Siam y Laos e intervención francesa (protectorado en Laos) (45 M - 20.000 - Ind.).
*1885 -1896	Ocupación de Nyassaland (Inglaterra) (35 M - 20.000 - 1.500).
1889 -1889	Sublevación en Creta (y matanzas) (25 M - 20.000 - 3.000).
*1890 -1893	Conquista (francesa) de Dahomey (tomado a Behanzino) (40 M - 30.000 - 1.500).
1891 -1891	Revolución en Chile (2 M - 30.000 - 11.000).
1892 -1894	Lucha anti esclavista en el Congo Belga oriental (7 M - 40.000 - 20.000).

*1892 -1893	Conquista de Burnú por Rabah (2 M - 20.000 - 4.000).
1893 (1) -1897	Matanzas en Armenia (y de armenios en Constantinopla) (27 M - 30.000 - 40.000).
*1894 (7) -1896 (10)	Guerra italo-etíope (Adua) (35 M - 120.000 - 16.000).
*1894 (8) -1895 (4)	Guerra chino-japonesa (tratado de Simonoseki) (480 M - 200.000 - 15.000).
*1894 -1901	Ocupación (inglesa) de Uganda (41 M - 30.000 - 1.500).
*1894 (11)-1900	Conquista (francesa) de Madagascar (40 M - 70.000 - 8.000).
1895 (2) -1898 (12)	Sublevación cubana y guerra de Cuba con intervención de los Estados Unidos (tratado de París) (94 M - 300.000 - 130.000).
*1896 -1900	Lucha de los achantíes contra Inglaterra (anexión en 1900) (40 M - 30.000 - 1.500).
1896 (5) -1902 (7)	Insurrección de las Filipinas, primero contra España, luego contra Estados Unidos (105 M - 80.000 - 11.000).
*1897 -1897	Ocupación (inglesa) de Bénin (40 M - 30.000 - 1.500).
1897 -1897	Disturbios en Creta y guerra grecoturca (tratado de Constantinopla) (30 M - 200.000 - 2.000).
*1897 -1900	Conquista francesa de Tchad (sobre Rabah) (41 M - 40.000 - 1.500).
1898 -1901 (9)	Guerra de los Boxers (intervención europea) (protocolo de acuerdo del 7 de septiembre de 1901) (540 M - 80.000 - 16.000).
*1899 (10)-1902 (5)	Guerra de Transvaal (tratado de Vereeniging (41 M - 400.000 - 25.000).
1899 -1904	Rebelión en la Somalia británica (41 M - 30.000 - 2.000).

1899	-1902	Guerra civil en Colombia (2 M - 300.000 - 150.000, muchos por matanzas).
1900	-1900	Disturbios en Manchuria (china), ocupada por Rusia (540 M - 30.000 - Ind.).
*1902	-1914	Conquista (francesa) de Uadai (Tchad), de Borku y de Tibesti (41 M - 30.000 - 1.500).
*1903	-1903	Ocupación (inglesa) de Nigeria del Norte (45 M - 30.000 - 500).
1903	-1903	Rebelión en Panamá (Colombia) y secesión de Panamá (2 M - 30.000 - Ind.).
1903	-1908	Sublevación de los hotentotes (suroeste africano alemán) (52 M - 40.000 - 80.000, muchos por matanzas).
1903 (7)	-1904	Sublevación en Macedonia (27 M - 60.000 - Ind.).
*1904 (2)	-1905 (9)	Guerra ruso-japonesa (tratado de Portsmouth) (180 M - 400.000 - 130.000).
1904	-1906	Disturbios revolucionarios en Rusia (130 M - 30.000 - 1.500).
*1904	-1904	Expedición inglesa al Tibet (China) (440 M - 30.000 - 1.500).
1905	-1905	Prógromos en Rusia (130 M - 30.000 - 1.500).
1905	-1907	Rebelión del Maji-Maji (este africano alemán) (54 M - 60.000 - 150.000, muchos por matanzas).
1906	-1906	Sublevación en Zululandia (40 M - 40.000 - 5.000).
1906	-1911	Insurrección obrera y campesina en China (400 M - 120.000 - Ind.).
*1907	-1912	Conquista (francesa) y pacificación de Marruecos (Convención de Fez) (45 M - 80.000 - 1.500).
1908 (2)	-1910 (10)	Disturbios en Portugal (y República) (2 M - 20.000 - Ind.).

1908 (7) -1909	Sublevación de los jóvenes turcos y anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria (70 M - 60.000 - Ind.).
*1909 (7) -1910	Guerra hispano-marroquí (24 M - 80.000 - 9.000).
1909 -1909	Disturbios en Cataluña (20 M - 20.000 - Ind.).
1909 -1910	Matanza en Armenia (Turquía) (27 M - 30.000 - 6.000).
1909 -1916	Disturbios en Nicaragua e intervención de Estados Unidos (tratado de Bryan - Chamorro) (80 M - 30.000 - 800).
1910 (11)-1920 (11)	Revolución mejicana (30 M - 300.000 - 250.000, muchos en matanzas).
*1911 (9) -1912 (10)	Guerra italo-turca (tratado de Lausanne-Ouchy) (60 M - 200.000 - 20.000).
1911 (10)-1912	Revolución china (45 M - 150.000 - 1.500).
*1911 -1912	Intervención americana en Honduras (95 M - 20.000 - Ind.).
1912 -1913	Sublevación del Tibet contra China (e independencia) (450 M - 60.000 - 1.500).
*1912 (10)-1913 (4)	Primera guerra balcánica (tratado de Londres) (34 M - 300.000 - 82.000).
*1913 (6) -1913 (7)	Segunda guerra balcánica (tratado de Bucarest) (40 M - 600.000 - 60.000).
1913 -1920	Disturbios en Somalia británica (Derviches) (46 M - 40.000 - 1.500).
*1914 (8) -1918 (11)	Primera guerra mundial (tratados de Versalles, Saint-Germain, Neuilly, Trianón) *(955 M - 11.000.000*[6] *-*

[6] Movilizados: 65 millones.

	8.500.000, sin la epidemia de gripe española).
1915 (7) -1916 (11)	Disturbios en Haití y ocupación americana (98 M - 30.000 - Ind.).
1915 (4) -1918	Matanzas de Armenia (Turquía) (20 M - 40.000 - *1.200.000:* matanzas).
1916 (4) -1923 (5)	Sublevación en Irlanda (y creación del Estado libre de Irlanda) (46 M - 40.000 - 1.500).
1917 (3) -1922	Revolución rusa y guerra civil (rojos contra blancos), con intervención extranjera (ej.: expedición von der Golz) (independencia de Finlandia y de los países bálticos) (160 M - 600.000 - *1.300.000,* muchos de hambre).
1917 -1918	Sublevación de Yun-nan (450 M - 80.000 - 1.500).
*1918 -1918	Lucha Tibet-China (450 M - 60.000 - 1.500).
1918 -1919 (4)	Disturbios en la India (Amritsar y Waziristán) (400 M - 80.000 - 1.500).
1918 (11)-1918 (11)	Revolución en Alemania (66 M - 120.000 - Ind.).
1919 -1919	Sublevación nacionalista en Corea (Japón) (65 M - 80.000 - Ind.).
*1919 -1920 (5)	Campaña (francesa) de Cilicia(Turquía) (60 M - 60.000 - Ind.).
1918 (12)-1923	Disturbios revolucionarios en Alemania (66 M - 120.000 - Ind.).
*1919 (2) -1920 (10)	Guerra ruso-polaca (tratado de Riga) (185 M - 200.000 - 11.000).
1919 (4) -1920	Revolución en Hungría (Bela Kub), con intervención extranjera (37 M - 120.000 - 11.000).
*1919 (9) -1924 (1)	Ocupación de Fiume (d'Annunzio) (pacto de Roma) (45 M - 5.000 - 0).
*1919 (2) -1919 (8)	Guerra anglo-francesa (tratado de Rawalpindi) (395 M - 40.000 - 1.500).

*1920 (3) -1920 (7) Campaña (francesa) de Siria (42 M - 30.000 - 5.000).

*1920 (6) -1922 (10) Guerra greco-turca y matanzas de Anatolia. Armisticio de Muduvria, luego tratado de Lausana (22 M - 300.000 - 70.00).

1920 (8) -1921 (10) Combates en la Alta-Silesia (90 M - 40.000 - Ind.).

1920 -1932 Disturbios en Libia (42 M - 40.000 - 40.000).

*1920 (9) -1920 (10) Conflicto armado Polonia-Lituania (Vilna) (25 M - 40.000 - 1.500).

1921 -1922 Disturbios en la India (musulmanes Moplah) (400 M - 60.000 - 11.000).

1921 (7) -1926 (5) Sublevación en el Rif marroquí (Abd-el-Krim) y guerra del Rif (70 M - 400.000 - 40.000).

1923 -1923 Matanza de coreanos en Japón (64 M - 40.000 - 11.000).

1924 -1925 Rebelión en Afganistán (4 M - 30.000 - 1.100).

*1924 (5) -1926 (1) Conquista de Ibn Seud (Hedjaz) y creación de Arabia Saudita (5 M - 30.000 - 1.100).

1925 (2) -1925 (4) Rebelión kurda en Turquía (20 M - 40.000 - Ind.).

1925 (7) -1927 (6) Insurrección del djebel Druso (Siria, mandato francés) (45 M - 50.000 - 5.000).

1926 (7) -1928 (5) Guerra civil en China (expedición del Norte contra los Señores de la Guerra) (510 M - *1.100.000* - 65.000).

1927 (8) -1935 (10) Segunda guerra civil en China (en 12 fases, una de las cuales, la Larga Marcha, de octubre de 1934 a octubre de 1935) (520 M - 400.000 - *1.250.000)*.

1928 -1934 Fin de la pacificación de Marruecos (48 M - 150.000 - 2.500).

*1928 -1935 (6)	Guerra del Chaco (Bolivia-Paraguay) (3 M - 600.000 - *150.000).*
1930 (2) -1930	Disturbios en Indochina (Yenbay) (70 M - 8.000 - 1.100).
1930 (3) -1931 (3)	Disturbios en la India (Gandhi, sublevaciones de Peshawar) (430 M - 50.000 - Ind.).
*1931 (9) -1933 (5)	Intervención japonesa en China (creación del Estado de Manchuria y tregua de Tangku) (590 M - 600.000 - 60.000).
1931 (4) -1934 (9)	Disturbios en España, sobre todo en Cataluña y Asturias (25 M - 60.000 - Ind.).
1931 (12)-1932 (1)	Sublevación campesina en El Salvador (3 M - 50.000 - 24.000).
1933 -1933	Matanza de cristianos sirios en Irak (2 M - 20.000 - 1.100).
*1934 -1934	Conflicto armado árabe-yemenita (5 M - 30.000 - Ind.).
1934 (2) -1934 (7)	Disturbios en Austria (y asesinato de Dollfuss) (6 M - 30.000 - 1.600).
1934 (2) -1936 (8)	Disturbios en Francia (40 M - 50.000 - 50).
*1935 (10)-1937	Guerra de Etiopía (48 M - 400.000 - 20.000).
1936 -1938	Disturbios en Waziristán (India) (agitación musulmana) (440 M - 60.000 - 11.000).
1936 (4) -1939	Guerra civil en Palestina bajo mandato inglés (árabes contra judíos) (51 M - 30.000 - Ind.).
1936 (7) -1939 (3)	Guerra de España (25 M - 650.000 - *1.200.000).*
*1937 (8) -1945 (8)	Guerra chino-japonesa (600 M - 3.000.000 - *2.000.000).*
*1938 (3) -1938 (3)	Ocupación de Austria por el III Reich (76 M - 50.000 - 0).
*1938 (9) -1939 (5)	Dislocación de Checoslovaquia (en dos fases) (130 M - 200.000 - 500).

*1939 (4) -1939 (4)	Ocupación de Albania (por Italia) (43 M - 50.000 - 0).
*1939 (9) -1945 (9)	Segunda guerra mundial *(1.700 M - 16.000.000* (92 M de movilizados) - *38.000.000,* muchos en matanzas).
*1939 (11)-1940 (3)	Guerra ruso-finlandesa (tratado de paz ruso-finlandés en Moscú) (170 M - 1.200.000 - 90.000).
*1940 (9) -1941 (5)	Guerra franco-tailandesa (Indochina) (Convención de Tokio) (70 M - 60.000 - Ind.).
1944 (12)-1949 (10)	Guerra civil en Grecia, con intervención extranjera (240 M - 250.000 - 40.000).
1945 (5) -1945 (12)	Disturbios en Siria y el Líbano (mandato francés) (105 M - 40.000 - 500).
1945 (5) -1945 (6)	Disturbios en el Constantinado (Sétif) (49 M - 30.000 - 2.000).
1945 (8) -1947 (10)	Conflicto soviético-iraní (Azerbaiján) (210 M - 50.000 - Ind.).
1945 (8) -1946 (11)	Primera guerra de independencia indonesia (y creación de una Unión neerlando-indonesia) (130 M - 200.000 - 5.000).
1946 (7) -1950 (2)	Tercera guerra civil en China (tres fases) (600 M - 700.000 - 200.000).
1946 -1954	Disturbios en Filipinas (sublevación de los huks) (19 M - 200.000 - Ind.).
1946 (12)-1954 (7)	Guerra de Indochina (110 M - 800.000 - *1.200.000).*
1947 (3) -1948	Sublevación en Madagascar (110 M - 40.000 - 15.000).
1947 (7) -1949 (12)	Segunda guerra de independencia indonesia (y Mesa Redonda de La Haya) (80 M - 200.000 - Ind.).
*1947 (8) -1949 (3)	Primera guerra indo-pakistaní (como consecuencia de la partición de

	la India) (390 M - 2.000.000 - *800.000)*.
1947 (11) -1947 (12)	Disturbios obreros en Francia (45 M - 60.000 - 0).
*1948 (3) -1949 (5)	Bloqueo de Berlín (520 M - 600.000 - 0).
*1948 (5) -1949 (2)	Primera guerra árabe-israelí (consecuencia del plan de reparto de Palestina) (armisticio de Rodas) (30 M - 120.000 - 8.000).
1948 (6) -1957 (8)	Guerra de Malasia (Inglaterra) (55 M - 150.000 - Ind.).
1948 (8) -1954	Disturbios en Birmania (23 M 110.000 - Ind.).
1948 -1948	Disturbios en Corea del Sur (20 M - 30.000 - 1.100).
1950 -1950	Disturbios en Indonesia (Molucas del Sur) (Westerling) (80 M - 40.000 - Ind.).
*1950 (6) -1953 (7)	Guerra de Corea, con intervención de las fuerzas de la O.N.U. (armisticio de Pam Mun Jom) *(976 M - 3.000.000 - 2.000.000)*.
*1950 (10) -1951 (5)	Ocupación del Tibet por China (580 M - 120.000 - 2.000).
1952 (1) -1852 (7)	Disturbios en Egipto (abdicación de Faruk) (20 M - 20.000 - 500).
1952 (1) -1956 (3)	Lucha de independencia tunecina (45 M - 80.000 - 2.000).
1952 (8) -1963 (12)	Sublevación Mau-Mau en Kenia (60 M - 60.000 - 45.000).
1953 (6) -1956 (4)	Lucha de independencia marroquí (51 M - 60.000 - 3.000).
1954 (11) -1962 (6)	Guerra de Argelia (acuerdos de Evian) (54 M - 600.000 - 250.000).
1955 (9) -1959 (10)	Guerra de independencia de Chipre (acuerdos de Zurich y Londres) (51 M - 40.000 - Ind.).
1955 (10) -1959	Levantamiento del Tibet (ocupado por los chinos) *(508 M* - 120.000 - 40.000).

1955 (12)-1972 (3)	Guerra civil en Sudán (13 M-40.000-700.000, muchos por matanzas).
1956 -1965	Matanza (de Tutsis) en Ruanda (11 M-20.000-*105.000,* muchos en matanzas).
*1956 (10)-1956 (12)	Segunda guerra árabe-israelí y expedición de Suez (110 M-600.000-3.000).
1956 (10)-1956 (11)	Levantamiento de Budapest e intervención armada soviética (230 M-120.000-32.000).
1956 (12)-1959 (1)	Revolución castrista en Cuba (9 M-80.000-5.000).
1957 -1958	Disturbios en Camerún (52 M-40.000-Ind.).
1958 (7) -1958 (7)	Disturbios armados en el Líbano e intervención armada de Estados Unidos (163 M-60.000-Ind).
1958 (7) -1958 (7)	Revolución en Irak (7 M-5.000-7).
1958 (11)-1960 (2)	Disturbios en el Congo (belga) e independencia del Congo belga (30 M-80.000-Ind).
1960 (7) -1966 (9)	Disturbios en el Congo-Kinshasa (con tendencia secesionista de Katanga e intervención de la O.N.U.) (30 M-120.000-110.000).
1960 (12)-(sin terminar el 31-12-74; concluye el 30-4-75)	Guerra de Vietnam *(350 M-300.000-1.800.000)*[7].
1961 (5) -1961 (5)	Expedición de la «Bahía de Cochinos», en Cuba (9 M-15.000-Ind.).
1961 -1970 (3)	Guerra civil en Irak (Kurdistán) (9 M-150.000-105.000).
1961 (5) - (sin terminar el 31-12-74)	Guerra de liberación de Angola (16 M-80.000-55.000).
*1961 (7) -1961 (9)	Crisis franco-tunecina y combates de Bizerta (47 M-30.000-500).

[7] Como continuación de la guerra de Indochina (1945-1954). Camboya se encuentra arrastrada a esta guerra.

*1961 (12)-1961 (12)	Ocupación de los territorios portugueses de la India (Goa, Damao y Diu) (450 M - 20.000 - 0).
1962 -1974 (9)	Guerra de liberación de la Guinea portuguesa (Guinea-Bissau) (11 M - 40.000 - 15.000).
1962 (9) -1967 (8)	Guerra civil del Yemen (con intervención de Egipto) (29 M - 80.000 - 15.000).
*1962 (10)-1962 (10)	Crisis de Cuba entre Estados Unidos y Cuba (consecuencia de la instalación de misiles nucleares por parte de la U.R.S.S.) (450 M - 200.000 - 1).
*1962 (10)-1962 (11)	Guerra fronteriza chino-india *(1.100 M* - 200.000 - 1.500).
1963 (5) -1971	Disturbios raciales en Estados Unidos (207 M - 20.000 - 500).
*1963 (10)-1964 (2)	Lucha fronteriza argelino-marroquí (Figuig) (30 M - 60.000 - Ind.).
1963 (12)-1967 (11)	Guerra civil en Chipre (con intervención de la O.N.U. en 1964) (0,7 M - 40.000 - Ind.).
1965 (4) -1966 (6)	Disturbios en la República Dominicana (con intervención de una fuerza interamericana) (204 M - 60.000 - Ind.).
*1965 (8) -1966 (1)	Segunda guerra indo-pakistaní (575 M - *1.100.000* - 20.000).
1965 -(sin terminar el 31-12-74)	Guerra de liberación de Mozambique (18 M - 60.000 - 30.000).
1965 (9) -1965	Matanzas en Indonesia (121 M - 150.000 - *500.000,* muchos en matanzas).
1965 (11)-1969 (4)	Revolución cultural china (con sublevación de los guardias rojos) (760 M - 120.000 - 15.000).
1967 (1) -1970 (1)	Guerra civil en Nigeria (Biafra) (55 M - 200.00 - *1.100.000,* muchos de hambre y en matanzas).

*1967 (6) -1973 (10)	Tercera guerra árabe-israelí (35 M - 750.000 - 75.000).
1968 (5) -1968 (5)	Disturbios (estudiantiles) en Francia (47 M - 30.000 - 3).
1968 (8) -1968 (8)	Intervención en Checoslovaquia de las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia (300 M - 200.000 - 500).
1968 (10) - (sin terminar el 31-12-74)	Disturbios en Irlanda del Norte (Reino Unido) (52 M - 50.000 - 700).
*1969 (3) -1969 (3)	Violentos enfrentamientos en la frontera chino - soviética (Oussouri) *(1.100* M - 40.000 - millares).
*1969 (7) -1969 (7)	Raid de las fuerzas de El Salvador en Honduras (6 M - 60.000 - Ind.).
1969 - (sin terminar el 21-12-74)	Disturbios en Etiopía (Eritrea) (25 M - 40.000 - Ind.).
1970 - (sin terminar el 31-12-74)	Disturbios en Tchad (Tibesti) (4 M - 30.000 - 1.500).
1970 - (sin terminar el 31-12-74)	Disturbios en Omán y Mascate (Dhofar) (0,6 M - 30.000 - Ind.).
1971 (3) -1971 (13)	Guerra de Pakistán (Bangladesh) *(600 M - 1.500.000 - 1.500.000,* muchos de hambre y en matanzas).
1972 (4) -1972 (5)	Matanzas (de hutus) en Burundi (4 M - 30.000 - 90.000, muchos en matanzas).
1973 (9) -1973 (10)	Golpe de Estado militar en Chile (9 M - 30.000 - 5.000).
*1973 (10) - (sin terminar el 31-12-74)	Cuarta guerra árabe-israelí (guerra del Kippur) (38 M - 200.000 - 10.000).
1974 (3) -1975 (4)	Guerra en Kurdistán (10 M - 150.000 - Ind.).
1974 (4) -1974 (4)	Golpe de Estado militar en Portugal (dentro de un contexto de guerras de descolonización) (22 M - 10.000 - Ind.).
1974 (8) - (sin terminar el 31-12-74)	Guerra de Chipre (25 M - 40.000 - 5.000).

BIBLIOGRAFÍA

A) Autores

*Antonini, Fausto, *L'homme furieux, l'agressivité collective,* Hachette, 1963.
Arendt, Hannah, *On Revolution (War and Revolution),* 1963.
Armand, Louis, *Plaidoyer pour l'avenir,* Calmann-Lévy, 1961.
Aron, Raymond, *Les guerres en chaîne,* Gallimard, 1959.
— *Paix et guerre entre les nations,* Calmann-Lévy, 1962.
— *La société industrielle et la guerre,* Plon.
*Beaufré, André, *Introduction à la stratégie,* A. Colin, 1965.
— *Dissuasion et stratégie,* 1964.
— *La guerre révolutionnaire,* Fayard, 1972.
— *Crises et guerres,* Presses de la Cité, 1974.
— *Stratégie pour demain,* Plon, 1972.
Bloch, Marc, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien,* 1941.
Bloch, R., *Les grandes civilisations,* Arthaud, 1960.
Bodart, Gaston, *Loses of life in modern war 1618-1913,* Oxford, 1913.
Boulding, Kenneth, *Philosophy of peace Research,* 1970.

BOUSQUET, Raymond, *Force et stratégie du monde moderne,* Lavauzelle, 1974.

*CAILLOIS, Roger, *Bellone ou la pente de la guerre,* Renaissance du Livre, 1963.

COLIN, *Les transformations de la guerre,* Flammarion, 1911.

CORNEVIN, Robert, *Histoire de l'Afrique des origines à la deuxième guerre mondiale,* Payot, 1964.

*DECOUFLÉ, *Sociologie des Révolutions,* Presses Universitaires de France, col. «Que sais-je?», núm. 1.298.

DELAUNES, Philippe, *Les libérations de l'Amérique latine,* Rencontre, 1969.

DELMAS, Claude, *Histoire politique de la bombe atomique,* Albin Michel, 1967.

DELORME, Jean, *Chronologie des civilisations,* Presses Universitaires de France, 1969.

DUBY, G., y MANDRON, R., *Histoire de la civilisation française.*

DUMAS, S., y VEDEL-PETERSEN, K. O., *Losses of life caused by war 1792-1919,* Oxford, 1923.

DUNSTHEIMER, Les guerres chinoises et leurs conjonctures (1628-1831), revista *Guerres et paix,* 1968-I.

DURANT, Willy, *Histoire de la civilisation: L'époque de Voltaire* (3 vol.), *Rousseau et la Révolution* (4 vol.), Rencontre.

DUROSELLE, J.-B., *Histoire diplomatique de 1919 à nos jours,* Dalloz, 1953.

*EHRLICH, Paul-R., *La bombe P,* Fayard, 1972.

ELLUL, Jacques, *Autopsie de la Révolution,* Calman-Lévy, 1969.

— *De la Révolution aux révoltes,* Calman-Lévy, 1972.

*FALLS, A., *A hundred years of war 1850-1950,* New York, Collier's Books.

FERRO, Marc, *L'histoire de 1871 à 1971* (3 vol.), Denoël, 1971.

FONTAINE, André, *La guerre froide,* 1965.

FORNARI, Franco, *Psychanalyse de la guerre atomique,* Milán, 1965.

FOURASTIÉ, *La civilisation de 1975,* Presses Universitaires de France, 1969.

— *Les grand espoir du XXe siècle,* col. «Idées», n.° 20.

— *Les quarante mille heures,* Laffont-Gonthier, 1965.
— *Essai de morale prospective,* col. «Médiation», 1966.
FREUND, Julien, *La paix œuvre politique.*
*GALBRAITH, *La paix indésirable,* 1968.
GALLOIS, *Stratégie de l'ère nucléaire,* 1960.
— *Paradoxes de la paix,* 1967.
— *L'Europe change de maître,* 1972.
GALTUNG, Johann, *Conflict as a way of life,* 1968.
GAMBIEZ y SUIRE, *L'épée de Damoclès (la guerre en style indirect),* Plon, 1967.
GAULLE, Charles de, *La France et son armée,* Plon, 1938.
— *Le fil de l'épée,* Berger-Levrault, 1932.
GIAP, V., *Guerre du peuple, Armée du peuple,* Maspero, 1956.
GLUKSMANN, André, *Le discours de la guerre,* L'Herne, 1967.
GROUSSET, *Bilan de l'histoire.*
— *L'homme et son histoire,* Plon, 1954.
GUEVARA, Che, *Scrits révolutionnaires,* 1966.
GUIBERT, *Essai général de tactique,* Librairies associées, 1773.
GUITTON, Jean, *La pensée et la guerre.*
GURVITCH, *Traité de sociologie,* Presses Universitaires de France, 1960.
*HACKER, Friedrich, *L'agression. Die Brutalisierung der Modern Welt,* Viena, 1971.
HAMON, Léo, *La stratégie contre la guerre,* Grasset, 1967.
HARDY, G., *Histoire de la colonisation française,* 1945.
*JOYAUX, François, Les guerres chinoises et leurs conjonctures (1832-1968), revista *Guerres et paix,* 1969-2.
*KAHN, Hermann, y WIENER, J., *L'an 2000,* Laffont, 1968.
KENDE, Istvan, Twenty five years of local wars (desde 1945), *Journal of Peace Research,* 1971.
KING, James C., *The perioricity of war 1625-1925,* Manuscrito University Chicago, 1934.
*LIDDELL, Hart, *Le futur de la guerre,* 1925.
— *Les guerres décisives de l'histoire,* Payot, 1929.
— *Pensées sur la guerre,* 1944.
LORENZ, Conrad, *L'agression, une histoire naturelle du mal,* Flammarion, 1968.
LURAGHI, Raimondo, *Histoire du colonialisme des grandes*

découvertes aux mauvements d'indépendance, Marabout, 1967.
*MALET, ISAAC, BEJEAN, *Histoire. Cours complet,* Hachette, 1950.
MAO TSÉ-TOUNG, *Escrits militaires,* ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1964.
MEADOWS, Donella y Denis, *Halte à la croissance,* A. Fayard, 1972.
MESAROVIC, Mihajlo, y PESTEL, Edouard, *Stratégie pour de main,* Seuil, 1974.
MOURRE, Michel, *Vingt-cinq ans d'histoire universelle (1945-1970),* Editions Universitaires, 1971.
*NICHOLSON, Michael, *Conflict analysis,* The English Universities Press Ltd., 1970.
*PERRE, Jean, *La guerre et ses mutations, des origines à 1792,* Payot, 1961.
— *Les mutations de la guerre moderne, de la Révolution française à la révolution nucléaire (1792-1962),* Payot, 1962.
PIRENNE, Jacques, *Les grands courants de l'histoire universelle* (t. III a VII), Albin Michel, 1966.
POIRIER, Lucien, *Genèse et principes de la stratégie nucléaire,* 1965-1972.
*REINHARDT, M.; ARMENGAUD, A.; DUPAQUIER, J., *Histoire générale de la population mondiale,* Montchrestien, 1969.
REMOND, René, *Introduction à l'histoire de notre temps,* Seuil, 1974.
RENOUVIN, Pierre; DUROSELLE, J.-B., *Introduction à l'histoire des relations internationales,* A. Colin, 1964.
RICHARDSON, Lewis F., *Statistics of deadly quarels,* Chicago, Quadrangle, 1960.
*SAVON, Hervé, *Cannibalisme et génocide,* Hachette, 1972.
SCHELLING, Thomas, *The strategy of conflict,* 1963.
— *Arms and influence,* 1966.
SEDILLOT, *Survol de l'histoire du monde,* Fayard, 1950.
— *Survol de l'histoire de l'Europe,* Fayard, 1967.
SENGHAAS, Didier, *Agressivität und Gewalt: These zur Absdireckungr, politik,* 1968.
SIEBKER, Manfred, y KAYA, Yoichi, *Rapport de Tokyo au Club de Rome,* Seuil, 1974.

SINGER, J. David, y SMALL, Melvin, *The wages of war (1816-1965),* Nueva York, John Wiley, 1972.
SOROKIN, Pitirin A., *Les théories sociologiques contemporaines,* Payot, 1916.
SPENGLER, Oswald, *Le déclin de l'Occident,* Gallimard, 1948.
STEGMANN, H., *La guerre, son caractère et ses aspects à travers les siècles* (2 vol.), Payot, 1946.
*TOYNBEE, A., *Guerre et civilisation,* Gallimard, 1953.
*URLAINS, Boris, *Guerres et populations,* Moscú, Ed. du Progrès, 1972.
*VALÉRY, Paul, *Regards sur le monde actuel,* Gallimard, 1945.
*WANTY, Emile, *L'art de la guerre* (3 vol.), Marabout Université.
WERNER, Victor, *Die Letze Warnung,* Stuttgart, Seewald Verlag, 1974.
WOODS, F. A., y BALTZLY, A., *Is war diminishing? (A study of Europe from 1450 to the present day),* Boston, 1915.
WOOD, David, *Conflict in the Twentieth Century (1939-1969),* Adelphi Papers 48, junio, 1968.
WRIGHT, Quincy, *A study of war,* Chicago University of Press, 1965.

B) COLECCIONES

ANNALES DE PHILOSOPHIE POLITIQUE, *La guerre et ses théories,* Presses Universitaires de France, 1970.
ATLAS HISTORIQUE, *De l'apparition de l'homme sur la terre à l'ère atomique,* Stock, 1968.
Encyclopédie française, t. XX (RENOUVIN, BERGER, BRAUDEL).
Encyclopédie géographique, Stock.
Encyclopédie de l'histoire universelle, Bordas, 1969.
Encyclopédie de la Pléiade, t. III: *De la Réforme à nos jours,* Gallimard, 1958.
Grand Larousse encyclopédique, en 10 vol., Larousse, 1960.
Histoire contemporaine (dirigida por R. RÉMOND), Armand Colin, 1964-1968.
Histoire générale de l'Afrique Noire, bajo la dirección de Hubert DESCHAMPS, Presses Universitaires de France, 1971.
Histoire générale Lavisse-Rambaud, t. XI y XII.

HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZICIONES:

Vol. V: MOUSNIER, R., LABROUSSE, E., *Le XVIII*e *siècle, l'époque des Lumières (1715-1815).*
Vol. VI: SCHNERB, R., *Le XIX*e *siècle (1815-1915).*
Vol. VII: CROUZET, M., *L'époque contemporaine,* Presses Universitaires de France, 1961 à 1968.

HISTORIA UNIVERSAL LAROUSSE:

PILLORGET, S., *Apogée et déclin des sociétés d'ordres (1610-1787).*
DREYFUS, F., *Le temps des révolutions (1871-1918).*
JOURCIN, A., *Prologue à notre siècle (1871-1918).*
THIBAULT, P., *Le monde contemporain depuis 1918,* Ed. Larousse.

HISTORIA UNIVERSAL MARABOUT UNIVERSITÉ:

T. 8: *L'hégémonie anglaise et la fin de l'Ancien Régime.*
T. 9: *La Révolution française et l'Empire.*
T. 10: *La bourgeoisie libérale et l'éveil des nationalités.*
T. 11: *De la Belle Epoque à la première guerre mondiale.*
T. 12: *De la faillite de la paix à la conquête de l'espace,* Verviers, Ed. Marabout.

NOUVELLE CLIO: «L'histoire et ses problèmes»:

MAURO, F., *L'expansion européenne (1600-1870).*
MANDROU, R., *La France aux XVII*e *et XVIII*e *siècles.*
GODECHOT, J., *Les Révolutions (1770-1799).*
GODECHOT, J., *L'Europe et l'Amérique à l'époque napoléonienne (1800-1815).*
MIÈGE, J.-L., *Expansion européenne et décolonisation de 1870 à nos jours.*
DUROSELLE, J.-B., *L'Europe de 1815 à nos jours.*
FOHLEN, C., *L'Amérique anglo-saxonne de 1815 à nos jours.*
CHESNEAUX, J., *L'Asie orientale aux XIX*e *et XX*e *siècles.*
COQUERY-VIDROVITCH, C., y MONIOT, H., *L'Afrique noire de 1800 à nos jours,* Presses Universitaires de France.

PUEBLOS Y CIVILIZACIONES (HALPHEN, SAGNAC, CROUZET):

T. 15 (1960): PONTEIL, F., *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral (1815-1848).*
T. 16 (1961): POUTHAS, C., *Démocraties et capitalisme (1848-1860).*
T. 17 (1952): HAUSER, H., MAURAIN, J., BENAERTS, P., *Du libéralisme à l'impérialisme (1860-1878).*
T. 18 (1949): BAUMONT, M., *L'essor industriel et l'impérialisme colonial (1878-1904).*
T. 19 (1962): RENOUVIN, P., *La crise européenne et la première guerre mondiale.*
T. 20: BAUMONT, M., *La faillite de la paix (1918-1939),* a) (1961) *De Rethondes à Stresa;* b) (1951) *De l'affaire éthiopienne à la guerre,* Presses Universitaires de France.

QUE SAIS-JE? (volúmenes publicados sobre la historia de los diferentes países y de las distintas regiones del globo), éd. Presses Universitaires de France.

QUID, 1973, 1974, 1975, *Tout pour tous,* por Dominique y Michèle FREMY, Ed. Robert Laffont.

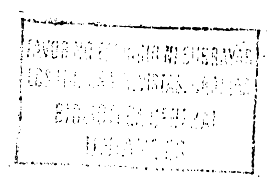
S.I.P.R.I., *Yearbook, Stockholm. Post world war II armed conflicts and disputes,* 1973.

LISTA DE TABLAS

ÍNDICE

Págs.

ANEXOS



TÍTULOS DE LA COLECCIÓN
EDAF UNIVERSITARIA

1. EL ESTADO EN LA EDAD MEDIA
por René Fédou

2. SEÑORÍO Y FEUDALISMO EN LA EDAD MEDIA
por Guy Fourquin

3. LOS LEVANTAMIENTOS POPULARES EN LA EDAD MEDIA
por Guy Fourquin

4. NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL
por Jean Vial

5. LA GUERRA ANTIGUA DE SUMER A ROMA
por Jacques Harmand

6. LA REPÚBLICA EN ROMA
por Robert Combès

7. LA RELIGIÓN GRIEGA
por R. Martin

8. EL SIGNO LITERARIO
por F. Abad Nebot

9. EL DESAFÍO DE LA GUERRA
por G. Bouthoul y R. Carrère

10. LOS ENSEÑANTES Y LA POLÍTICA
por Paul Gerbod